

21233

DAD  
CIÓN

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12

1848

LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO

1848

F 1 2 3 3

. 5

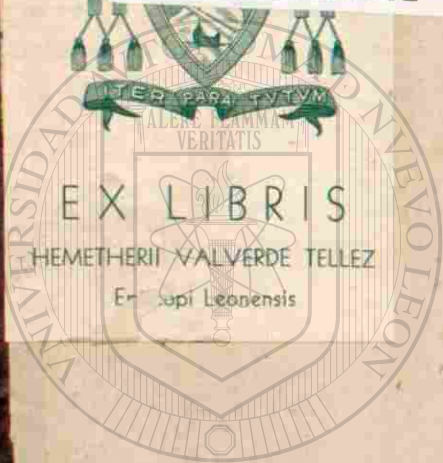
. D 5

S 2

V. 2



1080017901

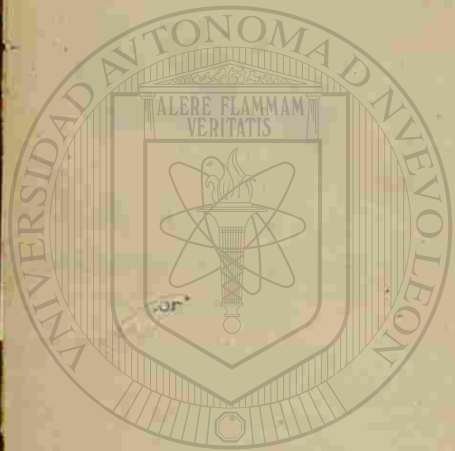


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GUERRILLAS.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE "EL TIEMPO"  
Volumen II

# Guerrillas

PUBLICADAS

EN

*El Tiempo*, Diario Católico.

TOMO II

MÉXICO

Imp. de "El Tiempo," á cargo de F. Montes de Oca

CALLE DE LEANDRO YALLENÚMERO 1

1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez





Tiempo en la defensa de los derechos de los católicos.

¡Pero, Dios mío! hablan de sofismas unos hombres que no conocen otro lenguaje que el sofístico. Hablan de sofismas, unos hombres que salieron de la Preparatoria, si es que alguna vez entraron, sin saber lo que significa la palabra *argumentación*: hablan de sofisma, los paleros, los apologistas de una administración que fue un sofisma desde la cruz hasta la cola.

La Redacción, pues, no pudo seguir contestando el artículo del de Guanajuato, y como acontece los más días, me lo dejó en testamento. Cuento á lo ménos la fortuna de haber pasado la ración, y daré fin á mi parte como Dios me vaya ayudando.

Hé aquí el párrafo con que comienza mi tajada. Refiriéndose al catolicismo, dice *El Observador*:

“Esos principios (los católicos) son enemigos de la verdadera misión que el Estado tiene que desempeñar en una sociedad, se oponen al adelanto lo mismo intelectual, que moral, que material, porque el catolicismo persigue fines enteramente distintos de los que las sociedades humanas persiguen. Estas se proponen adquirir su bienestar en el mundo. Aquel pretende que el hombre prescindida de semejante propósito, para alcanzar su felicidad en una vida futura. Para el catolicismo, pues, sale sobrando toda tendencia hácia el pro-

greso sobre la tierra. Cuando más, lo tolera, como acontece con el matrimonio, por ejemplo. Más vale casarse que quemarse, dice un Santo Padre; pero el ideal de perfección es el celibato, es decir, la muerte de la especie.”

Desde que perora Mateos, desde que oigo responder á las viejas la letanía, desde que escribe Juvenal, desde que se representan en los barrios comedias caseras, desde que *El Partido* defiende al gobierno, desde que publicó sus versos Martínez, desde que apareció *El Diario del Hogar*,... ¡qué sé yo desde cuando! jamás había oído ni leído tal número de disparates, en tan poco número de palabras.

¡Qué diablo de hombre! Si parece que le brotan de cada poro y de cada pelo.

Estaba reservado al liberalismo, á Barreda, á no sé qué castigo de Dios, el descubrir esta máquina de hacer disparates.

Pero no gastemos la confitura en “probaditas;” analicémos. Por supuesto que no me comprometo á analizarlos todos, porque no poseo, como el Dr. Iglesias, el secreto de extraer de un estómago quinientos animalillos por minuto.

Decir que los principales católicos son enemigos de la verdadera misión que el Estado tiene que desempeñar en una sociedad, es desconocer, ignorar como no la ignora un carbonero, la historia de diez y nueve siglos; es ignorar, como no lo ig-



nora un cargador; la teoría filosófica de gobierno; es ignorar hasta la estupidez, el objeto y necesidades de la sociedad; es no saber ni lo que ésta palabra quiere decir; es no saber donde tiene uno la cara. ¿Cuál es la misión del gobierno? Aplicar los principios de la justicia para la paz y conservación de la sociedad. Moralizarla, procurando en lo posible la consecución y conservación de todo bien y la extirpación de todo mal.

Por más vueltas que den vdes. al asunto, no es otro el objeto del gobierno, ó bien del Estado.

Pues bien, que me digan los charlatanes, ¿cuál de los principios católicos, no solo no se opone, sino al ménos no favorece tal y tan elevada misión?

En los diez preceptos de la ley mosaica está comprendida toda la moral, toda la filosofía, toda la legislación de todos los códigos del mundo civilizado.

Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, todos los grandes pueblos, los más progresistas, los mejor gobernados en suma, están regidos por esos diez preceptos que los legisladores han expuesto, codificado y dilatado en el cuerpo de la jurisprudencia.

Nuestros dogmas, de carácter verdaderamente espiritual, en nada pueden enervar la acción social del Estado, ni la marcha del progreso.

Que la Virgen María haya sido concebida sin pecado, no es un obstáculo para que se construyan ferrocarriles; más bien es un aliciente para que esos ferrocarriles hagan la olla grande con los millones de devotos que van á los santuarios á celebrar esa gloria de la Madre de Dios.

Que Jesucristo haya resucitado al tercer día de entre los muertos, no es un obstáculo para las grandes empresas navales; bien al contrario, la fé en Jesucristo fué la grande corriente, el viento poderoso, la brújula sublime que sopló, arrastró y guió la nave de Cristóbal Colon, en la empresa naval más prodigiosa que han visto los siglos.

Que Jesucristo sea Dios y Hombre verdadero, no es un obstáculo para las grandes obras y progreso de la arquitectura; bien al contrario, desde México hasta Roma, desde los Estados Unidos hasta Milan, desde el pueblo más humilde hasta la capital más opulenta, el mejor y más grandioso edificio que poseen es un templo elevado á la gloria del Salvador, en cuya divinidad creemos.

De cuerito á cuerito repaso el Credo, los artículos, los mandamientos, el *todo fiel*, la Teología de Santo Tomás, el Evangelio, y no encuentro nada que se oponga al progreso material, ni ménos al intelectual, ni mucho ménos al moral del hombre y el pueblo. Al contrario, en cada principio, en cada dogma, en cada cánon encuentro un gérmen

de civilización, una huella de progreso, un horizonte amplísimo de prosperidad.

Pero miren vdes. que se necesita tener alma de cántaro ó de cosa peor, para asegurar que los principios católicos se oponen al adelanto moral, material ó intelectual, cuando el catolicismo tiene por objeto principal alcanzar para el hombre la felicidad de una vida futura, con preferencia á la felicidad de la vida presente.

Por ejemplo: un padre de familia pone á su hijo en un colegio, con el fin de proporcionarle un porvenir lo mejor posible. El ideal de aquel padre está, ya lo dije, en el porvenir. Allá se dirigen sus principales esfuerzos. Sus más atentas miradas están, no en los ocho ó diez años que su hijo pase en las aulas, sino en el resto de la vida, en la vida social que le espera, bien en los tribunales, bien á la cabecera de los enfermos, bien en cualquiera de las esferas profesionales. Pero, ¿esta será razón para que descuide al niño mientras está en la vida del colegio, y no lo vista, y no lo alimente y no le acaricie, ni le proporcione satisfacciones, ni le apoye y fomente sus buenos instintos, sus nobles cualidades, su inteligencia y su corazón? ¡Verdad que nó! Pues *El Observador* dice que sí. Dice que ese padre no podrá hacer otra cosa que aporrear al muchacho, desgreñarlo, ponerlo como lazo de marrano día y noche.

Se conoce que tiene experiencia.

¡Válgame Dios!

¡Y quién les habrá enseñado á estos ladinos, que "las sociedades humanas persiguen fines enteramente distintos de los que persigue el catolicismo?" ¡Pues cuál es el fin de esas sociedades, exceptuando las masonicas, que son anti-humanas, si no la justicia, la verdad y la perfección!

¡Y es otro, acaso, el fin del catolicismo!

Supongamos por un momento que no lo ha logrado; pero que ese es su fin, no tiene duda. Él proclama el adelanto moral al proclamar la justicia; el adelanto intelectual, al proclamar, enseñar y fomentar la ciencia como la ha fomentado con sus hombres y sus doctrinas de amor á la verdad, el adelanto material, el progreso, al preceptuar el trabajo. Si los redactores del *Observador* no obedecen este precepto, mia no es la culpa.

Pero donde éstos echaron el resto, donde reventaron de sabiduría y erudición, donde no dejaron ni que decir, es en los últimos renglones del párrafo que he copiado, al asegurar que el catolicismo cuando más "tolera el progreso, como sucede con el matrimonio."

Pero, Señor, ¿por qué diste lengua á estos bárbaros!

Pues ¡quién instituyó el matrimonio si no Jesucristo, y no como cualquier cosa, sino como un



— 12 —

“gran sacramento!” ¡Quién lo ha defendido y lo defiende en estos tiempos de los ataques liberales, quién lo ha exaltado y propagado, y enseñado y legislado si no la Iglesia!

¡Habrá vd. visto ignorantes de mayor lomo?

Después de éste, ya no habrá disparate que me escandalice.

¡Qué gracioso! Porque un Santo Padre dijo: “más vale casarse que quemarse,” justamente para persuadir á los refractarios al matrimonio, infieren que éste no pasa de ser tolerado por el catolicismo, pero que su ideal es el celibato.

Si á lo ménos, por curiosidad, como se abre un libro de pastas bonitas, hubieran abierto una Biblia y casualmente dado con el Génesis, y por recrearse en la edición leyeran un poco, habrían visto que Dios, bendiciendo á Adán y Eva, les dijo: “*creced y multiplicaos.*” ¡Si alguna otra vez, como quien hace rato para la hora de la copa, les hubiera ocurrido hojear uno de tantos libros católicos que existen sobre el matrimonio, el “Perrone,” por ejemplo! Pero ya no quiero tanto; si hubieran leído siquiera las conferencias del P. Félix sobre el socialismo, se asombrarían de la fecundidad de la doctrina católica, en punto á la propagación de la especie, y se abochornarían de haber soltado el disparate que comento.

El celibato está prescrito para los eclesiásticos,

— 13 —

porque su altísima misión es incompatible con las atenciones de familia y demás efectos sociales y civiles del matrimonio.

Pero, ¡néelo de mí que estoy tomando á lo serio tamañas ignorancias!

Esto es dar jazmines al borrico.

Que hablen lo que quieran.

Me arrepiento de lo hecho. No tienen remedio.

(El Tiempo del viernes 3 de Diciembre de 1886.)



... al talde de noiesse el dize de esta...

~~... de esta...~~

... de esta...

... de esta...

... de esta...

II

**V**OY a referir a mis lectores, con especialidad a los foráneos, un hecho verdaderamente gracioso y sin precedente en la historia de los chascos que ha sufrido esta nobilísima Ciudad de México.

Han de estar ustedes en que el domingo próximo pasado, hace ocho días, nada ménos, Juvenal, que es un inocente de marca, aseguró en *El Monitor*, ese *Monitor* tan avocado á las mentiras, que era indudable la próxima venida de la celebrírrima artista Adelina Patti á México.

¡María Santísima, qué gallera se armó por todas partes!

Ya no se hablaba el lunes más que de la Patti.

Cada cual se entregó á los más deliciosos é interminables jardines.

¡La Patti!

Pero ¡de cuándo acá tan increíble dicha, tan inverosímil honra, tan inapreciable tesoro para México!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Instituto de Investigaciones y Estudios



¡No, pues ha llegado la ocasión de echar la casa por la ventana!

No faltaba más sino que viniendo la Patti, ofganlo ustedes bien, la Patti, á México, cosa que parece milagro, me quedara yo sin conocerla, sin oirla, sin admirarla, sin aplaudirla, sin comérmela viva, si fuera posible.

Y para remate de cuentas, como si el dicho de Juvenal no fuera bastante para creer en el prodigio, á los dos días aparecieron unos elegantes cartelones en las esquinas, diciendo con tamañas letras, que no obstante parecían chileas á los admiradores entusiastas que se limpiaban los ojos para leerlas, lo siguiente:

GRAN TEATRO NACIONAL.

Acontecimiento artístico.

PRESENTACIÓN POR PRIMERA VEZ EN MÉXICO  
DE LA RENOMBRADA ARTISTA

ADELINA PATTI.

Vinje de despedida de la escena.

BLANCO, ETC., ETC."

Calambres, dolores de ténia acometían á los *dilettanti* cuando bien limpios de toda telaraña posible leían:

ADELINA PATTI.

¡Válgame Dios, y cómo haré yo para conseguir localidades!

Debían darse, según el cartelón, cinco únicas funciones.

Por supuesto que los precios eran fabulosos. A seis pesos luneta, con la circunstancia de que había forzosamente que tomar asiento para las cinco funciones, ó lo que es lo mismo, añojar treinta pesos por barba.

¡Qué conflicto!

¡Qué compromiso conmigo mismo y con el millagro!

No, ¡cuándo se ha de presentar otra oportunidad como ésta!

Hay que venderse en una panadería, pero vamos.

Para los ricos, querer era poder, porque contaban con lo principal, con las patenas; pero ¡los pobres! La clase media, los altos empleados ¡oh, qué devanarse los sesos!

Quien tuviera por término medio ocho personas de familia, reventaría, pero añojaría sin remedio 250 duros como un hueso.

Cada cual echó sus cálculos.

Quien designó las prendas que irremisiblemente debían ir al empeño.

Quien imaginó poner la casa á media racion durante dos meses para sacar á premio el dinero de las localidades.

Quien designó á su víctima *del florele*, y redactaba hasta cuarenta cartas en la imaginacion, para apremiar la necesidad y no enseñar la punta de la oreja.

No, si no es para descrito el esfuerzo; el cavilar, el tifo de entusiasmo de cada uno de los habitantes de México.

Al dia siguiente de fijados los cartelones, se abrió la contaduría del Gran Teatro para la venta de boletos.

¡Jesus me valga! les digo á ustedes que no había donde echar un conino.

Era más fácil llegar á Paris, que llegar á la contaduría y atrapar el codiciado, el soñado, el divino boleto.

Si San Pedro repartiera billetes para entrar al cielo, de seguro que no tendría delante de sí el enorme, apretado y acuñado peloton de pretendientes, que se movía como una masa en el vestíbulo del Teatro.

Cada quien iba con sus treinta, sus sesenta, sus ciento veinte, sus ciento cincuenta, etc., etc., en

la mano, como un título para llegar primero. Todo ese dinero echado á sudar como si tuviera calentura, estaba custodiado por numerosos gendarmes.

Se buscaban las mejores recomendaciones, las mayores influencias, los recursos más ingeniosos para lograr la compra de localidades.

A cada empellon, á cada pisoton en los callos, á cada quemadura con la lumbre del puro del vecino, el doliente decía: "paso por todo, con tal que oiga á la Patti."

La Patti merece esto y mucho más.

Inútil me parece decir que hubo infinidad de personas que sobre estar instaladas en el vestíbulo de luz á luz, exceptuando solo las horas de comer, se salieron y quedaron sin conseguir comprar sus boletos.

Un señor del Ayuntamiento, segun se dice, compró localidades por valor de diez mil pesos, para revenderlas despues, á la hora de las ánsias, por precio mayor.

Otro señor, sabiendo lo que iba á pasar, arrendó el teatro para subarrendarlo á la Patti á precio de oro, y además, compró localidades por valor de dos mil quinientos pesos. Se habla tambien de otras especulaciones de menor cuantía.

Junto al pórtico del Teatro se estaba desteclando una casa, con cuya operacion se llenaba de una

espesa y constante nube de insoportable polvo gran parte de la calle de Vergara. Así es que cada uno de los pretendientes tenía ya una ladrillera en el gaznate; el cabello, las pestañas y los bigotes blancos de polvo. La ropa, no se diga.

Además, se estaba poniendo al pórtico del Teatro pavimento de piedra artificial y estaba como es de suponerse, sumamente húmedo el piso: lugares había completamente llenos de agua. Ayúdenme vdes. á sufrir el frío de aquel lugar.

Las palas de los operarios al tomar la arena gorda que se tamiza para aquella operación, producían un chirrido al rasparse contra el pavimento de pequeñas piedras, que hacía bailar jarabe á los nerviosos. Pero de todo triunfaba la paciencia y el entusiasmo de los pretendientes.

Muy bien. Quedamos en que íbamos á ver á la Patti; cuando hé aquí que el viérnes próximo pasado, estaba el público espera y más espera que se abriese la contaduría, aquella fuente mágica de donde debían brotar las delicias, realizables en el día 28 del presente mes.

El público era numeroso, porque apenas habrá padre de familia que no tuviera una Pepita ó Lola que le rogara por Dios y sus santos dejara todo con tal de conseguir los boletos.

Espera que espera, y la contaduría cerrada...

Por fin, no se abrió.

¡Qué caras tan largas por todas partes!

El público supuso que las localidades estaban agotadas ó el empresario enfermo.

Pero cátense vdes. que comenzaron las averiguaciones, y vá resultando..... una barbaridad.

Ni la Patti viene á México, ni el tal empresario ó agentelo era.

Se trataba de un infame caballero de industria que vino á engañar á la sociedad de México para robarle como le robó, veintiocho mil pesos que le estaban haciendo falta.

Veintiocho mil pesos se perdieron en cinco días, y temeroso de que se descubriera la trampa, se limpió el viérnes, y ojos que te vieron!

Por supuesto que se trata de un yankee, según el apellido y las señas particulares. (1)

¡Qué les parece á vdes.!

Pues á mí me parece que la cosa se presta á comentarios muy tristes y dolorosos por cualquiera faz que se juzgue el asunto.

Se necesita tener muy poco concepto, y ningún

(1) El autor de esa hazaña fué aprehendido más tarde en N. York; y cuando iban á trasladar á México, para que fuese juzgado, se dejó caer de un corredor de la Cárcel, quedando muerto en el acto.—(N. del E.)



respeto á una sociedad para cometer un acto semejante.

Las debilidades y complacencias del gobierno para con criminales americanos nos ha puesto en este predicamento.

Preferimos no seguir comentando.

Bastará que á nombre de los perjudicados, cuyo engaño sentimos hondamente, y á nombre del respeto debido á nuestra sociedad y nuestras leyes, exortemos á las autoridades á proceder con toda energía y eficacia para la aprehension y castigo de ese infame.

En obsequio de la verdad debo decir que el gobernador del Distrito, así como el Sr. general Carballeda, han desplegado una actividad notable, luego que tuvieron conocimiento del hecho, y que hasta hoy su conducta es plausible; no obstante, volvemos á exhortarles, según es nuestro deber, para que no desmayen ni descansen hasta lograr la aprehension del reo, si aún es posible.

Juvenal, pues, fué engañado como un niño, y de la manera más inocente, y con la mejor intencion del mundo, cooperó á la realizacion de los planes de aquel bandido.

Dios perdone á Juvenal y ensene á sus famosas lectoras que *El Monitor* cuando no miente, se equivoca.

(*El Tiempo* del domingo 5 de Diciembre de 1886.)

~~-----~~

III

V A á parecerles á mis lectores increíble lo que vengo á contarles.

Harán mal. Esa incredulidad sería injustificable, porque de la gente liberalesca debe esperarse todo, hasta el milagro, si éste fuera una cosa mala ó ridícula.

¿Que soy fanático?

Ya lo veremos luego que el lector se entere del asunto.

¿Qué dirían vdes., por ejemplo, de un hombre que hiciera el panegírico de sí mismo, elogiando su hermosura, lo blondo de su cabello, lo expresivo de sus ojos, la frescura y elegancia de su boca, la brillantéz y perfeccion de sus dientes, el carmin de sus mejillas, etc., etc.?

Y además, su talento, su lujo, etc., etc.

Pues, yo estoy seguro, que manos les faltarían á vdes. para golpearlo.

Bueno, y así tal panegírico se pronunció en público, y el hombre aquel era más feo que una purga de sal inglesa, y más antipático que un discur-

so de Frías y Soto, y más escaso de mollera que mi irreconciliable compañero D. Pancho Wenceslao, el de las manos muertas?

Entonces, estoy seguro que en lugar de golpearlo, serían vdes. los que reventaran de risa.

Pues sin ir más lejos, ahí tienen vdes. al *Partido Liberal*, que ha hecho de sí la apología más deliciosa.

Apareció en sus columnas del domingo, y me han parecido dos años los dos días que han transcurrido, para podersele participar á mis lectores.

¡Qué picazon me entró desde que lo leí! Hasta me acudieron remordimientos, porque esto no puede ser sino malas entrañas, cuando con tal afán se procura el ridículo del prójimo.

Pero, en fin: Dios nos mandó tolerar y amar á nuestros prójimos de carne, no á nuestros prójimos de papel. No quiero ni pensar en que el mandamiento hubiera sido absoluto para toda clase de prójimos, porque ayúdenme vdes. á amar á estos de que tratamos. Es más fácil amar á un alacran, dicho sea sin ofensa de nadie.

Pero, vamos al caso.

Ello es que pareció al *Partido* muy conveniente y oportuno elogiarse, porque aunque su ideal es el gobierno, todo el mundo sabe que la caridad debe empezar por uno mismo.

—¡Qué diablo!—se dijo—nadie me elogia, nadie reproduce un artículo mío, nadie se acuerda de que existe un *Partido* en el mundo; no parece sino que estoy pintado ó no soy de veras; el gobierno mismo ¡ingrato! parece no acordarse de mí, á pesar de los gritos y sombrerazos que doy diariamente y del *oso* tan coqueto y tan tere o y tan descarado que le hago; pues bien, ahora me toca á mí; mientras yo viva no me ha de faltar panegirista. Si el gobierno no hace caso de mis favores, yo se los pondré en aparador y haré repicar sobre el cristal la mano de un muñeco eléctrico, como en el almacén de Ambrosio Sanchez.

Y manos á la obra.

El panegírico y exhibición de favores comenzó en estos términos, bajo el título DE TODO UN POCO, como quien dice, de cinismo, de ridículo, de mentira, de tontería, de *nadie te lo pregunta*, de *sacar las trapitos al sol*, de todo, de todo.

Dice así:

“Convendrán los lectores en que este periódico tiene derecho á ciertas expansiones de la vanidad, que suelen ser á veces hasta necesarias. En nuestras diarias labores hemos obtenido resultados muy satisfactorios; y aunque reconocemos desde luego que las circunstancias nos son favorables, no por eso podríamos nunca decir, sin una *modestia exagerada*, que nuestros esfuerzos hubieran si-



do de otro modo estériles. Un periódico influye siempre en uno ó en otro sentido; la prensa invariablemente determina resultados en las deliberaciones del sentimiento público."

Me he quedado con las muelas flojas como clavijas; tanto fué lo que apretaba los dientes al ir leyendo todas esas cosas.

Realmente, señores, vuestra modestia no es exagerada. Cualquier otro habría dicho más, mucho más, porque el argumento se presta, y esta "expansion de vanidad" verdaderamente necesaria, tanto como el no reventar, que han tenido vdes., es tortas y pan pintado junto á la que debían tener dados los "resultados satisfactorios" del *Partido*.

Verdad es que el gobierno es un santo, una alma de Dios que no sabe quebrar un plato; pero aunque fuera un Pilatos por lo hipócrita, un Cáfes por lo matrero, un Barrabás por lo muerde quedito, un Neron por lo absoluto, una gallina por lo valiente y un gallo por lo cantador; aunque fuera lo peor que el diablo pudiera inventar, nunca habrían sido estériles los esfuerzos del *Partido*, porque muchachos de tanto talento, tan patriotas y tan templados donde ponen el ojo ponen la bala.

¡Claro! ¡Por qué no lo dijeron claro! Cuanto es el gobierno nos lo debe á nosotros, porque un pe-

riódico siempre influye en la opinion, y si está bien manejado, como lo está *El Partido*, entónces el éxito es completo, casa llena, y beneficio para la próxima funcion. Porque más adelante verán ustedes como en otra *expansion necesaria de la vanidad*, *El Partido* se declara un periódico bien manejado.

Me alegro que lo conozca.

Eso lo declara, no para decir al gobierno: ¡zouquete! ¡qué haces que no echas más plata! ¡no ves que estoy bien manejado!—sino porque en este país un pobre periodista no tiene más recompensa que el conocimiento de la eficacia de sus trabajos.

Pero no perdamos el tiempo.

Siguen las *expansiones*:

"Y si se trata de publicaciones como *El Partido Liberal*, que traen política definida, opiniones fijas, causa que defender y contrarios encarnizados que le hacen blanco de todos sus rigores y de todos sus tiros, entónces se debe convenir en que se tornan en adversas las circunstancias más favorables y la influencia del periódico se hace decisiva, reflejándose en la causa misma que defiende y perjudicándola si está mal manejado ó levantándola en caso contrario."

Como vdes. habrán comprendido, por una exagerada modestia *El Partido* puso este párrafo en

idioma extranjero, convencional como el volapuk, para que solo lo entiendan los sabios. Pero yo me encargaré de traducirlo. A escribir por paga, por la pura plata de la Tesorería, se le llama *política definida*. Es claro: nada más definido que los pesos de 10 dineros 20 granos. A ensalzar ayer á Lerdo y ahora á Diaz, á escribir ayer sendos horrores contra el que hoy se adula hasta amostazarlo, se le llama *opiniones fijas*.

A decir que el gobierno es infalible, á batir palmas por cuanto hace ó dice; á apoyar la violacion del sufragio; á sumirse en la cuestion *García de la Cadena*; á adular y más adular; á hablarnos todo el día de que México es un paraíso, á eso y mucho más se llama *causa que defender*.

A unos hombres que tienen tamaño mordaza en la boca, que no se pueden mover, que son encarcelados y atormentados por *quitame allá esas pajas*, á todos los que estamos como sordomudos, es decir, sin más facultad que la de ver y gustar, pero nunca la de hablar ni oír, ni mucho menos *tocar*; á unos hombres á quienes ha tocado en suerte atravesar la época de mayor tribulacion para la prensa mexicana, que no tienen fuera de la cárcel más que la mano izquierda, razon por la que escriben tan mal, á esos se les llama *contrarios encarnizados*.

¡Si á lo ménos se les llamara *escarnecidos*!

¡Qué tal las expansiones!

Esto es lo que se llama despacharse con cucharon de compadre.

Pero hay que proseguir, porque nos falta el desenlace.

Abrid los oídos.

“Nosotros hemos *luchado como buenos*, y el éxito está á la vista de todos. Las ideas liberales y la política del Gobierno, que en ellas se apoya, han sido nuestra bandera, y esas ideas y esa política aparecen triunfadoras en toda la línea.”

Bien; vdes. han luchado como buenos, pero como buenos.... ¡qué!

De manera que el éxito está, como los muebles de remate, á la *vista*.

Entendámonos; si se trata del éxito del *Partido*, es más que dudoso.

¡Figúrense vdes. un periódico que podía ser manuscrito, pues dudo que llegue á cuarenta el número de los ejemplares que tira, hablando de éxito!

Más vale callarse.

Si se trata del éxito del gobierno en *toda la línea*, dirémos que segun sea la línea. Si es la de los aduadores, arreglado; pero si es la de la nacion, no quiero esos triunfos ni de visita.

Llamar triunfo al silencio, á la inmovilidad producida por la opresion, es declarar héroe al herre-



ro que aprieta el tornillo para terrajar una plancha.

Si á eso vamos, si jugar en todo con manos postizas es triunfar, allí está Canaris, para que le levanten estatuas.

Solo he presentado la muestra del panegírico, porque todo él no cabría en este pobre espacio de que puedo disponer.

Quizá no me conforme y vuelva á la carga.

Me quedará el recurso de hacerlo por entregas, porque no hay duda que la expansion ha sido sublime.

Pero no hay que dar mucho en tener expansiones, porque éstas suelen costar la vida á las ranas.

Además, me acuerdo de un caso que acaba de verificarse.

Cierto bárbaro relleno un cuarto destechado con cal viva hasta rasarlo completamente.

Estaba muy ufano de su depósito, cuando cayó una hoyizna.

La cal comenzó á calentarse con la agua, y á tener una expansion nada ménos que necesaria, y como la expansion requiere espacio, acabó por derrumbar las paredes del cuarto.

La cal es la prensa oficiosa metida dentro de los cuatro muros sin techo del gobierno.

¡Cuidado con las expansiones y los tronidos!

Alguno me dirá que la cal está muerta, esto es, apagada.

Entonces no puede tener expansiones, quedará á secas la vanidad.

Y venimos á parar en los famosos versos de Quevedo:

El doctor, tú te lo pones,  
El Montalvan, no lo tienes,  
Con que quitándote el don  
Vienes á quedar, Juan Perez.

(El Tiempo del jueves 9  
de Diciembre de 1886.)



¡Qué! si les digo á vdes. que cada *editorial* de esos es para guardarse, como la *santa espina* de Toluca, en un relicario de oro copello y brillantes de Goleonda.

Saborea uno cada editorial con verdadero sábaritismo, como se paladea una cajeta de Celaya, un pastel del *Aguila de oro*, una copa de vino de Parras.... no, si no hay comparacion posible.

Yo por mí sé decir, que cuando estoy leyendo un artículo de ese señor, ni respiro; me incomoda el leve crugido del papel, el vuelo de una mosca; me parece que falta luz, que me faltan ojos; la idea de que álguien puede interrumpir mi lectura, me enfurece, y suelo encerrarme á piedra y lodo, mientras hago la lectura como el gran Canciller la vispera de hablar en el parlamento.

Pero, ¡qué diablo! El editorial se acaba en ménos que se lo cuento á vdes. Apenas comienzo á leerlo, á cada paso recorro con una mirada la columna para saborear de antemano todo lo que me falta que gozar.

Mas, desgraciadamente, el editorial, como todas las dichas de la vida, dura un momento. El más largo me parece un camino, cabe en lo negro de una uña.

Y luego sucede, que cuando con febril avidez tomo *El Diario* de entre la resma de periódicos que recibo, me encuentro con un desengaño in-

comparable: no trae artículo del redactor á que aludo.

Más valiera que me aplicaran 25 palos tuxtepecanos legítimos.

Me vienen ímpetus de hacer pedazos el papel por tamaña injusticia.

Si fuera amigo de D. Filomeno, honra que por primera vez deseo, le aconsejaría que contratara á ese señor para escribir diariamente y largo, muy largo, una cosa que se le agradeciera, que llenara las cuatro planas del periódico con exclusion de avisos, gacetilla y demás boberas.

Yo le aseguro que desbancaba á todos los periódicos de México, y de un triste *Diario del Hogar* que es hoy, pasaría á ser un señor Diario, sin más subvencion que el talento raro y sabroso del redactor.

No hay día de Dios que no experimente yo el deseo de presentarlo á mis lectores. Este deseo se hizo irresistible, sobre todo días pasados, en que el Emilio mexicano escribió unos soberbios artículos contra los Papas.

Miren vdes. que se necesita mucho para que artículos de tal especie me hagan reir, á mí, que soy más papista que Su Santidad.

Pero no pude más; eché á un lado la conciencia, muy léjos la historia, y en cuanto al fanatismo que me hierva ni me acordé de él; de lo que me



acordé fué de reirme como no recuerdo haberlo hecho en muchos años.

Pues bien, á pesar de ese deseo de presentar á vdes. este escritor, deseo que no es solo mio sino de muchos *dilettanti* que me abruman á súplicas; á pesar del continuo "mañana le tocará á él;" yo no sabré decir á vdes. por qué, pero ello es que se me ha ido frustrando, hasta que hoy dije: "me muero, pero lo presento."

Y hélo aquí.

Entre las cabezas que ha indigestado D. Emilio Castelar, ó más bien dicho, que se han indigestado con él, ninguna como la de este señor.

La gala de su estilo consiste en unos manejos indescifrables de frases desencañernadas, de palabras al revés, otras como en zancos, otras con la cara para la espalda, otras como crucificadas, otras que se enroscan, serpentean y se vuelven hacia atrás como bejuocos en el bosque.

Hay frases que se me figura que están jadeando por el esfuerzo que hicieron para salir del cerebro aquel; otras, que brincan como los wago-nes del Distrito cuando se descarrilan sobre las piedras y siguen andando; otras, que le hacen á uno apretar los dientes por el chirrido que produce al arrastrarse como un diamante sin buena punta sobre el vidrio; otras que hacen dar tamaños vuelcos al corazón, porque creemos que se

las ha tragado. ¿Qué sé yo cuantas emociones se experimentan!

Ello es que el resultado final de semejante lectura, es un placer de turco.

Hoy, sin ir muy léjos, me desayuné con uno de esos artículos, del que me propongo convidar á mis lectores. De un mango se convida; cuanto más de uno de estos racimos de todas las frutas.

Lo que siento es no poder copiar el artículo íntegro; eso sí que sería hacer el favor por entero á mis lectores.

Pero no es posible; sólo para comentarios necesitaría doce columnas.

Me conformaré, por lo mismo, con citar algunos trocitos, y esto sin escogerlos, porque esto sería obra de romanos.

Nada: donde caiga la tijera, y que la suerte decida.

Se trata de un viaje de recreo á Pátzenaro, que el turista describe extensamente, comenzando por decir (abran ustedes los ojos):

"Morelia, Noviembre 8 de 1888.—Sr. Filomeno Mata, Director del *Diario del Hogar*.—México.

"Debido á circunstancia de índole vária de que no juzgo *procedente* hacer prolija exposicion, no me fué *dable* ser eficaz en viéndole ayer las *primicias* de mis impresiones de viaje."

¿Qué les parecen á ustedes las primicias! Lo que

yo extraño es que la carta no haya comenzado así:

*“Es Vallatolid. Noviembre, octavamente del año desesgraciado de MDCCLXXXVI.*

*“Señor Dirigiente del Diario del Hogar.—Gran Tenoxtitlan.”*

Y para que ustedes vean lo justo de mi extrañeza (ya se me va pegando) lean lo que sigue:

*“Al emprender la elaboracion de esta correspondencia, deseaba, cual Thiers en la formacion de la “Historia del Consulado y del Imperio,” al decir de Hipólito Martin: decir todo y alardear de haber dicho todo. Pero ¡qué hacer! que me valga la intencion. Probaré á rehacer en mi mente y transcribir al papel los lineamientos resaltantes de mis impresiones de viaje.”*

Y en seguida:

*“Poco despues de las siete de la mañana del dia 7, ponía la caravana excursionista la primera piedra del viaje de recreo á Pátzcuaro. Un tren de sillas reclinatorias, lujoso, ámplio, de excelente aspecto, constituía nuestro alojamiento de circunstancias. Mi contento subía de punto por momentos, prodigándose en aras de la magnificencia del tren, cuando tuve que abrir un inopinado paréntesis en mi esparcimiento. El terror más*

desconcertante se apoderó de mi ánimo, anteponiendo la partícula prepositiva *des.*”

¡Jesus me valga!

No alcanzaría toda la letra cursiva de las cajas del *Tiempo*, si hubiera yo de subrayar todos los disparates, todas las pedanterías, todos los encantos de éste y los demás párrafos que siguen.

¡Qué carga me he impuesto!

No, si no hay comentario posible.

Prefiero seguir copiando, á secas, sin interrumpir al lector, que debe, como yo, encerrarse á piedra y lodo.

Punto en boca, y adelante:

*“El trayecto de México á Morelia presenta cambiantes numerosos. Carece de esas perspectivas que hieren el espíritu con potente conmocion; pero muestra una variedad uniforme, por decir así, uniforme deleitosamente. Ora son fascinantes colinas esparramadas en bello desórden en toda la extension de la vía, destacándose airosas y presentando deslumbrantes reverberaciones.”*

Y más adelante:

*“Prineipiaron á espesarse las sombras de la tarde, al aproximarnos á la hermosa capital del Estado de Michoacan. Creí entrever en la apuntada contingencia una revelacion de malevolencia de la noche hácia los excursionistas. Sospeché que las ti-*



nieblas se confabulaban para impedirnos contemplar á Morelia á media luz *siguier*."

Y todavía más adelante:

"El respetable señor gobernador Jimenez nos *acordó* muy *benevolente* *recepçion*, que en el alma agradecemos debidamente. La música del primer batallon del Estado tocó hasta las diez de la noche en el patio del suntuoso hotel Osegura, en honor de los excursionistas y de la prensa de la Capital. Tuvimos el gusto de estrechar la *diestra* del inteligente Lic. Ignacio Ojeda Verdúzco....."

Y para no cansar á vdes., echo el resto al concluir:

"Hoy á las ocho de la mañana partiremos de esta ciudad para Pátzcuaro, de donde *retornamos* á las ocho de la noche. Mañana *exploraremos* á *Morelia con profjidad* y el viernes estaremos de regreso en México. Resta demasiado por decir, por lo visto, y lo diré, siquiera sea á *grandes trazadas*."

¡Basta sí; por Dios que basta!

Fué sin duda este señor el que aconsejó á la señora decir al carbonero:

"Rústico colono de la virgen selva, ¿cuánto erogás por un empaquetamiento de tu coicuinada encima, y cuánto por remontarla hasta la cumbre de mi aposentamiento?"

Háblase también de otra que habiendo tomado dos alones de pollo y dos blanquillos, hacia esta explicacion al médico: "deposité dos subraquitos de vípedo y dos posturas de ave doméstica."

Pero nadie como el escritor del *Diario del Hogar*.

¡Cuando he dicho á vdes. que ha llegado á ser mi deleite! Que aún el rubicundo Febo no descenaja de la noche sus reverberaciones, aún la no desembellecida Diana deniega su *esparcimiento*; aún no pongo la *primera piedra* de mis labores matutinas; aún no livo las *primicias* de los *alinea-* *mientos* del chocolate, cuando ya estoy espasmándome por los *post scriptum* de ese redactor!

Quédese ello aquí, que si empiezo á hacer comentarios es cuento de nunca acabar.

Además, ya no puedo escribir como todos los días. Quién sabe qué me sucede despues de las tres lecturas que dí al artículo; ya no puedo hablar de corrido. No me ocurren más que *acuerdos benevolentes*, *apuntadas contingencias* y cosas así.

Siento una dificultad supina de decir cuatro palabras en regla.

Me parece que me ha prestado su cerebro ese señor.

Casi es una enfermedad.

¡Si me quedaré hablando así!

En tal caso, ¿me acepta D. Filomeno en la redaccion de su periódico?

Ya seremos dos.  
El maestro y el discípulo.  
Congoja igual no la he tenido en mi vida.  
Me parece que ya ni sabré dar los buenos dias.  
Castigo merecido.  
Dios castiga sin palo ni cuarta.

(El Tiempo del miércoles 14  
de Diciembre de 1886.)



V

**E**SE periódico inalficible, cuyo verdadero re-  
trato hice hace dos ó tres dias, el dichoso *Dia-  
rio del Hogar*, no sabe hablar tres palabras  
en castellano, pero sí pronunciar muchos discursos  
en grosoría.

Le sucede lo que á ciertos extranjeros: experi-  
mentan más ó ménos dificultad para aprender á  
hablar nuestra lengua; pero eso sí, á los cuatro  
dias, ya aprendieron de cuerito á cuerito y con la  
más perfecta pronunciacion y aplicacion, todo el  
vocabulario de las desverguenzas.

Grande es verdad la del dicho papel de Mata.

¡Hombre, no se meta vd. á juzgar de principios,  
de ideas, de personas de manos blancas; no se per-  
mita hablar del catolicismo, una cosa que está en  
latin, cuando no sabe vd. ni qué señas tiene la  
lengua que se toma la libertad, dizque de hablar!

Si para proveer de redactor á un diario, basta  
meter de la oreja al primer descamisado que pa-  
se, ayúdenme vdes. á formar diarios del hogar.

Pero ello es, que su ignorancia no le impide ser



blasfemo, ladino, malcriado con las personas de respeto, lo que se llama *igualado*.

Está que le arde el hígado, por la espléndidez inusitada y grandiosa con que la ciudad de México celebró la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe.

Parece increíble esto; porque si alguno ha salido beneficioso por la Virgen del Tepeyac, es D. Filomeno, compatriota de Juan Diego, y redimido en éste como todos los de su raza.

Porque, enténdalo vd., señor mío: si no ha sido por la Virgen de Guadalupe, no usaría usted levita ni sorbete; se habría vd. quedado de cotoz y puede que mémos; pero Ella, en manos de la Iglesia, lo redimió á vd. y á sus padres de la esclavitud, y en manos de Hidalgo, lo redimió de la servidumbre, de la coa, y no sé cuántas cosas más.

Todo el papel de los disparates, está lleno de groserías, de reventaciones de bilis; en último caso, de tonterías contra la Iglesia, la fiesta guadalupana, y por no dejar, hasta contra el Ilmo. Sr. Obispo y gobierno de Chiapas.

Furioso está contra ellos, porque cuando no tiene uno con quien desquitarse, hace, mala la comparación, lo que el perro de rabia, morder al primero que se le presenta.

Esto de la ovacion guadalupana ha sido un acontecimiento en toda forma.

Muchas casas de las principales de la ciudad, entre ellas y mejor que ellas el "Hotel Cántabro," edificio el más hermoso de la grandiosa calle del 5 de Mayo, ostentaban sus fachadas llenas de magníficas alegorías. Calle hubo, como las de la Joya, las dos de Mesones, las del Coliseo Viejo, literalmente cubiertas por una mágica techumbre formada de farolillos de colores, suspendidos de hilos atravesados de uno á otro lado de la calle. En multitud de balcones pertenecientes á casas españolas, se veían cruzados los pabellones mexicano y español con una imagen de la Sma. Virgen en el centro.

Si exceptuamos las casas de americanos, las que sirven de almacenes, y la de uno que otro chino, toda la ciudad, como si perteneciera á un solo dueño, se adornó ó iluminó, con admirable uniformidad, y coincidencia de intencion en las alegorías.

¡Oh, ellas querían decir mucho!

Han hablado con lenguaje tan mudo como elocuente.

Entre otras cosas han demostrado la tesis del ciudadano Mateos Juan, que *ya nos fuimos los católicos*.

Bueno; pues ovacion tan universal, tan espontánea, tan entusiasta, tan uniforme, tan mexicana, despues de treinta años de reforma, de perío-

dicos blasfemos, de ilustraciones, de tesorería, y demás liberaladas, ha puesto á los escritores del hogar (1) que se les pueden tostar almendras en el lomo.

Y ¡más! no teniendo á quien dar la mordida, encontróse D. Filo al Sr. Obispo de Chiapas, y fuero con él.

Oigan vdes. y aprendan el arte de derramar bilis con puros faroles:

"Las leyes de Reforma por el suelo.—El 11 de Noviembre se celebró en San Cristóbal las Casas, capital de Chiapas, en el Seminario Conciliar, una velada en memoria del Obispo Villalvaso. Desde muy temprano los beatos y beatas fueron á ocupar sus asientos. El gobernador Adrian Culebro, llamado liberal, presidió el acto en compañía del secretario de gobierno, diputados á la legislatura, la mayoría de los empleados del Tribunal y cate-dráticos y director del Instituto. Se pronunciaron siete discursos, atacando brutalmente en todos ellos, sin respeto al cuerpo de la Administración del Estado, que estaba presente, los principios democráticos, la República y las leyes de Reforma.

"El gobernador tenía á un lado al Obispo Luque y al otro multitud de clérigos, y oyó impávido los insultos que la gente de sotana é hipócrita arrojó sobre lo más sagrado y santo para los liberales de

convicción y no de circunstancias; se ha, pues, pisoteado ante el Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial del Estado de Chiapas el artículo II de la ley orgánica de 14 de Diciembre de 1876, que al pie de la letra reza: "Los discursos que los ministros de los cultos pronuncien aconsejando el desobediencia de las leyes, ó provocando algun crimen ó delito, constituyen en ilícita la reunion en que se pronuncien; y deja ésta de gozar de la garantía que consigna el art. 9º de la Constitución, pudiendo ser disuelta por la autoridad."

"¿Qué garantías puede tener el liberalismo en un Estado que, como el de Chiapas, el secretario de gobierno, el presidente del Tribunal de Justicia y el Juez de Distrito, oyen misa todos los días y confiesan y comulgan?"....

Siguen otras groserías que no copio por indecentes.

Con los ojos cerrados digo que todo eso es un puñado de mentiras, porque conozco la vena de los que escriben el insulso papel de D. Filomeno.

Pero suponiendo que sea exacto, ello es que por boca de los tontos se han sabido muchas verdades, como esta por ejemplo: que los liberales piden tolerancia para ellos, pero intolerancia suprema para los demás.

Dejando á un lado la confianza con que, como todo igualado, trata á personas respetables como



lo son las autoridades civiles y eclesiásticas de cualquier lugar; dejando á un lado el *igualamiento* con que habla de uno de los más ilustres mexicanos, como lo fué el Ilmo. Sr. Villalvaso, vamos á ocuparnos del asunto suponiendo que el caso haya pasado tal y como lo cuenta D. Filomeno, ó el masonete que escribe tras él.

Que se reúnan en un lugar personas que tienen distinto carácter, no está prohibido por las leyes. Que el gobernador, sin carácter oficial, presida una reunión con cualquier objeto lícito, tampoco lo está; que se hable y se escriba contra las leyes de Reforma, ojalá que fuera cada cinco minutos.

Este D. Filo viene á ser un pobre hombre. Dice que se han violado las leyes y cita la del 14 de Diciembre de 1876, sin siquiera leerla.

Esa ley condena el que se aconseje el desobedecimiento de las leyes, el que se ataquen combatiendo sus fundamentos, su filosofía, etc., etc., porque ya vd. lo sabe, el pensamiento es libre y el liberalismo ha hecho que "palabras no rompen cabezas." A él nada le importa que todo el mundo crea que sus leyes son malas, dolosas, inicuas. Mientras no se llegue á las vías de hecho; mientras no corra peligro la torta, todo está bueno.

De modo que, si como fueron siete, hubieran sido siete mil esos discursos contra las leyes de Reforma, los oradores estarían en su derecho para

pronunciarlos, y el señor gobernador y autoridades para oírlos.

Y si no, vea vd.: yo no estoy en Chiapas, yo no hablo delante de un gobernador á quien vd. trata de *tú*, sino nada ménos que delante de vd.. lo cual es grave; y sin embargo, digo pestes, sapos y culebras contra las leyes de Reforma, y no es vd. capaz de figurarse todo lo que me queda que decir y diré, primero Dios, contra ellas. Bien, pues aquí están mis diez pesos, que me quedo tranquilo no solo por lo que hace á vd. sino por lo que hace á las autoridades, porque para eso nos ha dado este picho la Constitución.

Con tal que no le diga yo á mi gente: "Arriba, muchachos, á desollar chinacos!" puedo decir cuanto me dé la real gana.

Y si mañana escribo unas *guerrillas* de esas que salen bravas de repente, y el señor Presidente de la República, aunque no soy digno ni lo merezco, las leyere, se quedará silencio, como decimos los payos, porque mientras no ataque el orden público, soy más dueño de mi lengua que vd. de la suya, siquiera porque la hablo.

Conque ya vd. vé que cuando la primera autoridad del país tiene que estarse fuerte, tratándose de pensamiento libre, vd., que ni es autoridad ni liberal, ni es periodista ni nada, sino Filomeno á secas, como una yesca, deberá callarse con más razón.

Si fuera algo más comprendería que un Estado en que las autoridades comulgan y oyen misa, tiene infinitamente más garantías que otro en que el tesoro se vuelva copas, naipes, meriendas y cuanto el diablo inventó y no dijo.

Esto sí es grave, porque lo primero que sucede con un Estado así, es la exaltación de nulidades, la improvisación de periodistas que ayer fueron sabe Dios qué, el derroche del tesoro, el abuso de los empleados; en una palabra, la *cena de negros*.

Pero como el *Diario del Hogar* habla al fin de progreso, volví la hoja para buscar alguna inelativa, algún descubrimiento, algún artículo lumineso, algo, en fin, que correspondiera á aquella palabra, muletilla de los ignorantes, y me encontré... ¡con qué piensan vdes. que me encontré! Pues nada menos que con un artículo del redactor aquel de que hablé en mi anterior guerrilla.

Este sí es progreso.

A éste sí deberían oírlo diariamente el señor gobernador, la Legislatura y los tribunales de Chiapas.

Para cátedra de idioma español en logaritmos no tiene cuate.

Biento haber visto el artículo tan á última hora; pero no puedo prescindir de citar algún trocito, para que se vea quienes son los que acusan de retrógrados é ignorantes á quienes.....

.....

Pues, señor, me he quedado perplejo! A fin de cumplir mi promesa, acabo de leer el segundo artículo de nuestro *amigo*, de nuestro famoso é imponderable Redactor del *del Hogar*, y me vuelvo cruces sobre qué párrafo debo copiar.

Cada uno de ellos se disputa la preferencia.

Comencemos porque sirviendo de premisa las suntuosas fiestas que en honor de la Purísima tuvieron lugar en Pátzcuaro, infiere aquel que el catolicismo ha muerto.

Díganme vdes. si al medio tocayo de este señor, es decir, á Barrabás, se le hubiera ocurrido tal cosa.

Pero ello es que yo tengo que reproducir algo, y que de este maravilloso florón de disparates no sé cual escoger.

¡Qué historia!

¡Qué argumentos!

Y sobre todo, ya saben vdes., ¡qué estilo!

Cada vez que vuelvo los ojos al artículo para fijarme en algún párrafo, parece que cada uno de ellos, satisfecho de su pujanza y de su belleza, me dice:

¡A mí!

¡A mí!

¡A mí!

Para que no haya sentimientos al primero que levante el dedo.



Ganaron dos.

Hélos aquí: lo siento porque no son de lo mejor, pero sí de los que pueden citarse trunco:

"Expuestas las *antecedentes* salviedades, que suministran la magnitud de los apuros que nos circuyen en nuestra fama, emprendemos la prosecucion de nuestras impresiones de viaje.

"Nos *desplace* profundamente que las fiestas que en la República se verifican sean *perdurablemente* colocadas bajo la advocacion de dos reyes; el rey de oros y el rey de los cielos....

"Prestan su cooperacion al clericalismo las clases alta y baja, es, á saber; las clases *iletradas*, á bien que día á día en esa cooperacion circunscrito el radio de su apego y de su reverencia."

Lo primero que se me ocurrió al leer esto, fué mandar preguntar si no habia reventado el autor, porque sólo reventando puede un hombre arrojar tal número de entozoarios en espacio tan pequeño.

¡Pero me hicieran vdes. favor de fijarse en esas magnitudes que se suministran, en esas *prosecuciones*, en ese divino *desplace* que deja á uno con tamaño hueco en el estómago, y sobre todo, en ese incomparable *iletradas*!

¡Ah! pero eso sí: la blasfemia si la pudo decir con la correccion de un Tamayo y Baus, al expre-

ear su sentimiento porque las fiestas se "colocuen" bajo la proteccion del "Rey de los cielos."

¡Qué hombre tan listo!

Bueno, pues este señor es el que acusa á los católicos de ignorantes.

Y este periódico, con su redactor, y todo, es el que nos culpa de retrógados y cita leyes.

Vivir para ver.

(El Tiempo del juéves 16 de Diciembre de 1886).

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

~~-----~~

VI

**N**O les ha de coger á vdes de nuevo el asunto, pero sí la ocurrencia, mejor dicho, las ocurrencias y todavía mejor, las barbaridades.

Se trata de *El Monitor*, con esto les digo á vdes. todo.

Pero vamos por partes.

¡Qué ha de hacer un periódico, que no tiene el valor de estudiar las altas cuestiones que está afectando al país, ni la mollera necesaria para juzgarlas, en una palabra, que no quiere trabajar, en presencia de la indeclinable necesidad de publicarse diariamente!

¡Qué! Muy sencillo.

Recortar el *Diario de la Marina* de la Habana, echar tijera á todos los periódicos de la Capital para formar su gacetilla, y en cuanto al editorial ó boletín, basta con un asunto que es la materia infinita del *Monitor*: los frailes, las leyes de Reforma, los conventículos, los fanáticos, toda esa sarta que ya vdes. se saben de memoria.

063222

Efectivamente. *El Monitor* es periódico por la misericordia de Dios, manifestada en las tijeras de García Torres, y la clerofobia de mi amigo D. Pancho Wenceslao.

Abrid *El Monitor*, y sin exceptuar un solo párrafo de gacetilla leeréis en sus comienzos: "Dice *La Patria*;" "Nos cuenta *El Cronista*;" "Leemos en *El Nacional*;" "Asegura *El Pabellón*;" "Refiere *Juan Lanús*;" etc., etc.

Por su parte el boletín no pasa de esta jerga:

"Los retrógrados en auge."

"Violación de las leyes de Reforma."

"Trabajos de los frailes."

"Maquinaciones de los fanáticos."

"Conventículos."

Les digo á vdes. que éste es un Quijote soñando siempre con gigantes y menesterosos.

Les digo á vdes. que despanzurra en cada pesadilla, buenos odres de vino; les digo á vdes. que esto va á tener un mal resultado porque ya no aguanto al *Monitor*, ya me quema el copete, ya me es insoportable D. Pancho, con su estilo de vieja acabada de levantar, con sus regaños indigestos y sus lloriqueos por lo que él llama el progreso. Y que mucho me temo no le haya dado los buenos días mejor que lo que se los dió el famoso manchego, á la no ménos famosa Dulcinea.

Califiquen vdes. el estilo, la gramática de un escritor (perdóneme la ausencia), que intitula: "Los avances del retroceso."

—Pero, hombre, si el retroceso es el que anda para atrás, ¿cómo ha de avanzar!

Y califiquen vdes. á un escritor de oposielo n (sin ofender á nadie) que para atacar al gobierno apela al viejísimo, gastadísimo, anémico y cascado recurso de decir que está apoyado en los conservadores. Recurso tan viejo que ni D. Pancho, que ya está comiendo la segunda papilla, lo vío nacer. Cada vez que se ha querido atacar á un gobierno conservador, se ha dicho: "ya está enredando la pita con los liberales," ó en caso contrario, "ya andan por allí los conservadores."

Bien, pero *El Monitor* ha vivido siempre de sofismas, y el caso de cada santo día.

Pero lo que ayer dice, sí que merece letra de molde.

Asegura que el gobierno tuxtepecano está apoyado por los católicos. (Miren vdes. si nosotros seremos herejes.)

Hasta aquí no hay más que rutina, la soñolienta y estereotipada rutina, pero lo que sigue no deja ni qué decir.

Califica agradamente á los mexicanos que apoyaron y aplaudieron la revolución de Tuxtepec.

¡Qué boca he abierto, y qué ojos, lectores míos!



Ese *Monitor* está como el personaje de una comedia que con cierto éxtasis de romanticismo, decía:

“Porque no sé lo que he sido,  
Ni ménos lo que he de ser.”

¿Cómo está eso, angelito!

¿Pues qué periódico apoyó con furor de energúmeno la revolución de Tuxtepec, más que *El Monitor*?

¿Qué periódico gastó más saliva en ponderar los triunfos obtenidos por los tuxtepecanos en estas ó aquellas escaramuzas?

¿Quién inventó más mentiras referentes á falsas escaramuzas?

¿Quién fué el primero en felicitar al General Díaz el día de su santo, para darle á Lerdo *cocos*, como suele decirse!

¿Quién, cuándo ni cuánto, fué más tuxtepecano que *El Monitor*, al grado que de su redacción salieron personas para engrosar las filas regeneradoras!

Pues, hombre, ya no sabemos á qué grado llegará mañana el descaro, la tontería, el cinismo ó como esto se llame, de *El Monitor*.

Afortunadamente conocemos su historia de cuerito á cuerito, y no lo dejaremos darse baños de rosa.

Pero, eso sí; después de un sopla.... de estos, &

callarse, á sumirse. *El Monitor* dice, después de mentir, que en boca cerrada no entra mosca, y que el silencio es más elocuente.

¡Al fin no todos los que leen *El Monitor* leen *El Tiempo*!

Y sobre todo, más vale una buena *sumida*, que una mala derrota.

Pero en lo que *El Monitor* se excedió á sí mismo, fué al considerar las iluminaciones del día 12 como incluidas en la prohibición de las leyes de Reforma. Pide que no se permitan etc., etc.

No tiene vd. que jurarlo, D. Pancho.

Ya sé que esas iluminaciones le ardieron á vd. más que si los cabitos y candilejas de los faroles se las hubieran apagado á vd. en las espaldas, y que si las banderas y cortinas se las hubieran prendido con alfileres en las piernas.

Pero no es otra cosa.

Al que le arda que se eche agua. No sea vd. tan liberal, tan impaciente, tan comodín, que no permita el que el dueño de una casa sea dueño de sus balcones, de sus farolillos, de todo lo que no le costó á vd. más centavo que el de la magnesia para la bilis.

Me dá vergüenza tomar en consideración la propuesta y argumentos de D. Pancho. Me conformo con dar á vdes. la noticia, que como los muchachos bien criados, por sí misma se recomienda.

D. Pancho Wenceslao no quiere que haya iluminaciones guadalupanas.

Y no quiere, porque no le dá la gana, porque le molestan los cohetes, los faroles, el barullo, las enchiladas, todo.

Es hombre de paz, de silencio, de miopía, de dieta, y sobre todo, de reforma y progreso.

Vdes. saben lo que hacen.

Yo me lavo las manos.

(*El Tiempo del miércoles*  
22 de Diciembre de 1886.)

VII

**D**ECIAMOS ayer, que toda la gracia de *El Monitor*, es decir, de D. Francisco W. Gonzalez, consiste en alimentar su ineptitud con las alharacas de las leyes de Reforma.

Don Quijote de Letran asegura que hay muchos malandrines, gigantes y encantamientos por todas partes.

El verdadero malandrin, gigante ó encantamiento es la pereza, el bostezo perpétuo, para estudiar las graves cuestiones que están determinando la suerte futura del país.

¡No! ¡Para qué es molestarse! Basta con la mulera de los fralles para salir del paso.

Bien; pues asegura *El Monitor* que todos los días se violan las leyes de Reforma, debido á que los hombres de Tuxtepec han hecho con los católicos causa comun, y que por eso estamos como en nuestra casa.

¡Válganos Dios, qué amistades nos regala D. Pancho!



D. Pancho Wenceslao no quiere que haya iluminaciones guadalupanas.

Y no quiere, porque no le dá la gana, porque le molestan los cohetes, los faroles, el barullo, las enchiladas, todo.

Es hombre de paz, de silencio, de miopía, de dieta, y sobre todo, de reforma y progreso.

Vdes. saben lo que hacen.

Yo me lavo las manos.

(*El Tiempo del miércoles*  
22 de Diciembre de 1886.)

VII

**D**ECIAMOS ayer, que toda la gracia de *El Monitor*, es decir, de D. Francisco W. Gonzalez, consiste en alimentar su ineptitud con las alharacas de las leyes de Reforma.

Don Quijote de Letran asegura que hay muchos malandrines, gigantes y encantamientos por todas partes.

El verdadero malandrin, gigante ó encantamiento es la pereza, el bostezo perpétuo, para estudiar las graves cuestiones que están determinando la suerte futura del país.

¡No! ¡Para qué es molestarse! Basta con la mullella de los fralles para salir del paso.

Bien; pues asegura *El Monitor* que todos los días se violan las leyes de Reforma, debido á que los hombres de Tuxtepec han hecho con los católicos causa comun, y que por eso estamos como en nuestra casa.

¡Válganos Dios, qué amistades nos regala D. Pancho!



Dice bien; no podemos estar más á nuestras au-  
chas.

Que lo digan las casas curales, respetadas por  
el mismo Lerdo, que es cuanto puede decirse, y  
adjudicadas al pueblo, ya bajo el nombre de Peña,  
ya bajo otros no ménos austeros ni ménos sencil-  
los, por nuestros íntimos amigos los caballeros  
tuxtepecanos.

Que lo digan algunos señoras curas, como el res-  
petable de Amecameca, por ejemplo, encarcelados  
bárbaramente por no recuerdo qué chisme de pro-  
cesiones.

Que lo digan los periodistas católicos, encarcela-  
dos también, como las dedicatorias de los retra-  
tos, *en prueba de sincera amistad.*

Que lo digan los profesores católicos, á cuyos  
colegios han hecho una especie de cateos como  
los que se practican en las madrigreras de ladro-  
nes.

¡Qué les parece á vdes. la amistad de los tuxte-  
pecanos!

¡Ay, D. Pancho: se la guardara vd. para cuando  
le hiciera falta!

La amistad con el gato, es causa de rasguños;  
pero la amistad con Tuxtepec produce barbechos,  
desgrefiamientos, bofetones y demás obsequios,  
que si no fuera por la caridad le cedería á D. Pan-  
cho con todo mi corazón.

Pero miren vdes. si no es éste un hombre de  
esos á quienes la crítica popular llama *picudos.*

Sin ton ni son, sin que venga más al caso que las  
calendas griegas, dice D. Pancho:

"El artículo 3º de dicha ley prescribe que: "Nin-  
guna autoridad ó corporacion, ni tropa formada,  
pueden concurrir con carácter oficial á actos de  
ningun culto, ni con motivo de solemnidades reli-  
giosas se harán por el Estado demostraciones de  
ningun género;" y no solo funcionarios subalter-  
nos, sino aún de categoría, infringen esta prohi-  
bicion en las poblaciones de poca importancia, si-  
no aún en las capitales de las entidades federati-  
vas y hasta en la de la República."

Como ven vdes., esto es lo mismo que no decir  
nada, porque si para hacer oposicion al gobierno  
me basta con decir: Se está robando en los cami-  
nos, las leyes se infringen, el cólera nos devora,  
sin que el gobierno tome providencias, los hijos  
se están comiendo vivas á sus madres, y quedan  
impunes; pero no digo en qué camino, ni cómo, ni  
quién, ni cómo se infringen esas leyes, ni en dón-  
de está el cólera haciendo estragos, ni qué hijos  
son esos; me parece que hacer la oposicion así será  
la cosa más sencilla para cualquier cuatro orejas;  
pero también me parece que esa oposicion vale  
tanto como la carabina de Ambrosio.

Pues esa es la de D. Pancho; cita leyes, porque

esa es la coquetería de la declamación, la formalidad del bostezo, el palero de la pereza; pero no dice quienes son esos funcionarios que oficialmente asistieron á actos religiosos, cómo se llaman, dónde viven; qué tropa perteneciente á cuál batallón, á qué división, fué á hacer los honores, á qué ley se refiere, etc., etc. Nada de eso dice, porque no puede decirlo, porque todo eso no es más que un saco de mentiras.

¡Si tendría pepita en la lengua D. Pancho para citar nombres, casos, poblaciones, fechas, en caso de que estirando los ojos viera algo de verdad!

Pero la declamación tiene una ventaja: nadie puede tomar la palabra en contra, porque nadie puede darse por aludido.

Pero decía yo que D. Pancho era muy *picudo*, que estando aquí vive en la laguna de Chapala, y voy á probarlo.

Cuando el general Díaz, acompañado de sus ministros de Estado, y con tropa armada y formada que le hizo los honores, asistió oficialmente á las honras protestantes del general Grant, ¡qué dijo D. Pancho! Nada, lo que se llama nada; se calló el pico, entró en muda como las golondrinas en invierno.

Ese día le dió catarro, lo hicieron amohinar, le faltó sal á la comida; yo no sé, el cuento es que no escribió. Mandó un recado ronco á García Torres, diciéndole que no había boletín.

¡Ah, pero se trataba de un templo protestante! D. Pancho sabe que cuando los artículos reformistas hablan de actos religiosos, de ministros de cultos, etc., se guían el ojo, como diciendo: "esto va para los católicos, hablamos en general, porque es necesario no asomar la oreja, porque es político ser hipócrita, pero no se alarmen los Wenceslaos; ya se sabe que esto no reza con los de casa."

Hé aquí por qué D. Pancho, en aquel entónces, tratándose de un hecho público, se murió en regla, y hoy que todo se reduce á no estudiar echó artículos reformistas hasta por las narices.

Para no cansar á vdes., porque el cuento va largo, me conformaré con poner afileres á otra pifia de las mil que contiene el articulejo franciscano.

Dice así:

"Pero en lo que más se ha distinguido el fanatismo, es en la infracción del artículo 5º que se expresa de la manera siguiente: "Ningun acto religioso podrá verificarse públicamente si no es en el interior de los templos.... Fuera de los templos tampoco podrán los ministros de los cultos, ni los individuos de uno ú otro sexo que los profesen, usar los trajes especiales ni distintivos que los caractericen...." Casi no hay población de fuera de la Capital y aun de las que están á las puertas de ella, como hace pocos meses sucedió



en Amecameca, en donde no se saquen procesiones áun desafiando recientes circulares del ministerio de Gobernacion."

En primer lugar, es falso, oigalo vd. bien, D. Pancho, falso como un peso de níquel, el que haya habido procesiones en Amecameca, y cuando haee dos años, no pudiéndolo impedir el señor cura párroco de ese lugar, subieron cuatro indios vela en mano al Sacromonte, ya se acordará vd., si los grandes placeres son inolvidables, qué buena cárcel hubo en Toluca, para ese venerable y benemérito eclesiástico.

Usted, por lo que hace al gusto que debe haber recibido, y el general Lalanne, porque ya la está pagando, no pueden haberse olvidado del hecho. Luego no existe lo que vd. llama impunidad, complicidad, tolerancia.

En segundo lugar, si como vd. asegura, ese caso se verificó con violacion de recientes circulares del Ministerio de Gobernacion, entónces, D. Pancho, por Dios, ¿dónde está la famosa amistad y hasta complicidad del gobierno tuxtepecano con los católicos?

¡Quién pudiera entender á vd.!

¡Si se necesitan dos cabezas para entenderlo, una para cuando vd. dice que sí, y otra para cuando dice que no!

Por este estilo continúa D. Pancho.

Dejémosle, que harta caridad es escucharlo.

La paz, para los que hablan de memoria, es una forma del sepulero.

Scále leve.

Nada más les digo á ustedes que me está aguardando el Redactor del *Diario del Hogar*.

Por supuesto que ya saben ustedes quien es ese señor; pues no lo saben todavía.

Yo, que soy su lector más fiel y constante; yo, que embriagándome diariamente con sus artículos soy ni más ni ménos que un ébrio consuetudinario; yo, que cuando no encuentro en el *Diario del Hogar* del día, artículo de ese Redactor, busco el del anterior, porque para vivir, para desayunarme, para estar capaz de hablar con las gentes, para tener respiracion libre y oxigenada, para que no me falte algo, necesito leer aunque sean dos líneas de él; yo, por último, que he sido quien lo ha presentado á ustedes, no sabia lo que era el verdadero, el mero, el auténtico Redactor; con que, háganme ustedes creer que ya lo conocen.

No, señor; quien haya leído su artículo del 18 del actual, no tiene de ese Redactor, sino una seña, una probadita, una brizna de idea.

Ló habrá visto de léjos, hasta la luna, fuera de foco, defuminado, pero no de cerca, sino de léte á



éste como yo lo he visto; y ustedes, mis lectores, si gustan, van á verlo.

La exhibición, por mi cuenta, es de obsequio; ustedes lo perdonarán, pero se agradece la buena voluntad y el cariño.

Se trata, como siempre, de la excursión á Pátzcuaro, y estamos en el tercer artículo, como quien dice, en la tercera estación del viacrucis. Excursión á la que de puro tonto no asistí. Pero ¡quién iba á saber que asistía aquel Redactor! De saberlo, hubiera concurrido, solo para hacerme un largucito junto de él, é ir oyéndole referir sus impresiones.

Comienza la orquesta:

"Morelia y Pátzcuaro, son los puntos *descollantes de la excursión*, donde las impresiones del viaje *revisen menor fugacidad*."

"Morelia se apresta feliz al certámen del progreso *trasfigurada por la libertad*. Pátzcuaro *se debate aún en la ergástula ominosa del clericalismo*. Morelia *demandá por ende justísimas preferencias* ante nuestras *esusticas simpatías*. En nuestro próximo artículo nos referiremos con especialidad á Morelia y Pátzcuaro. Vamos hoy á *allegar diversas impresiones* diversas acá y allá."

(Dónde será allá para ir á recoger todas las que pueda.)

"Al aproximarnos á Toluca, percibimos el tristemente célebre monte de las Cruces, y nos pareció percibirle henchido de orgullo satánico. Es *colegible ese orgullo*, si se recuerda que de las breñas y de los vericuetos de esa sombría región de la República han surgido como por arte de *cabalísticos conjuros*, verdaderas eminencias del crimen. Pero, indubitabilmente, la personalidad de *más excelsa prosapia en el latrocinio* y en el asesinato, *l'enfant gaté* de la bribonada, *la preseca más fúlgida en la diadema de recuerdos de exterminio del monte de las Cruces*, es el bandolero Leonardo Márquez. Otras reputaciones de las muchas ungidas con sangre en las proezas del monte de las Cruces, han obtenido sólo la *deficiente notoriedad humana*; la reputación de Márquez ha alcanzado á la *infalible notoriedad divina*."

"Los frailes, esos respetables señores que de fijo por *hacer acrecer la veneración hácia sí*, adoptan el *traje femenino* en el desempeño de sus augustas funciones."

Y sigue, con motivo del Monte de las Cruces, disertando sobre Galileo, porque este cronista tiene este método para discurrir: tésis, el raton.

Pues el raton come queso.

El queso se hace de la leche.

La leche se *destaca* de la vaca,

La vaca, *colona* de la colina, come *yerbaduras*  
del monte,

El monte *desesterilmente* se rebuja con árboles,

Los árboles, en *fugitaciones*, *destiladamente* gi-  
men el aguarraz,

El aguarraz *se debate* surgiéndose en luz,

La luz es el progreso,

Luego el raton come progreso.

Pero se va pasando el tiempo y nos falta que  
hablar de las bellezas que he copiado.

¡Verdad que este sí es aquel Redactor, el tocado  
al original!

Lo que me admira es que haya regresado libre  
de Pátzcuaro.

Ya se ve, también hay aquí un San Hipólito y  
anda en la calle como si tal cosa.

Conque, vamos á hablar de ese señor con moti-  
vo de los disparates reproducidos; pues comien-  
cen ustedes, que á mí me falta embocadura.

Por mi parte me declaro impotente.

Este hombre se ha hecho intangible.

Si no hay quien pida la palabra, recomiendo lo  
del traje femenino de los sacerdotes. Pero tengo  
tanto que recomendar....

Con que ¡no hay quién hable!

¡No! pues quélese la cosa en tal estado.

Yo me contento con saborear la idea de que los  
Redactores como éste son los enemigos *atacantes*  
de la Iglesia.

No encuentro mejor prueba de la divinidad, be-  
lleza y perfeccion de ésta.

Si Santo Tomás lo hubiera oído, ni se acuerda de  
otros argumentos.

¡Loor al sabio!

Aquí esta mi medio.

(*El Tiempo* del jueves 23 de  
Diciembre de 1883.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

VIII

**P**ASEÁBANSE del brazo, á lo largo de la calle central de la Alameda, el general Marcial Perez y ese personaje hecho de cera y estrictina, que es conocido en México con el precioso nombre de A. Boleno. Ya se sabe que Marcial Perez, con su cara de tronco, sus mejillas color de punta de nariz, sus bigotes y sus diez copas de cognac á las once, no es general, pero sabe serlo. ¡Válgame Dios! Qué hombre tan dúctil para con los de arriba, y tan rígido para con los de abajo. Son las dos formas de la bajeza.

Todas las revoluciones las ha pasado en la cama, víctima de una gastralgía que le ataca, precisamente en los momentos de crisis política, ó bien las ha pasado siguiendo al enemigo, con tan mal olfato, que jamás dió con él. Y sin embargo, ya es general. Lo conocí hace diez años de teniente. <sup>®</sup>

¡Ah! pero cuenta con muchos elementos. Es de buena familia, porque los Marcial Perez descienden de una casa distinguida de España;



estoy que es de Sevilla. Su voz es de trueno, propia para hacer estremecer á los soldados cuando les grita: ¡firmes! Su cuerpo es gallardo. No hay sino verlo esfido con aquella banda, que parece que le nació en el cuerpo, no solo por lo bien que le va, sino porque jamás se la quita.

Aquellos hombros hechos á cineel, aquel pecho levantado que necesita mucho aire, que parece como que no le cabe el corazon, y que está diciendo á las balas: ¡aquí! aquel modo de andar, que inspiraría al maestro Morales la mejor de sus marchas; todo este hombre, exceptuando su cara, es admirable. Hasta en eso tuvo fortuna, porque un general buen mozo, es un general femenino, contrabecho, de cuadro de barbería; es una especie de Juana de Arco, ó de muñeco de Guadalajara. Dos son las únicas cosas que respeta el soldado: la mugre de su bandera y la fealdad de cara de su general. De modo que visto por los cuatro costados, Marcial Perez nació para lo que es: general sin ser soldado.

Dos solas batallas ha tenido en su vida: la interminable con los camaristas de la antesala presidencial, y otra que libró con los polkos desde una azotea de la calle de la Profesa.

Pero no han visto vdes. un hombre de más chispa en su vida. Por ofrilo hablar, deblera pagarse tanto como por oír cantar á la Patti. Es un to-

rente de chistes, de epigramas, de oportunidades, de alusiones, arrastradas por una palabra en extremo fácil, y animadas por aquellos ojillos color de aceituna y vivos como ellos solos; ojillos que, como una perla en alfiler de corbata, están mantenidos sobre las puntas archi-encerradas de sus bigotes, vueltos rectamente hácia arriba. A las doce en punto está en Plateros, exclusivamente dedicado á platicar.

En cuanto á A. Boleno, sería inútil toda recomendacion, porque es una alhaja muy conocida.

Paseábanse, pues, con él, un brazo eslabonado en el ajeno, y el otro hácia atrás como teniéndose el boton de la cintura de la levita, posesion que toman los brazos no acostumbrados á trabajar.

Adolezco de un defecto grave que me hace cometer á menudo una enorme grosería: escuchar.

Es mi pasion oír á hurtadillas lo que hablan los grandes hombres, sobre todo si son pequeños.

¡Qué angustias! La empresa era difícil, porque paseándose, fácilmente advertirían que mi persona iba en pos de ellos.

Sin embargo, me atreví.

Iba tan encantado Boleno con la plática, y el general tan preocupado con la influencia que iba adquiriendo sobre éste, que pude despacharme á mi antojo.

—“Cuando di de patadas al Obispo Sollano, decía Marcial Pérez, escupiendo por entre los colmillos, comprendí que era la conducta que debíamos seguir con los fanáticos.

“Nuestros gobiernos tienen la culpa de que se hayan insolentado.

“Nuestro D. Sebastian me decía: (porque Marcial Pérez es muy afecto á decir que los presidentes le dicen, le tornan y le vuelven) pero hombre, quiere vd. que me los coma vivos! ¡Qué le parece á vd.! ¡Como si comérselos vivos fuera poco! Ya lo vió: el no comérselos vivos le costó que lo vomitaran á él muerto.

“Lo mismo le digo á Porfirio, pero no hace caso.

“Fijese vd. en esa prensa clerical. Solo nos falta que nos diga..... (aquí echó Pérez una de esas.)

“Afortunadamente esa prensa se ha puesto sola en un predicamento difícil, porque no le probó aquello de que el gobierno no podía ser liberal, dando que la mayoría del país es católica; tampoco lo de que los gobiernos deben tener religión para no ser ateos; no le queda más filón que el de los yankees, que es el que está explotando.

—“Pero el país los oye, amigo, no hay que hacerse ilusiones; el país los oye, porque es muy bruto. Vd. que ve seguido á Porfirio, háblele; que no les

afloje, que acabe con la frailada, porque si no; rueda y nos hace rodar.

“Propóngale vd. este proyecto, que no es mío, sino de Chavero....”

Aquí detuvo el paso Pérez intempestivamente, y yo, que no contaba con esa, dí con su espalda.

—¡Jesus! exclamé para mis adentros, y no tuve más recurso que decirle: “Vd. dispense, señorita, estoy ciego.”

—“No hay de qué! dijo Pérez queriendo conocerme, y haciendo bailar jarabe á sus ojitos que sacó hasta la pared de enfrente.”

Y me fui dando golpecitos en el suelo á diestra y siniestra con la punta de mi bastón.

Yo había sido ciego, pero no sordo.

Ahora bien. A los dos días tuve una agradable sorpresa.

Me encuentro en *El Partido Liberal* un artículo exactamente calcado en lo que dijo Pérez.

Se llama “La pesada carga,” como quien dice, el gonzalismo sobre el romerismo.

Y se refiere á la prensa clerical, ó lo que es lo mismo, á la prensa diaria independiente con la honrosa excepción de *El Monitor*.

¡Qué coincidencia!

¡Oyeron vdes. lo que dijo Marcial Pérez!



Pues lean ahora lo que dice *El Partido*:

“Estos periódicos clericales son una verdadera calamidad, por no decir otra cosa. Se han dejado ir por la senda de los desatinos y ahora se hallan en punto de terrible compromiso, donde no pueden retroceder ni seguir adelante. Y es de ver cómo desbarran en su terrible esfuerzo por desprenderse de su difícil situación en que ellos mismos se han colocado. Nos tienen en angustias. Obligados nosotros á leer lo que escriben, nos sucede como al que presencia las arriesgadas suertes de un inexperto equilibrista.

“No podía ser de otro modo. Se creyó que el fanatismo religioso era un buen elemento de explotación y se puso manos á la obra, sin considerar que el fanatismo está ya reducido á términos muy estrechos. Los trabajos en el sentido de amalgamar las creencias con la política dan resultados contraproducentes, y cada día se ensaya un nuevo programa para obtener un nuevo fracaso.

“Ya no es que la inmensa mayoría del país, por ser católica, rechaza al gobierno liberal, cuyo crimen consiste en dejar á cada cual en libertad de profesar la creencia que más le guste.

“Ya no es que los gobiernos debentener religión para no pecar de ateos; y siendo el pueblo mexicano en su mayoría papista, su gobierno debe estar sometido al Papa.

“Ahora la cuestión es con los yankees. Ya se dió la voz de alarma. Se debe combatir todo lo que se relacione con nuestros vecinos del Norte; y como se vé, tan disparatado es esto como lo otro.”

Dejando á un lado lo raro de la coincidencia, voy á contestar al *Partido*.

¡Que no se haga de la vista gorda!

Las grandes acusaciones que hacemos, que hace el pueblo y que hará la historia á los liberales; no son las que cita *El Partido*. Es verdad que el gobierno ateo, es un escándalo, que un país católico gobernado por enemigos de la fé, es un absurdo ó una usurpación á viva fuerza; pero no es eso solo. Haber entregado los bienes del clero á manos de aventureros; haber desheredado á la clase pobre de la sociedad; haber desacreditado al país con el espectáculo horrible de tanta rapacidad y salvajismo; haber ofrecido al mundo el cuadro de administraciones tan honradas como la pasada, y otras que algun día saldrán á luz; haber corrompido al pueblo, esterilizado las riquezas del país, & & & &—esas sí son acusaciones que ateos, protestantes, mormones y cuanta ferga se imagine *El Partido*, reconocerán como incontestables. ®

Por lo demás, es una de tantas mentiras que la prensa católica recurra á proyectos.

Por nuestra parte no tenemos más que uno: el cumplimiento de la ley.



El Tiempo no exige más que la observancia de la Constitución; tal ha sido uno de los puntos principales de su programa. ¡Friolera!

En cuanto á lo del predicamento difícil, ya lo quisieran para un día de lujo.

Esa risa es la risa del conejo. Esa angustia es la lágrima del cocodrilo.

Si estamos desbarrando, por Dios que no nos tengan lástima. ¡Por qué no nos combaten! En política, al enemigo que desbarra, no solo se le deja desbarrar, sino que se le empuja. ¡A qué detenernos! ¡Es caridad ó filantropía!

Más cuerdo me parece lo que decía el general: "comérselos vivos."

Aunque esto por desgracia tampoco prueba.

Y que la carga es pesada, vdes. lo han dicho, y lo prueban con los hechos, porque esa carga es la Constitución, cuyo cumplimiento exigimos.

¡Qué haremos para soltar esa carga!

Siento el accidente que referí; de otra manera propondría al Partido el proyecto que inició el general.

Aunque ya debe saberlo.

¡Tendrá la deferencia de participármelo!

¡Al fin, que hemos de salir vencedos!

Así sea.

(El Tiempo del jueves 20 de Enero de 1887.)

IX

**D**O todo ha de ser hablar de periódicos. Justo es *guerrillear* también con las personas y á su vez con las ideas.

El Dr. Butler, de quien voy á ocuparme, persona muy conocida en esta capital, es un sabio, por más que sea incrédulo, hasta donde no hay pared.

Pero entendámonos; cuando digo que un ateo es sabio, quiero decir que debiera serlo, como debía ser hermosa una mujer de perfil elegante y cuerpo de paloma, pero cacariza y tuerta.

Las viruelas y un descuido de la nodriza tuvieron la culpa de que esta hermosura se frustrara, como la mala educación y las pasiones se encargarón de frustrar aquella sabiduría. Pero esa mujer nació con elementos para ser hermosa, y hasta lo es de lejos y de lado, como el Dr. Butler nació con elementos para ser sabio, y aun visto de lejos y tapándose con el lado de la erudición el lado de la tuertura, lo es á carta cabal.

Un sabio ateo, es una manzana del mar muerto, de esas turgentes y doradas frutas que están llenas de ceniza; es como una tela en trama, como un globo sin gas, como un laúd sin cuerdas. No se eleva, ni produce armonías, ni hace tejido, ese admirable tejido de la verdad que se ve con la verdad que se cree, de lo que viene del efecto á la causa y de lo que va de la causa al efecto; de las verdades naturales y las sobrenaturales; en una palabra, de la fé y de la ciencia.

Bueno; pues el Dr. Butler tiene una biblioteca que vale cincuenta mil pesos, como medio, y lo que es más, una biblioteca que conoce. Está instalada en un gran salon, que debió ser el refectorio del convento en que reforciendo la arquitectura se acomodó la casa.

Tiene un gran tragaluz, una enorme mesa de ocote, en medio; sillas viejas con adobes de polvo; infinidad de periódicos sobre la mesa y regados por todas partes; muchos libros delado en los estantes, otros encajados á lo atravesado, otros á medio encajar, otros en el suelo, unos abiertos, otros cerrados con plumeros de registros; dos ó tres esferas por los rincones, muchas viejas de cigarro por el suelo, candeleros empachados hasta la coronilla, con grandes chorreaduras de estearina que se ha puesto verde como lama de humedad, y allá en el fondo un balcon practicado en el

anchísimo muro, en cuyo hueco tiene Butler su mesa de estudiar y de escribir.

¡Qué impresión causa esta biblioteca!

No despierta la gana de estudiar, sino la de barrer y escombrar. Cosquillas me hacían las manos el primer día que yo entré allí. Se pone uno nervioso. Parece que el polvo está esperando huéspedes para lanzarse sobre ellos como una nube de langosta. Se me figuraba que con dar un paso algo fuerte en el entarimado, iba á desplomarse aquel edificio sobrepuesto, de polvo.

Desde que Dios manda su luz, Butler se instala en su hueco del balcon. Le oculta el movimiento de la calle un trasparente que representaba á Galileo estudiando la esfera. Y digo que representaba, porque la mugre, el polvo, una gotera que lo baña en tiempo de aguas y de vez en cuando las escupitinas del sabio, lo han dejado como chupa de dómine. A Galileo no se le ve más que un ojo, una rodilla, el dedo gordo de una mano, y pare vd. de contar.

Pasa al través de ese lienzo una luz mugrienta, viscosa, cuya melancolia de tístico agrada mucho á Butler, que es miope y usa unos anteojos con cada vidrio como un pedernal.

Butler es muy amable, con esa suavidad resfriada del escepticismo, con esa cortesía de afuera, que está en la cartilla de urbanidad, pero no en



el alma, con ese respeto á la persona, pero no al prójimo.

Se le estima, pero no se le ama.

Más allá de su cortesía, parece que hay un muro que no le permite al afecto pasar más adelante.

Cuando uno lo ve por vez primera, mide en el acto la amistad que llegará á tener con este hombre. Esa amistad no penetrará más allá de la camiseta.

Es correcto de figura, hijo de un inglés muy rico y muy bueno que estableció en México los molinos de maíz, y que murió náufrago en el Atlántico, al hundirse el buque "City of York," el año de 58.

A las cuatro de la tarde fuimos presentados á Butler. Nos esperaba, y nos recibió con una sonrisa, sin separarse de su mesa. Nos indicó un asiento con ademán y semblante que querían decir: "para sólo media hora."

De buena gana habría sacado mi pañuelo y púéstolo sobre el asiento de aquella silla de tierra; pero me conformé con decirle á mi pantalón: "con tu permiso," y me senté.

Mi propósito era no tocar puntos de religión, según la urbanidad en estos casos lo previene, y lo cumplí. Pero mi compañero de visita, que es el hombre más virtuoso que he conocido, es toleran-

te con los herejes, y atrocamente intolerante con las herejías.

¡Qué hombre! me dá gusto hablar de él, como de una maravilla! No hay sino tocarme esta cuerda para que no deje yo de hablar en veinticuatro horas.

Lo he visto en todas las tribulaciones de la vida con el sufrimiento de un mártir y la paciencia y resignación de un santo.

Hambres, muertes, calumnias, enfermedades, todo cilicio del hombre, sufre sin levantar los párpados. Cuantos lo conocen lo respetan. Para mí es un remordimiento la cercanía de nuestra amistad y la lejanía de nuestra conducta.

Tiene un talento hermoso, claro y dulce como una gota de miel de abejas; una palabra tan fácil que dice cuanto concibe; un carácter alegre, burlesco sin murmurar, epigramático sin herir, poético sin empalagar. Es además el mejor lector de versos que he oído nunca. ¡Si digo que no acabaría de hablar de él! Volvamos al sabio.

Leía Butler una tragedia de Voltaire, y no hubo remedio, la conversacion recayó inmediatamente sobre el libro que tenía delante.

¡Jesus me valga! dije yo, considerando lo que iba á resultar de allí:

Como me lo pensé. A los cinco minutos estábamos, mejor dicho estaban, en plena polémica, eso



sí, sembrada de sonrisas, empedrada de "vd. perdone," adornada de mil caravanas; pero al fin polémica á quema ropa.

Era un pugilato de dos gigantes: el uno de la biblioteca y el otro de la virtud. El uno desconocía á Dios, por la lectura de muchas páginas; el otro lo conocía, por la práctica de muchos sufrimientos. El uno hablaba en nombre de los libros, el otro en nombre de los santos; el uno era el estudio, el otro la caridad; el uno tenía plétora de leer, el otro de sufrir.

La polémica se acaloró, y ya les reventaba la cara á ambos contendientes. Butler negaba á Dios, porque encontraba en la naturaleza la explicacion de todos los fenómenos de que nos servimos para demostrar la existencia del Sér Supremo. Al conocimiento de esos hechos le llamaba *ciencia*; á la investigacion de sus causas, *filosofía*, á la fuente unida de esa investigacion, *razon humana*. Para él, la moral es higiene y educacion, la idea de Dios, enconada por la historia y por el hateaubriand en todos los pueblos, una necesidad de la ignorancia de la naturaleza. En una palabra, Butler es un compendio de todas esas cosas que ya nos sabemos al dedillo.

En mi concepto, mi amigo había errado el orden de sus razonamientos, porque venía de Dios al cristianismo, y á ese camino andado há diez y

nueve siglos le han encontrado emboscadas y venicuetos los sofistas. Yo habría querido tirarle de la levita y decirle entre dientes: "media vuelta," esto es, ir del cristianismo á Dios; pero estábamos distantes y era imposible indicárselo, sin que Butler creyera que ya le echaba oficial encima, ó que éramos *montoneros*, como suele decirse.

Afortunadamente mi amigo advirtió su error, y dió la media vuelta, sin que nadie se lo indicara. A esta tésis: "la virtud existe porque existe Dios," sustituyó esta otra: "Dios existe porque existe la virtud," en el sentido de que ésta demuestra su existencia.

—"Veamos, dijo. Vd. explica todos los fenómenos por la naturaleza. Ahora bien. Es evidente que la naturaleza nos impele á la lujuria, á la ebriedad, al robo, al asesinato. El mormon, al cambiar ó aglomerar mujeres, obra estrictamente conforme á las leyes de lo natural. Segun las mismas leyes el hombre mata á su semejante para satisfacer una venganza ó librarse de su enemigo.

"Todo en la naturaleza, tal como lo posee el hombre en sus sentimientos y esto á que nosotros llamamos pasiones, y vd. funciones fisiológicas, impele al hombre al apetito del propio bien, sean cuales fueren los medios. Y sin embargo, existe la virtud y existen tantos hombres de castidad intachable, de honradez, de caridad, de humildad, de cuanta virtud se conoce.

“Usted no me negará que existen esos hombres.

—No, contestó Butler firmemente. Yo soy admirador de San Juan de Dios, y de San Francisco de Asís, como filántropos y correctos.

“Pues bien: ó esa virtud es engendrada por la naturaleza, y entonces ésta es contradictoria en sus leyes y en sus efectos, lo cual es imposible, porque sería el absurdo, ó existe lo sobrenatural que, con el apoyo y fuerza de la razón crea y sostiene esas virtudes. No hay remedio, porque si la naturaleza me dice, en virtud de sus leyes: “vengate, mata,” y yo pudiendo, no lo hago, es que existe otra fuerza que rechaza aquel impulso, la cual no puede ser de la misma naturaleza, como no puede verificarse el ser y no ser á un mismo tiempo y por idéntica causa. Ni temor, ni alma, ni amor, ni fuerza alguna natural me impedía matar, y sin embargo no maté.

“¿En donde está, pues, la naturaleza en este caso?

—Pero, vd., replicó nuestro amigo, habla de la educación, tal y como existe, es decir, de la educación cristiana; y ésta ya es un efecto de la religión de eso sobrenatural, que es el punto discutido.

“Otra educación, la pagana por ejemplo, que llegó al punto supino de su perfección, no impedía matar á un hombre; los gladiadores roma-

nos se hacían pedazos públicamente á título de diversion.

“Y aún el asesinato aparecía como una de tantas faltas.

“La ley lo castigaba con clemencia, para impedir sus efectos lastimosos; pero el asesino no sentía remordimientos, y pudiendo, asesinaba sin remedio.

“Grandes ejemplos nos muestra la historia; Bruto, por ejemplo, asesinó á César con la misma seriedad de conciencia con que vd. cierra ese libro.

“Por lo demás, en los pueblos salvajes, á los que no llegaba aún, ó no ha llegado el Evangelio, fuente de esa educación de que vd. habla, donde no gobierna más que la naturaleza, el asesinato no es un delito, se sacrifica en holocausto á los hombres, y se salva é impera el más fuerte.

“Pues bien, donde el hombre salvaje obra, impera la naturaleza absoluta, y si en él no existen las virtudes que en los pueblos cristianos, la naturaleza no los produce, en cuyo caso no son explicables sin la intervención de lo sobrenatural.”

Siguió mi amigo dilatando y condensando luego esa demostración que consiste en descubrir á Dios por la existencia del bien.

Butler no es un pretensioso encastrado; no es



uno de aquellos fátuos que reciben con epigramas y con risa de magister cualquier argumento, ántes de oírlo; mi amigo hablaba sin términos técnicos, sin aparatos de autores, sin gritos, sin soberbia, ántes bien, al hacer mención de algunos sufrimientos que quizá fueron apurados por él, se le llenaban los ojos de lágrimas.

La elocuencia del sentimiento es tan grande como la del raciocinio, ó quizá superior.

¡Por qué ha de haber más verdad en lo que se refiere que en lo que se siente!

Butler, un hombre que ha estudiado tanto, aunque al revés, comenzó á meditar.

Se levantó de su asiento, y haciendo chirriar una carretilla que no ha conocido el aceite, levantó el trasparente.

"Buena señal, me dije; ese hombre quiere luz."

Volvió los ojos y paseó la mirada por toda la biblioteca, como diciendo á sus libros: "¡quién de vdes. me explicará esto!"

El que explica el movimiento de los astros, la germinación de las semillas, las funciones del organismo humano, las bellezas de las artes, la historia, las matemáticas, no sabía cómo explicar la virtud, con solo la naturaleza.

Era el momento de separarse.

Lo abandonamos, no meditabundo, pero sí dispuesto á meditar.

No convencido, porque el error tiene brazos de pulpo, y es muy difícil que suelte; pero ni triunfante, ni encaprichado en triunfar.

Es decir, lo dejamos en barbecho.

Yo estoy seguro de que manos mucho más hábiles, instrumentos de la gracia de Dios, vendrán á hacer los otros abonos y la semilla germinará.

Hé, aquí cómo suele suceder que los ateos comienzan por estudiar las cosas más lejanas, las más remotas, las más escondidas, las más intrincadas, sin parar mientes en lo más cercano, más fácil y más patente.

Salimos de allí, con una esperanza hermosa, y con una arroba de saliva ménos. Yo con una gran torta de polvo en el lugar que vdes. podrán figurarse.

(El Tiempo del miércoles  
26 de Enero de 1887.)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

X

**A** Periquillo le faltó una profesión, que no tuvo porque no pudo, pero que le venía como á cuerpo de pobre: la de *periodista* subvencionado.

Hé aquí la más típica forma del médico de Tula, ingertado en el adulator del opulento chino.

Como aquel, hablan magistralmente de lo que no entienden, y como éste incensan para medrar.

Aquel se presentó de médico con su golilla y la chupa del *doctor Purgante*, y éstos se presentan de periodistas con la golilla de D. Ignacio Ramirez y la chupa de Zarco.

Mil veces hemos aconsejado al gobierno que busque para ese noble oficio individuos de talento, á lo ménos, ya que no de las otras mil cualidades que se necesitan para guiar la opinion.

Y no es que nos ufanemos tanto por la popularidad de un gobierno que no lo es, sino porque se lo gre siquiera la proteccion á la inteligencia.

No se ha hecho, quizá porque la cosa es difícil, puesto que la verdadera inteligencia y la dignidad son cosas inseparables.

Elo es que á cualquier prendidito, de pedazo de vidrio en la corbata, copa á las once y levita á buena cuenta, se le sienta á la mesa de una redaccion y se le dá cuerda para que eche de su ronco pecho.

Todo estudiante destripado, todo gallito de alfiler, en política, martajador de inglés, platicon de Plateros, y financiero á la violeta, ya sabe adónde tiene su puesto.

Es esta una cofradía, una órden militar de respondones, de pretendientes, de *ilustrados*, de lo que ha dado en llamarse *un jóven de porvenir*.

Texto.— Víctor Hugo.

Maestro.— Barreda.

Tesis en pro.— El gobierno.

Tesis en contra.— El clero.

Cátedra.— La tesorería.

Premio mayor.— Diputado.

Profesion.— Periodista.

Tal es el triste batallon con quien tenemos que inchar, porque diarios liberales independientes, no los hay.

Esa circunstancia empuenece nuestra lucha.

Cuando se combate con enemigos como los de nuestros padres, la lid se hace grandiosa y por lo mismo fecunda.

Cuando se va á refutar á un Zarco, á un Lerdo, á un Lafragua, á un Cardoso, se comprende el

afan, el estudio, el desvelo, el interés en la polémica, y sobre todo sus resultados; pero cuando se tiene delante á un petimetre, cuando estirando mucho al enemigo, pero mucho, como se estira una cuerda de violin, resulta un D. Pancho Wenceslao Gonzalez.... ¡Válgame Dios, ya me entró la flojera!

Y eso tratándose de un periódico como *El Monitor*, semi-independiente; pues ¿qué será respecto de esos amiguitos á quienes les dá unos pesos el gobierno para que digan *sí*, ó para que digan *no*....?

Esto corta las alas del corazon.

El triunfo sobre un disparatero causa más bostezos que una comedia del distinguido Sr. Chavero.

Sin hacerme esperar mucho voy á poner á mis lectores un ejemplo de lo que estoy diciendo.

Ayer *El Partido Liberal*, que es en el dicho batallon la compañía que más le cuesta al país, trae un artículo que es una nidada de disparates y todo lo concerniente al ramo.

¡Qué artículo!

Hizo bien su autor en firmarlo con pseudónimo.

La cocinera no debe saber que se escriben esas cosas.

Puede cambiar los potajes á la hora de comer, y en vez de servir almuerzo echar *pienso*.



Dirán mis lectores que soy exagerado. Un momento. Lo que se ha de ver, para qué se ha de decir.

Título.—La opinión nacional, (título muy sospechoso en un periódico que está escrito contra lo que cree, piensa y paga el país.)

Estilo cortado, conforme al último regüeldo de la indigestion *Victor-huguesa*.

Sentencioso como un Demóstenes, porque Barrera les enseñó que se han de echar sentencias aun cuando debiera uno por ello salir sentenciado.

Autoritativo, porque ha aprendido de Tuxtepec que donde regaña el alcalde no tosen los alguaciles, y tonto y blasfemo porque esa es la sal de la tontería.

Voy á dar una muestra, no hay que picarse, porque no ha de ser más que una, toda vez que necesitaría la plaza de armas para amontonar tanto disparate.

Inútil es decir que el título de *La Opinión Nacional* le viene de que la Nación es anticatólica, enemiga acérrima del clero, y devota canonizable de Tuxtepec, ó como estos dicen, de la paz.

Entrando en materia, se atropellan los disparates, las tonterías, las barbaridades, por salir al encuentro de uno, como las moscas de un figon de la Alcaicería al entrar el cajon de los dulces. Pero son disparates rabiosos, comunistas, de esos que

dan palo de ciego á la gramática, al sentido comun, á cuanto hay en este mundo y en el otro.

Por ejemplo, dice, refiriéndose á la educacion antigua:

“La vida mística de aquellos tiempos debía formar necesariamente parias desgraciados, y el sentimiento del paria se subleva á la hora del hambre y entónces el individuo tiende á conservar su existencia sea cual fuere el modo de hacerlo. De estúpido se convierte como la fiera hambrienta, en criminal.”

Ya vdes. lo ven: para decir que la fiera se convierte en criminal, se necesita ser de la cofradía subvencionada, y para comentar semejante barbaridad, se requieren fuerzas que no tengo.

Pero lo hermoso es esto: he oído á uno de tantos señores de la cofradía, sostener en la tribuna que el hombre es irresponsable de sus actos, puesto que ellos dependen del organismo, y por lo tanto que no hay criminales. En cambio hoy nos espeta que las fieras sí lo son. Hé aquí la ciencia jurídica en toda la brillantez del criterio liberalesco.

Y luego agrega:

“Busca su alimento no ya como hombre sino como bandido.”

Pero ¡bárbaro!—perdonándome vd. la palabra que se me salió—¡el bandido no es hombre!

Nada, lo dicho ántes. Las fieras son los crimina-



les, los bandidos. La cárcel está, no en Belem, sino en el circo de Orrin. Los tribunales deben transportarse á la Sierra Madre. Los jueces deben cambiar la toga por un traje de nahual, de oso ó de coyote, no sólo para no exponerse á ser devorados, sino porque para los toros del Jaral los caballos de allí mismo. De hoy en adelante la palabra bandido será sinónimo de perro, que al fin ya lo son por el destino y muerte que han alcanzado.

Sin duda en un razonamiento de esos se fundó la ley de salteadores y plagiarios.

¡Ah, pero eso habfan de haber dicho! Con razon la prensa no le encontraba ni piés ni cabeza á la dicha ley.

No cabe duda. El autor del artículo ha hecho un descubrimiento que en victor hugo llamarémos la *coalicion de los animales*, ó más claro, la racionalidad de los brutos. Hé aquí cómo más adelantado ratifica el autor su descubrimiento: "Porque opinion aún la tiene el animal."

¡Ah, ya caigo! Con razon hay tanto badulaque que dice con énfasis:

"Mis opiniones."

"Yo opino así."

"Y yo asado."

"No es esa mi opinion."

Y mi opinion por aquí, y por allá, y por acullá.

y todo se vuelve opinion, al derecho y al revés: caiga quien cayere.

El lector sabe que la opinion es el resultado de muchos y muy principales actos de la inteligencia.

Es el resumen de muchas ideas formando juicio, de muchos juicios formando raciocinios, y muchos raciocinios formando conclusiones, de las cuales conclusiones nace la opinion.

Ya me da rabia oír á tanto necio con costales de opiniones por todas partes, cuando los historiadores más eruditos, los filósofos más graves, los jurisconsultos más reputados, á la hora de opinar, ó lo hacen con suma modestia y temor notable, ó se excusan, que es lo más frecuente.

Así César Cantú no opina sobre varios puntos de Historia. El Abate Andrés se abstiene de opinar en la mayor parte de los puntos que toca en Literatura. Balmes se atiene á la opinion de otros autores, y lo mismo Dalloz y otros sabios.

En cambio aquí en esta cofradía de familia, en este retablo de añiches, en esta universidad liberalesca, todos opinan, todos muestran con garbo de compadre sus opiniones.

No comprendía yo este fenómeno; pero ya *El Partido* alzó el telon y descubrió la incógnita: "También los animales tienen opinion."

Hé aquí en dos palabras, dada la razon históri-

ca de muchas cosas en México, y de la mayor parte de esas opiniones que conocemos.

Vamos, no quiero pasar por avaro. Aunque ofrezca una sola muestra, no se me ha de cansar la mano en dar otra, sobre todo, para que sepan vdes. cómo explican esos amigos el espíritu de la Independencia de México.

Dice así:

“La masa de la nacionalidad mexicana todavía en el siglo XVIII expresaba su opinión por medio de sus crímenes. El español su dominador era el blanco de sus venganzas. Hé aquí el primer sacudimiento social. El descontento coadyuvó á la independencia, y entónces ya pudo vislumbrar el progreso.”

De manera que ese primer *sacudimiento*, el origen filosófico-histórico de la independencia, el sentimiento de ésta y su manifestacion fueron los crímenes.

De manera que todo eso que cantamos, enfaramos y encohetamos en la gran fiesta de la patria, no es sino una hilera de procesos de cárcel; los fastos de nuestro sér político se registran en los libros de los presidios ignominiosos, y nuestros cantares y loores se levantan á un puñado de bandidos, ó, (siguiendo el descubrimiento) de animales, de brutos, á cuya cabeza debe estar Hidalgo, como el buey Apis mexicano.

¡Qué tal!

¡Y éstas son las columnas más firmes del gobierno!

Y basta de leer barbaridades.

La conversacion de vdes. está muy buena, pero yo me despido.

(El Tiempo del viernes 28 de Enero de 1887.)





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XI

**D**IGO, pues, que la inquisición está haciendo mucha falta, por más que digan y griten los que odian á la inquisición porque la merecen.

Ya no quisiera yo la inquisición para entender de puntos religiosos, que al fin y al cabo los insultadores de Dios y corruptores de la juventud se escaparán de la inquisición de este mundo, pero no de la del otro, donde no se conoce el progreso. Me conformaría con la inquisición para tanto cínico, tanto charlatan, tanto hereje de la ciencia, tanto sabio suelto, tanto desvergonzado mentiroso como nos han traído las luces, la civilización y la copa.

Se niegan, con la desfachatez más grosera, los hechos mejor probados de la historia: se inventan otros á título de insuficiencia; porque estos, que para acabar con toda autoridad, hasta la del mérito, dicen que ya no es el tiempo del *magister dixit*, quieren en cambio que se les crea cuanto inventan bajo su mezquina palabra de honor.



Es la eterna contradicción de los liberalescos entre sus dichos y sus hechos: es la eterna ley del embudo que forma el alma de sus prácticas.

Un católico asegura, por ejemplo, que Pío IX fué un santo, y lo demuestra con hechos públicos de su vida; un liberalesco no se mete en trabajos semejantes; asegura que fué mason y hay que creerlo, simplemente porque lo dice el petimetre Fulano, el energúmeno Zutano ó la nulidad Mengana.

“—No hay pruebas,—dice—; Qué importa! Yo que niego la autoridad del historiador, yo que tengo tanta boca para decir: “no opino como César Cantú;” yo, que merced á los prodigios del progreso, tengo libertad de pensar, opiniones propias, yo he de ser creído bajo mi palabra de honor, y Pío IX fué mason porque lo fué, y esto es mi macho.”

Esta revolución, porque la revolución masónica se ha hecho sentir más en las ciencias y en el mundo moral que en las armas y la política, es un cálculo de los enemigos de Dios para hacer bola las ciencias, para meter bulla en la historia, para trastornarlo todo, todo aquello que conduzca al convencimiento de la verdad.

Desde que Voltaire empuñó la pluma se acabó el sagrado respeto á la historia que le tributaron nuestros mayores como al monumento de la verdad y de la filosofía.

Desde entónces ya no hay historia, á lo ménos tranquila y respetable.

Desde entónces, se miente y se desmiente con un cinismo exasperante; desde entónces cualquier charlatan que salió reprobado en el exámen de gramática, se pone frente á las más seguras tradiciones, á los más venerables sabios, á los hechos más indisputables.

A esto le llaman estos amigos, *conquistas del progreso y de la libertad*.

De aquí que todos los días nos encontremos una de esas *groserías* (que no merecen otro nombre), en que ya no falta más sino que nieguen qué tenemos ojos en la cara.

Hoy nada ménos me desayuné con un artículo del *Diario del Hogar*, ese papel que segun la frase de un distinguido liberal es *el basurero de la prensa*, en que se desmiente el hecho plenamente histórico de haber vendido Miguel López la plaza de Querétaro.

¡Eso quisieran! Librarse del negrísimo estigma, de la memorable cuanto humillante y vergonzosa cobardía de haber acudido al cohecho, para matar como reses á los vendidos y traicionados; de haber tenido que comprar el triunfo á pesar de sus elementos americanos, de sus generalotes y de su libertinaje.

Pero tarde han acudido á la mentira.

Son tantas las falsedades cónicas, las estúpidas invectivas de ese fárrago, que no le quedó al diablo por donde desecharlo, que era preciso reproducirlo con todos sus puntos y comas, para que el lector midiera la desvergüenza de estos hombres.

Tenemos espacio para ello, pero nos dá asco. Es hacerle á un fango honores sacrilegos; es levantar al petimetre de su tablita del portal hasta el trono del historiador.

Solamente para justificar nuestro desprecio al liberalismo que engendra tamañas grandezas y sabidurías, vamos á dar á nuestros lectores una idea de ese fárrago.

Dice que cuantas veces salían los sitiados de Querétaro á librar campaña, eran destrozados, siendo así que nadie, absolutamente nadie ignora que no salieron los generales Miramon y Mendez una sola vez, que no les dieran á los sitiadores tremendas revolcadas; pero buenas, tanto, que desesperados de sus armas tuvieron que acudir al cohecho para triunfar.

De lo contrario, ¡qué grandes tontos hubieran sido en comprar una plaza que podrían haber tomado con la mano en la cintura, á la hora que les diera la real gana!

Dice también, calumniando vilmente á un hombre que respetará y celebrará la historia, como celebra y respeta á todo el que por la verdad sabe

morir, que Maximiliano mandó á López á que solicitara del general Escobedo su fuga.

Esta es una grosería ridícula; el país entero sabe que Maximiliano sería cuanto se suponga, menos cobarde é indigno. El Archiduque fué un caballero sin tacha. Nosotros, que no sentimos por él como emperador afecto alguno, no por eso dejamos de reconocer en él un tipo de la histórica caballeridad de la Edad Media,

Así lo reconocen también los generales liberales, á muchos de los cuales hemos oído hacer los elogios más ardientes á Maximiliano en este concepto.

¡Pobres petimetres!

Ocúpense en confeccionar el cok-tail, en adular al ministro favorito, en hacer papelitos paseando la banqueta de la novia; en provocar desafíos cuando tienen ganas de almorzar gratis en la Concordia; en hacer ver las estrellas al sastre; en alquilar el caballo flaco para el domingo; en todo eso que les va como anillo al dedo; pero no alimenten su ociosidad queriendo manchar la memoria de un caballero, respetado por sus mismos enemigos.

¡Si faltarian á Maximiliano medios de fugarse sin pedir permiso al general Escobedo!

¡Si á ser cierto el hecho, no hubiera desde luego atronado los aires una gallera calamitosa!

¡A los tantos años salen con esa!



¡Pues dan lástima!

Y dice por último que "Miguel López cayó prisionero y que aprovechando esa oportunidad se fugó sólo por ir á decir al Emperador que ya la plaza estaba tomada, y que era preciso esconderse en alguna casa de la ciudad."

Más vale doblar la hoja.

Se me está subiendo, no el efecto que estas estupideces, sobre todo, dichas por semejante periódico, pudieran causar; sino la falta de respeto á la historia, á la verdad, al país; la tonta manera con que quieren sacudirse de un yugo de vergüenza.

Se me está subiendo y puedo decir una claridad en toda forma.

Más vale callarse y llevar la fiesta en paz. Al fin para castigar á los tontos sobra tiempo, porque es un defecto de que nunca se corregirá el poseedor.

May suya es su mollera! Que la gocen, mientras esto nos dura.

(El Tiempo del domingo 30  
de Enero de 1887.)

XII

¿QUÉ le importa al *Monitor*?

¡Qué pito toca en este asunto García Torres!

¡Qué mosea le ha picado á D. Pancho!

¡Cuándo los católicos nos andamos entrometiendo en lo que hagan ó no hagan los protestantes, cofrades de D. Wenceslao, en el interior de sus templos! Y eso que son nuestros, y que, por lo mismo, durante el tiempo que los tengan *prestados*, es incuestionable nuestro derecho para cuidar que no los destruyan ni los reformen. Y sin embargo no lo hacemos.

¡Qué le importa, repito, al *Monitor*, ni ménos á D. Pancho, el que se reforme, no se reforme, se derribe, ó se vuelva de cabeza la Colegiata de Guadalupe! Esa es cuestion de los católicos, mejor dicho, del Prelado.

Meterse en negocios de la casa ajena, es grosería, D. Pancho, una grandísima grosería. Si lo hace vd. á título de consejo nadie se lo ha perdido;



si á título de negocio, no es con vd.; si á título de *monitoriano*, se me llena la boca cada vez que repito: no le importa.

Pero el loro de Letran ha de meter el pico en todas las sopas, y así se cayera el mundo. No deja tñtere con cabeza. Ha de dar su opinion sobre todo el mundo.

¡Parece que es tan buena! Trátese del negocio que se tratare, lo primero que aparece es la cola de *El Monitor*. Desde esas cosas postizas para arriba, de todo ha de hablar; y luego con una urgencia y un boca abajo todo el mundo, que no parece sino que cuando nace cada ciudadano le mandan un recado á D. Pancho, diciendo que ya tiene otro *criadito á quien mandar*.

Parécia lógico que, tratándose de reformas en el Santuario de Guadalupe, *El Monitor* no tuviera más vela que la de un gacetillero, para dar cuenta de la noticia.

Pues no, ya se metió á discurrir.

Llegó D. Pancho á la redaccion con sus anteojos empañados, sus cosas de siempre y su mal humor de ordenanza. Y le dijeron: ¿que no sabe vd. lo que pasa!

—No, hombre!

—Pues van á reformar la Villa, (querían decir Colegiata).

—¿Caramba!

El primer pensamiento de D. Pancho fué: "pero en eso no se puede meter uno."

Mas en seguida pensó: "bien, ¡pero sobre qué escribo hoy? además, puede ser un pretexto para echar la grande."

Y se sentó.

Y diciendo y haciendo: allá van cuartillas que vuelan.

Y cátense vdes. á D. Pancho, así de *casquis*, con la indigestion del chocolate encima, y como quien escribe la cuenta de la lavandera, dándole consejos al Sr. Arzobispo, ilustrando la opinion é iluminando al gobierno.

¡Ah, porque eso sí! el gobierno habfa de salir á bailar.

D. Pancho le ordena que si el Sr. Labastida no prescinde de su proyecto, tome inmediatamente cartas en el asunto. A D. Pancho le gusta que todo se arregle á *chincharrazos*.

Con él hay que tener órden y mucha compostura, porque si no, saca al punto el sable de papá.

No crean vdes. en él, pues de antiguo ha sido de mucha ley y de muy poca hebra.

Allá en sus remotas mocedades, cuando todavía no sabfa escribir boletines, es decir, una cosa parecida á lo que hoy le pasa, fué á expulsar á los padres paulinos de Pátzcuaro, pero lo que se llama á lo hombre, con una furia que parecía la me-

ra verdad; sin dejarles sacar ni un popote para limpiarse los dientes en el camino.

Y todo esto en nombre de la libertad, de la propiedad, y sobre todo, de la tolerancia.

Después de ésto se vino á México á hacerle la oposicion á D. Manuel Gonzalez.

Así que, acostumbrado á tales cosas, lo primero que le ocurrió, fué calentar al gobierno á que tome parte en la cosa.

Y no como quiera, sino como se debe, á bayonetazos.

Luego, va saliendo con su gracia, con la eterna y afligranada gracia de D. Pancho, la ley de 14 de Diciembre de 1874. La ha citado más veces que canas tiene en el cerquillo. Es su caballito de batalla, su texto de boletinista, un suplefaltas cuando no hay chisme entre manos.

¡Claro está!

Esa ley, que se llama ley como podía llamarse caja de cerillos, pues no basta para que un mandato sea ley el que sea mandato, sino que es esencial el que sea justo; como esa ley, decimos, reserva la propiedad de los templos á la nacion, mientras no se consolide su propiedad, D. Pancho tiene una comezon, como si le hubieran echado cerdas picadas en las sábanas. En lo de la *consolidacion de la propiedad* está lo sabroso. Porque en fin, hoy que está tan caro el terreno en México, un

buen número de varas cuadradas, con muros utilizables, no sería mal bocado para pasar la ancianidad sin estar mojando tinta y sufrir los enfados de García Torres.

Por eso es que á cada paso le recuerda al gobierno la promesa de 74, calificándose como se califica D. Pancho, de *nacion*, de la misma manera que Luis XIV dijo aquel estribillo de todos los gaceticeros: "El Estado soy yo."

Pues bien, le diré á D. Pancho que piense en otra cosa, porque si sus esperanzas están en el Santuario de Guadalupe, ya puede perder las de ir á veranear á la Villa, á no ser con los piés por delante, cosa de que Dios nos libre.

Dice muy formalote, como cuando le da por colgar la papada, que él mete su cuchara en este asunto, por su deseo de que se conserve el órden público.

¡Pero vaya si para mentir se necesita talento!

Voy á ajustarle las cuentas á D. Pancho.—Asegura que se ha producido una grande alarma, capaz de trastornar el órden público, con motivo de las reformas proyectadas, y está por ello que no le cabe un anís en el gaznate.

Bueno, pues á renglon seguido sale con lo de la consolidacion de la propiedad de los templos, entre los cuales está el Santuario.

Yo le aseguro á vd., D. Pancho, que no quisiera



vd. hallarse en lugar, ni del gobierno, ni del que se adjudicara ese templo, el día que tal sucediera.

Porque si tratándose de simples reformas propuestas por la autoridad competente, que es en este caso la episcopal, dice vd. que pelagra el orden público, ¿qué sería el día que la garra liberalisca quisiera consolidarle á vd. ese templo?

Piénselo vd. bien, porque mientras vd. consolidaba las paredes, puede ser que el pueblo le liquidara las costillas. Afortunadamente no es vd. tan tonto; más sabe el diablo por antiguo que por diablo, y es probable que no se meta vd. en esas jaranas.

Pero eso no quita que la cita de la ley de Diciembre haya venido como pedrada en ojo de boricario al tratarse de calmar los ánimos.

Pues hay otra cosa. D. Pancho se opone á la coronación de la Virgen de Guadalupe, porque dice que la corona va á desfigurar la imagen, esa imagen que sirvió de lábaro á nuestra independencia.

Malo está el cuento.

¿Don Pancho se opone?

¿Don Pancho no quiere que haya coronación?

Pues ya está que no la hubo. Donde este hombre pone el ojo pone la bala!

La imprudencia de los señores Arzobispos autores del proyecto, ha estado en no consultar previamente á Don Pancho. Antes que escribir al

Pontífice debieron haberle escrito á éste, diciéndole: "¿Le parece á vd! ¿Es su última voluntad que coronemos á la Virgen de Guadalupe? ¿Queda vd. contento? Pero ¿de veras? ¿Cómo lo siente vd? ¿Sin que le quede nada adentro?"

Que sí, pues á coronarla; que no, pues á otra cosa, y ni quien vuelva á acordarse de esto.

Pero me perdonará el pontifical D. Pancho que le pregunte: ¿Cómo se figura que es la coronación?

Porque tal y como debe ser, no imagino que desfigure á la imagen.

Espero su respuesta para no dar dado.

Por lo demás, son singulares estos pensadores.

Cuando se trata de insultar á la Virgen sagrada de Guadalupe, de combatir su culto, de prestarse sus propiedades, de blasfemar, etc., entónces no se acuerdan de que Hidalgo la levantó como lábaro de nuestra emancipación política. En cambio, cuando se trata de tributarle uno de los más altos honores que la Iglesia tributa á las imágenes, entónces viene Don Pancho llorando unas lágrimas como tejocotes, acordándose de que fué esta imagen el estandarte de Dolores, y que no debe modificarse ni tocarse.

Se necesitan calzones para esto.

Hace unos cuantos días la Virgen de Guadalupe fué insultada en la llamada Cámara de Dipu-



tados, con motivo de los toros. Don Pancho no dijo: esta boca es mía, para defender esa bandera gloriosa y triunfante de nuestros padres.

Hoy que se le va á laurear, no quiere que se desfigure; y esto de puro amor, en que se derrite, y de puro patriotismo, en que se abrasa.

Por último, dispone el rey que los sacerdotes anden desnudos, ó bien de blusa y chupa al hombro. Pues digan vdes. No pueden usar el traje talar, porque la ley lo prohíbe; no pueden usar levita, porque Don Pancho en su boletín de ayer la llama traje *distintivo*; tampoco chaqueta, porque ésta es igualmente *distintivo* de charros; pues sírvase el compañero de Juvenal hacer un figurín, según el cual, ni más ni ménos, anden vestidos los eclesiásticos.

Pero el caso urge.

Lo esperamos sin falta, porque entre tanto se están violando las leyes.

¡Pobre hombre!

(El Tiempo del sábado 5  
de Febrero de 1887.)

XIII

LA hipocresía y la culpa son hermanas gemelas," ha dicho el eminente Tamayo y Baus.

Los liberales llaman hipócritas á los católicos, primero porque quieren, por decir algo, y segundo porque la religión nos manda no hacer alarde ni escándalo de nuestras maldades. Ocultar una falta, no es ser hipócrita.

Pero cuando quieran ustedes pasmarse ante la deformidad de la hipocresía, cuando quieran que les hormigüeen las manos con el deseo de empuñar un látigo, una vara de membrillo ó un mecate remojado, para zurrar hasta rendirse; cuando quieran que se les vengan á la boca las más duras maldades, estudien un poco el liberalismo, como centro y pudridero de la más hedionda hipocresía.

¡Singular paradoja!

Los que hacen alarde del vicio en nombre de la libre conciencia, y de esa desvergüenza á que llaman despreocupación, son los que por otra parte se arrastran bajo la ortiga de la hipocresía.

Esta ley de los extremos en el vicio es tan vieja, que vemos á la serpiente hacer alarde de su enemistad con Dios, de su soberbia, mientras engañaba hipócritamente á la mujer.

El liberalismo quiere medrar, único objeto de todas sus charlas, papeles y revoluciones: y revisite esa ambición odiosa con la sublime virtud del amor al hombre, al pueblo, al derecho. Se levanta una sangrienta revolución con el exclusivo fin de apoderarse del poder que ya ha engordado á otro; pero eso sí, allá van las proclamas diciendo que se trata de regenerar al pueblo, de consagrar el respeto á las leyes, y de salvar al país.

Unos santos, y no otra cosa, son los que van á derramar la sangre inocente de los candorosos.

Unos ángeles de cabellos rubios, labios de rosa y almas de luz, según los retratos que ellos mismos hacen de sí; y que en resmas despachan por los cuatro vientos.

—Está bueno; déjelos usted que *agarren*, y ya veremos.

Como esas vistas disolventes en que insensiblemente va desapareciendo y desfumándose la figura de un ángel, á la vez que apareciendo, revelándose y poniéndose en foco la de un lobo, así sucede con aquellos cantos de las proclamas.

A los cuatro días de haber *agarrado*, va desapareciendo insensiblemente el serafín abrasado en el

amor del pueblo, y en su lugar ya apareciendo el liberal abrazado de la tesorería.

Esa hipocresía se aplica á todas las formas de su vida.

Un día estaba un diputado á las puertas de una cantina. Venía de salida. Pero, vamos, estaba de un ochenta. Si le hubieran dado un ligero apretón en el estómago, de seguro salta por el ombligo un chorro de aguardiente.

¡Aquello era bueno! El padre de la patria se había bebido quien sabe cuantos vasos de patriotismo. Y no crean vdes. que siquiera disimulaba; al contrario, hacía una gala de su *tranea*, como si estuviera tan bonito con ella. Decía que le había costado *su* dinero. ¡Qué boca aquella!

Y eran las diez de la mañana.

Dijo muchas cosas contra Dios, los frailes y los hipócritas. Sacó á plaza todas sus vergüenzas; contó á cuantos pasaban lo que no le importaba á ninguno. En fin, se lució y se exhibió como libre pensador y despreocupado.

Pero en cambio á otro día, en la Cámara, pronunció un discurso que no pudieron seguir los taquígrafos; dijo y repitió que era *representante del pueblo*; y le dió á esta frase más vueltas que á la quincena el día anterior; pero la hipocresía correspondiente al escándalo de otro género, le hacía revestir con la legalidad y el deseo de servir al pueblo, la burla á las leyes y el medrar sin trabajo.



Tal es el liberalismo.

— ¡A qué viene todo esto! dirá el lector.

Pues, señor, no soy telégrafo. Vamos por partes.

Hechas tales observaciones, nada tiene de extraño lo que hoy, revisando periódicos, me encontré en *El Partido Liberal*, que, como su nombre lo indica, es la hipocresía en lata, ó más claro, en conserva.

El lector va á ser el juez más imparcial de mi dicho.

No se trata de aquello de: *somos amigos leales y sinceros del general Díaz*; como lo fueron de Lerdo y como lo serán de Perico el de los palotes que les pagará mañana. No se trata de ninguna de esas hipocresías con que llenan diariamente las cuatro caras de su *Partido*; se trata de algo más; hé aquí el hecho:

En la primera plana del número correspondiente al 6 del actual, dí contra este párrafo que me hizo ver estrellas:

“Nosotros hemos reconocido siempre en el actual Arzobispo de México, desde su vuelta del destierro, un gran espíritu de conciliación, un vivo deseo de cooperar á la union de los mexicanos, y nunca, por cierto, le han faltado nuestro respeto y nuestra consideracion. El Sr. Labastida ménos que nadie pudiera tacharnos de adversarios desleales ó irrespetuosos.

“Cuando hemos visto la cordialidad con que trataba á los más exaltados liberales, sus adversarios de antaño; cuando hemos comprendido sus esfuerzos para honrar y vivir en paz con la potestad civil, nos hemos congratulado de que la Iglesia católica en México tuviese á su frente un espíritu superior, revestido de un carácter benévolo y afable.”

Cualquiera diría al leer esto que era la mera verdad, porque al parrafito, de puro sério y carabanista, no le falta mas que hablar.

Yo no; yo que los conozco hasta en mole de pato, comprendí que se trataba de una de tantas dadas de miel, para *sacar raja* de alguna manera, porque á los liberales no se les oye una palabra dulce sino cuando quieren *rasgar*. Venden su miel muy cara, como que les es tan escasa.

A la vuelta, en la misma hoja, tropecé con inmundicias, tan insultantes al Ilmo. Sr. Labastida, que me falta el valor de darlas á conocer á mis lectores. ¡Aquello sí es liberal! En suma, llama al venerable jefe de la Iglesia mexicana: soberbio, atrevido, mentiroso, tonto, y por último, concluye diciendo: “Conozca el público una vez más las tendencias reaccionarias del mansísimo Pastor de las bonachonas almas cristianas, cegadas por una estúpida obediencia sin límites.”

Ayúdenme ustedes á agradecer al *Partido* aque-

¡Mas protestas de adhesion y de afecto, aquel congratularse por que el Ilmo. Sr. Labastida ocupe el alto puesto de Arzobispo de México!

¡Qué hipocresía tan gráfica, tan ridícula, tan liberalcesca! Hubo un descuido, ya lo creo; pero tan feliz descuido, que merced á él, sin salir de un mismo ejemplar del *Partido*, pudimos medir su hipocresía.

Por supuesto firma esa serie asquerosa de insultos al que no tiene bayonetas, no la redaccion, porque ésta respeta al injuriado; sino "*un expectador* (con x) *del sainete guadalupano*."

Otra hipocresía; porque ese *expectador* (con x) no es más que la redaccion disfrazada de miedo. De otra manera preguntaría, ¿qué sucede con ese director, que mientras vuelvo á la derecha está protestando respetos al Sr. Arzobispo, y al volverme á la izquierda, permite que se le arrojen insultos?

¿Cómo andará esa direccion cuando el periódico se contradice en una misma hoja?

No, no hay loco que coma lumbre.

¿Cómo, cuando se trata de hilar mentiras para vestir de gala al gobierno, está todo que no le falta un boton?

¡Hipocresía, y nada más que hipocresía!

Pero ya véase, se habrán admirado de la audacia y el descaro correlativo á aquella. Nos llaman á

los católicos "cegados por una estúpida obediencia sin límites." Esto nos dicen los que han dado y están dando el escándalo de la abyeccion más humillante. Los que en el comicio, en la Cámara, en el periódico, ejecutan incondicionalmente lo que con media palabra les manda el de arriba; los que no solo obedecen sino que aplauden y admiran cuanto disparate ó abuso ruinoso á la patria comete el gobierno; los que no solo obedecen y aplauden eso, sino que insultan al mismo pueblo, (como sucedió en la cuestion de la deuda inglesa y en la de los baldíos, solo porque el pueblo defendía sus ya moribundos intereses); los que hacen todo esto no por conviccion, ni siquiera por error, sino por la pura plata; esos nos tachan de *obedientes estúpidos*.....

¡Caramba!.....

Nuestra obediencia, ciertamente sin límites, por dicha, reconoce un principio noble, la fé, la conviccion, estúpida, en concepto de nuestros enemigos, pero conviccion perfectamente pura y desinteresada. Obedecemos al Papa, sin esperar de él mas que sus santas bendiciones y su enseñanza. La gran mayoría que con obediencia sin límites acata lo dispuesto por el Sr. Labastida, ni siquiera lo conoce personalmente.

Nuestra obediencia, en lugar de pedir dinero, lo dá, aunque pobremente, con sus limosnas. En

suma, nuestra obediencia será ciega, pero no criminal. En cambio, la obediencia de los liberales es abominable porque no reconoce por origen más fe, más convicción, más deseo ni más fin, que chupar al pueblo, que esquilmar á la tesorería, ó en términos más académicos, que comer mucho y beber mucho sin trabajar nada.

A ver, que venga un burro, el más bestia de todos, y que falle.

Nosotros creemos infalible al Pontífice, porque lo creemos venido de Dios.

Ellos creen infalible al gobierno, porque lo creen venido de Teocoac, de la derrota de Lerdo, su antiguo infalible.

Nosotros creemos verdaderos los dogmas, por ser obra del Espíritu Santo; ellos creen *dogmática* la muerte de García de la Cadena, por tamaños pesos que le sacan á la tesorería.

Y de esto nada dicen los *expectadores (em x)* del *sainete liberalesco*.

Al contrario, mucho amor al pueblo, mucha lealtad al gobierno, mucha convicción, una *sancta sanctorum* de virtudes. En cuanto al dinero, eso viene por añadidura, porque el *que al altar sirve del altar come*.

Nada más justo.

Dios les dé más.

(*El Tiempo* del miércoles  
9 de Febrero de 1887.)

XIV

**P**APELEABA yo en esa abrumadora nebulosa de legajos, folletos, calendarios, manuscritos, que llamaré el archivo del Sr. Gómez Larrea.

¡Ah! el lector dichoso y robusto que allá en la apartada aldea ó la casa de campo, se sienta á leer tranquilamente miétras da sorbos á la espumosa taza de leche, no sabe lo que estas líneas me cuestan.

Aún siento la indigestion desesperada de aquella tarde.

El archivo del Sr. Gómez Larrea es muy bueno; pero embrutece. Perdóneme la ingratitud; pero aquel desórden, aquellos montones de cuadernos hacinados por aquí y por allá; aquellos paquetes formados de una entrega del *Album Mexicano*, otra del *Evangelio en triunfo*, dos calendarios, una receta para la nogada, y la mitad desencuadernada de un breviario; aquellas barajas de periódicos, aquel conjunto pésimo de cosas tan buenas, en



suma, nuestra obediencia será ciega, pero no criminal. En cambio, la obediencia de los liberales es abominable porque no reconoce por origen más fe, más convicción, más deseo ni más fin, que chupar al pueblo, que esquilmar á la tesorería, ó en términos más académicos, que comer mucho y beber mucho sin trabajar nada.

A ver, que venga un burro, el más bestia de todos, y que falle.

Nosotros creemos infalible al Pontífice, porque lo creemos venido de Dios.

Ellos creen infalible al gobierno, porque lo creen venido de Teacoac, de la derrota de Lerdo, su antiguo infalible.

Nosotros creemos verdaderos los dogmas, por ser obra del Espíritu Santo; ellos creen *dogmática* la muerte de García de la Cadena, por tamaños pesos que le sacan á la tesorería.

Y de esto nada dicen los *expectadores (em x)* del sainete liberalesco.

Al contrario, mucho amor al pueblo, mucha lealtad al gobierno, mucha convicción, una *sancta sanctorum* de virtudes. En cuanto al dinero, eso viene por añadidura, porque el *que al altar sirve del altar come*.

Nada más justo.

Dios les dé más.

(El Tiempo del miércoles  
9 de Febrero de 1887.)

XIV

**P**APELEABA yo en esa abrumadora nebulosa de legajos, folletos, calendarios, manuscritos, que llamaré el archivo del Sr. Gómez Larrea.

¡Ah! el lector dichoso y robusto que allá en la apartada aldea ó la casa de campo, se sienta á leer tranquilamente miétras da sorbos á la espumosa taza de leche, no sabe lo que estas líneas me cuestan.

Aún siento la indigestion desesperada de aquella tarde.

El archivo del Sr. Gómez Larrea es muy bueno; pero embrutece. Perdóneme la ingratitud; pero aquel desórden, aquellos montones de cuadernos hacinados por aquí y por allá; aquellos paquetes formados de una entrega del *Album Mexicano*, otra del *Evangelio en triunfo*, dos calendarios, una receta para la nogada, y la mitad desencuadernada de un breviario; aquellas barajas de periódicos, aquel conjunto pésimo de cosas tan buenas, en

frían la sangre, ponen los pelos de punta y desmayan al más valeroso.

Eso sí, en poniendo diez empleados que ordenaran aquello, á los cinco años sería una espléndida biblioteca.

Porque, este señor, tan bueno y tan sabio, compra todo lo que le venden; lo lee, lo anota, y lo avienta á donde caiga primero. Es persona tan rara, que tiene al lado de su mesa de estudio, un gran cajon, uno de tantos en que le llegan libros. Cuantas cartas recibe, las echa cerradas á este cajon, porque él jamás arregla nada por escrito.

Por sellos y más sellos que traiga una carta, sea cual fuere su procedencia, ó el nombre que traiga impreso en la cerradura, va á dar á aquel pozo, que no tiene fondo.

Un día presenció algo que parece increíble. Llegó un correo especial con un pliego lacrado. Al cajon.

— Señor, que quieren la contestacion.

— Venga usted á la tarde.

— Señor, que urge mucho.

— Con todo.

— Pero señor....

— Vamos, le interrumpió éste. Y cogiendo indistintamente del cajon una de tantas cartas cerradas, la entregó al correo diciendo: Aquí está la respuesta.

Ahora pregunto al lector: ¿cómo estará aquella biblioteca!

Pues bien, yo tenía necesidad de buscar un cuaderno muy raro sobre Nuestra Señora de Guadalupe, y desesperado de no encontrarlo en otros estudios, me resolví al suplicio, á la empresa romana de hundirme en aquel píelago de papeles, y buscar hasta dar con mi cuaderno.

Entré á las dos de la tarde; eran ya las cinco, y mi cuaderno tan léjos y tan perdido como al principio.

¡Qué manos, con aquel polvo!

¡Qué cabeza con aquel otro polvo tibio que se llama hastío!

Estaba yo busca y más busca, ya desatando este paquete, ya revolviendo aquel monton, siguiendo con la paciencia de un San Francisco, el método que desde un principio me impuse, á fin de trabajar con fruto.

Entre tantos y tantos manuscritos dí con un cuento en latin, que comenzó á interesarme.

Está escrito con pluma de ave y tinta de alcaparrrosa y huizache, sobre papel de torcer, cosido con hilo de bolita, y en latin. Como, dije, ¿con qué en aquel tiempo de la tiranía se escribía una cosa delicada en la lengua de Virgilio, para que no entendieran su contenido los policías ni las almas vulgares?

Ese es el sistema que hoy justamente debiera adoptar la prensa.

Pero vamos al caso: á mí me interesó el cuento, porque es un cuento; me parece que puede dar al lector una idea del peor estado de miserias y relación política á que puede llegar un gobierno; juzgo que puede dar á la historia un detalle para medir el desprecio profundo á las leyes, el despotismo que alguna vez ha pesado sobre este sufrimiento interminable que se llama pueblo mexicano; así como á nosotros otra prueba más que justifique nuestros ataques al liberalismo.

Además, es oportuno, porque trata de toros, y ahora que Mazzantini viene á honrar nuestro país, ahora que no se piensa más que en los toros, y que hasta los hemos tenido hace tres días en corrida pública á cuerno limpio en la plaza de México y en el Palacio Nacional, me parece que viene como anillo al dedo mi cuento, sacado de la tumba de polvo y papeles de aquel archivo inolvidable.

Pues, señor; no mentaré personas, porque esto es contra conciencia y decencia, ni siquiera año para que no se saquen por él los nombres que quiero ocultar; pero sí aseguro que es posterior al asesinato del Emperador Iturbide, es decir, bajo el reinado de la *chinaca* que empuñó desde luego el cetro arrancado por el sicario al libertador de México en la emboscada cobarde de Padilla.

Érase un ministro muy templado, forjado en ese yunque que despues de tanto tiempo vino á producir á Lerdo, el manso perseguidor de las Hermanas de la Caridad; y érase tambien un gobernador que si lo describo, no habrá quien lo crea.

¡Entónces para qué me he de tomar el trabajo tanto más cuanto que no soy muy fuerte en el latín, y ni por Dios ni por sus santos he podido traducir esta frase que se refiere á aquel sugeto: *incubriebatur et ludebat die usque ad noctem, et nocte usque at diem*.

Veinte veces he buscado al Sr. Peñita á fin de que me dé la traduccion, y ni su luz. Si algun lector le dá á la bola, espero que me saque de la duda.

Bien; pues el tal gobernador, sin agravio de los presentes, lo era tanto como yo.

Despues de una farsa electoral había sido puesto por su padrino, y en atencion á sus méritos, en el gobierno.

Todo caminaba con la serenidad de un cisne en la laguna; pero el diablo metió la cola y se armó una tempestad netamente carbajaleña.

Sucedió, pues, que á fin de proteger las buenas costumbres populares y de virilizar el carácter de nuestro pueblo, se discurrió traer una cuadrilla que estaba haciendo ruido en Guatemala.

¡Qué alboroto!

¡Qué habladero! ¡Qué entusiasmo!



Con decir á vdes. que el cuadernito, lo designa con el epíteto de *furor nif*.

Todos querían ser empresarios; pero no había más de una plaza. El gobernador no se durmió y ganó la palmeta. Cuando los demás acordaron ya él dormía sobre sus laureles.

Los toreros en camino y él con su contrato en la bolsa roncando á pierna suelta.

Pero; ¿de cuándo acá los patos les tiran á las escopetas! se dijo el padrino. En ese caso yo soy mano.

Le mandó proponer mil pesos con tal que arreglara que los toreros dieran otras funciones además de las prometidas al principio y en las que él, el padrino, debiera ser empresario.

—Que nó.

—Pues el caso urge.

—Entonces que acepte otra cantidad con tal de que me deje la empresa.

—Que tampoco, que no me moleste, que estoy durmiendo.

Aquí fué la cena de negros.

—;Pero haya bellaco!... ¿No sabes que si disfrutas esa canongía es por mi pura voluntad? ¿Cómo te atreves á sacarme los dientes, y á contesarme ese *nó*, que no parece sino que no sabes con quien estás tratando?

—Pues lo repito; que nó. Y si lo dice por el gobierno, allí está, que para insulas sobran.

Y dijo; y se repitió otra vez que el gobernador iba á renunciar, y que por aquí y que por allá, y todo ese hervidero de chismes con que los políticos se saean los ojos.

El cuento sigue muy largo, y si he de ser franco, diré que no lo entendí, ni lo entiendo aún, no obstante que ántes de tomar la pluma para escribir estos renglones, volví á darle vueltas al diccionario, y á buscar á Peñita, aunque dudo quien de pronto lo entienda, porque las letras están muy horradas.

Pero, bien: ¿puede haber en nuestra historia algo más bochornoso, que convertir la política, el derecho de los gobernantes, la fuerza oficial, en pleitos, por corridas de toros? ¿Es posible creer que se quiten y pongan gobernadores por cuestión de banderillas?

¿Qué, llegaría en aquellos tristísimos tiempos la abyección de los personajes á tal grado?

¿Qué, se emplearía la fuerza del poder en ganar empresas, para esquilmar, barbarizar y corromper al pueblo?

¡Desgraciada generación aquella!

¡Pobres de nuestros padres! A lo ménos, nosotros contamos con la respetabilidad de los funcionarios que elegimos, con su afán por el progreso y su meralidad de costumbres oficiales. A lo ménos, nosotros sabemos que el gobernador ha sido

puesto por el voto público; que por lo mismo, en la esfera de sus atribuciones, será invulnerable é independiente. Que va al gobierno á trabajar para el pueblo y no para su bolsillo; que va á levantar el templo de la ley y el progreso, y no la plaza de toros; que será un gobernante y no un empresario.

Hay que ser justos.

La libertad, la Constitución siempre respetada y cumplida, nos han traído grandes bienes.

¡Ahora habíamos de consentir aquellos escándalos!

¡Ahora habían de pelearse por toros los poderosos!

¡Ahora!.....

(El Tiempo del sábado 12 de Febrero de 1887.)

¿A se cansaron de hablar?

A los forjadores de fiestas del 5 de Febrero ¿no les queda ya en el almacén volteriano alguna mentira rezagada que sacar á bailar?

¡Han sacudido bien los costales!

Todos, el del cinismo, el de la envidia, el del despecho, etc., etc., etc., ¡han sido bien sacudidos de manera que no se haya quedado atorada en las pitas del áspero tejido alguna mentira!

Es difícil, porque son muy gordas.

En suma, ¡ya acabaron ustedes!

Pues ahora me toca á mí, que he tenido la seráfica paciencia de aguardar diez días á que acabara la vaciada.

Estoy que reviento, porque tener paciencia es henchirse de impaciencia; esperar es desesperar.

¡Qué barbaridad!

¡Cómo han mentido!

Las palabras son como las tuercas: cuando se usan mal y mucho se abocan, y por consiguiente ni ajustan ni aprietan.



¡Cuánto deploro que esta palabra *mentir* se haya abocardado, porque hoy no me sirve!

Se ha abusado mucho de esa palabra aplicándola al error, á la exageración, á la chanza, y hasta al arte y la poesía; cuando quiere uno usar de ella bien, aplicarla á su verdadero tornillo, ya no aprieta.

¡Cuánto lo siento, repito, porque hoy es cuando necesito de esa palabra en todo su ajuste!

*Mentir*, no es decir una falsedad simplemente, sino decirlo á sabiendas, con dolo y contra lo que se cree verdad. Los viejos le hallaron esta etimología: *contra mentem ire*.

Si algun lector ha leído los periódicos liberales sobre todo los subvencionados, que están de fandango y manteles largos, cuando se trata de mentir, es decir, siempre, no habrá podido menos de pasmarse, ante tanta mentira como han dicho, rotundiéndose al aniversario de la Constitución. Digo, si ese lector es vecino de esta capital, que á ser *fuereño*, habrá abierto una boca de abogado, admirándose de que en México, donde más se viola esa famosa Carta, de un momento á otro, sin que la tierra lo sintiera, se improvisara una fiesta, no inferior, segun esas descripciones, á las *reales*, en los casamientos de príncipes que cuentan las nanas. Lo que yo no comprendo, porque es muy estúpido y muy estéril, es el aplomo con que esos se-

ñores le dicen á cada uno de los cuatrocientos y tantos mil habitantes de esta ciudad: oiga usted "toda la capital se ha llenado de cortinas, el pueblo industrial ha hecho demostraciones espléndidas; las comisiones de todos los ramos acudieron á depositar coronas en la tumba del Benemérito, etc., etc., etc.".....

—Pero hombre, si yo nada de esto vi.

—No saldría vd. á la calle.

—Diga vd. que no entré en casa durante todo el día, y quiero comerme la cortina que haya visto y todo eso que vd. refiere.

—Pues fué.

—Pues sería.

—¡Pero hombre! ¿está vd. loco!

—¡Pero hombre! ¿está vd. ciego!

¡Qué logran con mentir delante de estos cientos de miles de personas, que han visto, ó más bien dicho, que no han visto la fiesta!

Pues nada, *mentir*, que segun Voltaire, ya es algo, y segun los que no tienen con qué desquitar los *llacos* de la subvencion, ya es mucho.

Además, la demostracion guadalupana no puede quedarse en *berrinches*, hay que neutralizarla aunque sea con saliva.

A *hablar*; quizá allá muy lejos, llegue por chirripa el papelón á manos de un rancherote que lo crea y esta será ya una conquista. Siempre se pesca algo con mentir.



Será uno; peor es ninguno.

Yo, que en mi vida no he dicho más que dos mentiras, y diré de una vez cuáles son: Carta *fundamental*, refiriéndome á la Constitución de 57, y *ex-bene mérito* aplicado á Juárez, (y digo que *ex-bene mérito* es una mentira porque nunca fué *benemérito*, ni aun antes de salir sus trapitos al sol) yo, pues, voy á contar las cosas tales como fueron, y luego si alcanza el tiempo, tales como debieron ser.

Punto primero.

Pues tienen vdes. que la *Convencion Radical*, esa cosa que no puede tener más gracia, porque es como el juego de las *comiditas* y las *comadres* con que se entretienen las chicas de casa de vecindad, fijó en las esquinas unos carteles de colores, suplicándole al pueblo, sobre todo á los artesanos, que acudieran á celebrar la fiesta de una Constitución con la cual tan bien les ha ido.

Disponía todo su programa con la mayor formalidad del mundo. Hablaban de proyectos; estaban, los carteles escritos con todo el *bombo* posible. De aquello á un cartel de cómicos *chambones*, sólo faltaba esta firma:

Por la empresa, *Rodomando Riograndeverde*.

Al día siguiente, esto es, el 5, la capital parecía una Jerusalén en Viernes Santo. Si exceptuamos una casa escondida por la espalda de Corpus

Christi, ni una sola había adornada en las dilatadas y numerosas calles de México. Ni un farolillo, como aquellos de la farolada, pude encontrar en la más triste puerta de un figón.

Las pulquerías, que siempre adornan sus puertas, con banderas, parece que ese día se lo habían mandado, porque las escondieron todas.

Creo que ni las calles estaban barridas.

No había gente en ellas, tal como en tiempo de cédiera.

A las once de la mañana se oían desde dentro las pisadas del que iba por la esquina.

Partía el alma un desaire tan á quemarropa.

Los de la *Convencion* andaban con unas caras como copiadas en yeso.

Una vez revisada la ciudad, me fuí al panteón de San Fernando.

¡A qué piensan vdes. que se reducía toda esa alharaca de *corporaciones* industriales, etc. etc., etc!

A un gordo que iba con una bandera, que ya le agujereaba la punta del asta el ombligo, donde iba sosteniéndola; chaleco desabrochado, los pantalones cayéndosele, y unas gotas de sudor como capulines, goteando de la boquilla del sombrero.— Digo como capulines, por el diámetro y por el color.

Un puñado de esos que con cualquier motivo se reúnen en la calle, acompañó á la *comitea*.

No tuve valor para oír sus discursos.

Hice un esfuerzo supremo; pero los esfuerzos son vanos cuando falta la vocación.

Aquello era superior á mis fuerzas. Me desmayaba la idea de escuchar aquel eterno sonsonete, aquella serie de bostezos traducidos en grandezas y conquistas, aquella acedia de la tribuna de Mateos. Sólo me puse de puntillas para ver por sobre las cabezas del peloton, las coronas de á real que iban á ser ofrecidas á Juárez.

— ¡Vaya! me dije dando la vuelta, *qualis Aquiles, talis Homero*.

A eso se redujo la fiesta. La ciudad hizo tanto caso de ella como el Gobierno de la Constitución.

La *Convencion* no debe estar corrida. ¡Por qué! Ella hizo lo que pudo, y el que tal hace, hace lo que debe. Si la capital no le hizo caso, por deseos no paró la *Convencion*. Se movió, se extremó, imprimió papeles.....

¡Qué más había de hacer!

No podía llevar á los ciudadanos de la oreja, ni andar colgando trapos en casas ajenas.

No, no debe estar mortificada.

La honra es tanto del que la pide como del que la dá.

La ciudad no quiso darla, allí se las componga.

Ella recogerá los frutos de ser tan pertinazmente retrógrada, tanto que tratándose de la Virgen

de Guadalupe, se pone como Periquillo cuando se sacó la lotería, y tratándose de Juárez aparece como aquel cuando lo arañaron en la calle.

Pero yo diré á la *Convencion* que no hay que perder la esperanza.

Adelante.

Con la paciencia se gana el cielo. Además, aunque muy poco á poco, algo se va consiguiendo.

Hace un año no fué el gordo al panteon; hoy fué de aquí á un año irán dos gordos, y puede ser que con sombreros nuevos.

De grano en grano llena la gallina el buche, y hay que pensar en que las conquistas del progreso tienen que ser lentas, porque luchar con el fanatismo es obra de romanos.

¡Adelante, pues, y aunque nada vale, de aquí á un año pueden contar con mi grano de arena!

Bien; pero saquemos algo en limpio, mientras los días rosados de esa gloriosa conquista llegan; mientras éste ciego de nacimiento abre los ojos, mientras este asno se convierte en Blasillo, hay que convenir en que el pueblo de México hace tanto caso de la Constitución y de Juárez, como de la carabina de Ambrosio.

Yo no digo que ni la Constitución ni Juárez merezcan eso.

No, muy lejos estoy de ello: lo que señalo es un hecho; justo ó injusto, pero *hecho*.



Y de que mi boca no dice mentira, son testigos más de ochocientos mil ojos y más de cuatrocientas mil lenguas.

Que hablen los que vieron.

Mis saludos á la *Concepcion Radical*.

(El Tiempo del *Jués* 17  
de Febrero de 1897.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI

**S**UCEDE que los sabios, los verdaderos sabios son en lo general lo que llaman hombres *caseros*; es decir, que no encuentran el regocijo sino en el seno de la familia.

Los hombres de gran cerebro y de grandes sentimientos, son muy dados á las fiestas íntimas del hogar. El ilustre Arango y Escandon se alborozaba para celebrar su cumpleaños, con la sollicitud y la tierna ilusión de un niño imberbe.

Era de oírlo la vispera, referir los preparativos para el día siguiente, con aquella dulzura y transparencia de su alma de justo, y luchando por penetrar en el encantador misterio de la sorpresa que por su parte le preparaba la familia.

¡Qué hombre aquel!

No es posible dejar de recordarlo, siempre que se trata de algo conmovedor, de algo sublime, de algo cristiano.

A estas fiestas del hogar en que se gasta poco y se goza mucho, es muy dado el Dr. D. Juan de la

Cruz Veraza. Mis lectores de fuera de México no lo han de conocer probabemante, y voy á permitirle decir de él cuatro palabras.

Es de estatura regular, rubio y de ojos azules como todos los Veraza del mundo.

Tiene una mirada amable, ha sta la piedad y una palabra y un trato ni más ni ménos que su mirada. Su vicio es el aseo; se rasura él solo y á la antigua, es decir, que se quita el bigote y esa parte de las mejillas á que sube la barba de los hombres de buena raza, dejándose un grueso barboquejo á la redonda; visto de repente tal parece que está asomando la cara por un postigo. Pero hombre más estimable no se encuentra ni con pinzas. Estudia mucho, y es rico, cosa que parece absurda. Está al tanto del movimiento científico de la época, lo cual es raro, porque los sabios por lo general se atorán en la suya.

Sus hijas lo adoran, sus amigos lo quieren y lo respetan, y sus clientes no saben qué hacer con él cuando los saca avantes de un conflicto costoso y rehusa recibir la paga.

Hizo parte de su carrera en Madrid, y parte en San Juan de Letran. Tiene 60 años y no ha padecido en su vida más que un resfriado, por haber salido de improviso al aire frío la noche en que se recibió, noche que ántes llamaban la *noche triste*.

Conque ya están ustedes. *que se cubren los*

Hombre tan *casero*, que echando á un lado aristocracias, y *qué dirán*, no hay día que á la hora de comer no llegue á su casa con el pañuelo de fruta, el guayabate de Morelia, los camotes queretanos, ó los alfajores de Puebla; no podía dejar pasar en limpio el cumpleaños de su hija menor, digna por cierto de tal padre.

Muchas veces su señora lo reprende amostazada: "¡pero hijo, que vengas con ese convoy en la calle! ¡No, si tú no tienes remedio! Te han de tener por un *chencho*; dirán que no hay un criado con quien mandar traer ese paliacate de tunas."

El Dr. Veraza sonríe y pasa con su *ilacate* más ufano que los muchachos dispuestos á devorarlo.

Arregló, pues, la fiesta de su preciosa hija, rubia como él, buena y alegre como él, é inútil es decirlo, de ojos azules tan nuevos como los de su padre, porque si ella tiene catorce años él está en esa segunda niñez de la vida, la decrepitud.

Se dispuso una *tamalada*, todo á la antigua. Alguien propuso que fuera en el campo, pero se opuso el Dr. sabiendo que esas son *fraseas* en que se da lugar á muchos abusos, en que la familiaridad pasa de sus límites, sobre todo, porque como dijo, no hay horizontes, ni perspectivas más bellas que los del hogar, y sólo las golondrinas, para hallarse bien necesitan salir de su nido.

El programa era muy sencillo; comer tamales y



beber atole de leche. Por gusto del Dr., no se habría convidado más que á los amigos íntimos, entre los cuales tengo el gusto de contarme; pero en sociedad eso suele ser difícil, porque la amiguita N. dice que irá, pero con la condición de que se convida á Pepe, que es su novio, y no puede dejarlo en la calle; y así por el estilo.

A las cuatro de la tarde aquello era una colmena.

La escena pasa en un jardín.

La niña del cumpleaños, ó sea el *santo de la fiesta*, á quien en ese día acababan de soltar el vestido largo, hacía sus ensayos de mujer, paseándose del brazo de otras pollitas, afectando una seriedad encantadora, y un reposo, que era para reventarla.

No es posible que toda una señorita, que ya viste de largo, se ande en risotadas y juguetes como una niña. Iban y venían por la calle principal del jardín, y por aquí y por allá, con un paso muy grave, platicando de cosas de gentes grandes, y ya negando miradas y haciendo aiardes de pudor ante los jovencitos, que con varita y zapatos de punta andaban por allí merodeando y haciéndoles el oso.

Por fin dos horas después de la convenida, porque estos programas siempre se violan, tomó asiento la numerosa concurrencia bajo un senador

improvisado de mecate y heno, con unos cuantos farolillos.

Entraban los platonos echando vapor que envolvía la cara trigueña de los sirvientes; cada cual meneaba muy apurado su tacita de atole que estaba como saliendo del infierno; no había manera de enfriarlo; parecía que con agitarlo se calentaba más, según el precepto de Aristóteles: *motus est causa caloris*. A poco saltó el tapon de la alegría, de la familiaridad, del cumpleaños, y todos platicaban entre sí con una animación de colmena.

El Dr. Veraza estaba en sus glorias.

Pero aquí empieza el cuento.

Poco á poco se fueron callando los demás, hasta que quedó haciendo uso exclusivo de la palabra un joven de 20 á 22 años.

Balmes tuvo entre otras una frase muy feliz; es esta: "un nuevo pauperismo: los *jóvenes ilustrados*."

¡Qué calamidad de esta época y de este México, lector mío, con los *jóvenes ilustrados*!

Para hablar de todos, voy á hablar de éste, que me encontré en la tamalada.

Es chiquitín, de lentes, bigotito ralo y severamente encerado, con las puntas como unas agujas, una peluca de durazno, algo crecida á fuerza de jalónes; porque todo el día está con la mano

en el bigotito, jala que jala y dale que dale. Tiene más barros que poros en la cara; manos de dama, que no conocen el agua.

Viste á la inglesa, y arma ruidosas grescas en su casa cada vez que el cuello de la camisa no está como de marraco, respandeciente ó inflexible.

Mal estudió en la escuela. El maestro se sintió con el hígado crecido, á fuerza de cóleras que le pegó este muchacho. Desaplicado, burlon, soberbio, atrevido. Hizo cuanto pudo por salir de él lo más pronto posible, y lo entregó el día ménos pensado, con cualquier pretexto. Entró después á la Preparatoria, y lo más que logró la pobre madre á fuerza de poner en juego todas sus relaciones fué que pasara por las cátedras, por supuesto sin que éstas pasaran por él.

Eso sí, ha leído mucho á Víctor Hugo, Zola y Renan.

El *Emilio* de Rousseau se lo sabe de memoria y tiene la cabeza hecha un horno con las novelas de Dumas y Balzac.

Es un hombre de mundo. Tinbas, juego, escandalitos; todo lo conoce al palmo. La infeliz señora no sabe ya qué hacer con él. Cada borrachera le cuesta lágrimas, dinero y vergüenzas. Es un sultancito en su casa el caballero, merced á la falta de padre y á la debilidad natural de la señora, que por varonil que sea, como lo es, no puede sustraer-

se á las condiciones de su sexo. Ha llegado á sentirse tan fatigada, que há poco quiso ponerlo de soldado, pero ni el marquesito se dejó, ni era prudente, al parecer de muchos, porque así se lo acabaría de llevar el diablo.

Pues este es un *jóven ilustrado*. Habla de todo. Pasa por enfrente de un cuadro, y al punto da su voto sobre el colorido, el dibujo, la escuela, el movimiento de las figuras, la luz, etc., etc. Se le presenta un libro; no lo ha abierto, ni ha leído la primera línea, cuando ya está dando su opinión, favorable si el libro es malo, y desfavorable, despreciativa, si es bueno; porque de puro inútil, no lo he dicho: el jóven es libre pensador y demócrata liberal por excelencia. Hasta la biografía del autor á grandes rasgos, el número y éxito de las ediciones, su calificación, y las bibliotecas de México en que se halla, todo lo echa al punto por aquel pico de oro, y todo con su tecnicismo más correcto.

(Se trata de literatura) Arrimen vdes. sus sillas para oírlo bien. No hay poeta, de Homero á Núñez de Arce, que no conozca, que no analice, que no manosee con la confianza de un compañero viejo, ó que no censure con la suficiencia y gravedad de un maestro.

En Historia es una autoridad. Sabe al dedillo todo eso de la noche de San Bartolomé y los Hugonotes, porque ha leído una novela francesa que



se llama: "La Juventud de Enrique IV." Sobre la Inquisición no hay más que darle cuerda y no acabará en un año. La revolución francesa la tiene en la punta de la lengua. ¡Diablo de muchacho! Habla de los Girondinos de Lamartine, que hay momentos en que llega uno á creer que de veras los ha leído ó estudiado. Napoleón le es tan familiar, tan conocido, como el portero de su casa. Oírle discurrir sobre historia antigua; echar pestes contra la Biblia, como libro apócrifo; inventado por los frailes, etc., etc., es para darle su medio.

Cuando lo ví por primera vez hablaba de medicina, y con todo mi bobo á cuestras llegué á creer que era estudiante de esa facultad; porque el tecnicismo prolijo y complicado de la ciencia le hervía en la boca como agua fuerte.

En suma: artes y ciencias, sobre todo la filosofía; cuanto pueda caer bajo el estudio del hombre, le es conocido como sus uñas que, entre paréntesis, son largas y cortadas en pico, especialmente la del dedo meñique.

¿Y en qué se ocupa este sabio?

En lo que debe ocuparse un filósofo de hoy; en beber, en gozar, en derrochar el dinero que con tanto trabajo adquirió su pobre padre, y en acabar á grandes pasos con la vida de la infeliz señora. Por supuesto que tiene un empleo, que la nación, como el de tantos vagos, paga á peso de oro.

Se levanta á las diez, se perfuma, y á la calle. Llega á su casa á las dos ó tres de la mañana, si es que llega, porque por lo regular, ó no vá ó lo llevan. Por eso cuando habla de sus vastos conocimientos, todo lo dice, ménos á qué hora estudia.

Hace versos en que vacía, indigestado, cuanto ha leído en Víctor Hugo; y áun echa sus robitos en los periódicos subvencionados.

Cuando todos se fueron quedando callados, sólo este petimetre, como dije, quedó hablando en alta voz.

Platicaba de los tamales, porque un jóven ilustrado, habla invariablemente de lo que tiene delante; en eso consiste la gracia. Hacía la historia de esa especie de pastel, y llegó á enredarse y á echar tantas mentiras que ya no podía salir del apuro: entónces recurrió al expediente de ordenanza: los frailes; pues es rara la plática de un jóven ilustrado en que no vengan á cuento, entres por donde entrares, y vengan á lo que vinieren.

"Los frailes, dijo, tuvieron la culpa de que el pan viniera á sustituir al tamal que se usaba entónces para tomar la comida. Los frailes para proteger á los panaderos españoles inculcaron la idea de que los tamales tenían brujas, y por lo mismo se comía uno al demonio con ellos."

El Sr. Veraza, que estaba en el otro extremo de

la mesa, nada más veía al jovencete de arriba á abajo: se caló los anteojos para verlo bien, y estirando los párpados de arriba, y el labio superior para abajo, como cuando se rasura el bigote, no cesaba de verlo, dando á la cabeza movimiento, como los de un gallo, cuando, parada la golilla, está frente á su rival, próximo á lanzarse á él.

Las señoritas, la lindísima novia del ilustrado, pues como todo vulgarote logró una verdadera presea por novia, todos los que estaban á la mesa, se tostaban conociendo las ideas del Sr. Veraza, y la altanería del mozalvete.

Siguió éste, como si le hubieran pagado, hasta que no pudiendo contenerse el doctor, se conformó con decirle estas palabras:

—“Oiga vd., caballero, me comprometo á regalarle á vd. esta casa, si me presenta el libro, los libros, ó los fundamentos cualesquiera que sean en que conste todo, ó parte á lo ménos, de lo que acaba de decir.”

El petimetre se slatió en un baño de sudor, pero no por eso se dió, sino que respondió muy grave, y sin dignarse siquiera ver los ojos al Doctor:

—“Eso consta por tradicion.”

—“Entónces, repuso el Sr. Veraza, le regalo á

vd. mi casa si me presenta las personas que sepan esa tradicion, con sus respectivos fundamentos, porque la tradicion no es un chisme, sino algo misterioso, que por lo mismo tiene en qué basarse. Pero vd. me ha de decir quiénes son esas personas, y yo al punto iré por ellas á fin de que delante de estas señoritas relate la tradicion. Me conformo con solo una persona. Vale la pena, ya vé vd. que apuesto mi casa.”

¡Pobre petimetre!

No le quedaba excusa. Como se trataba de una tradicion, de algo que él no había visto, preciso era que álguien se la hubiese comunicado. Primero dijo que no recordaba, luego dijo que el Sr. Barrera á quien se lo había oído, era difunto, y quiso salirse por acá y por allá, pero no pudo. El doctor lo tenía del bozal.

Convencido de lo que son los jóvenes *ilustrados*, cuya ciencia principal está en improvisar mentiras, con todo el aparato posible, no exigía ya el valor histórico de los hechos, sino el origen de las mentiras.

No es posible engañar el buen sentido de todo sér humano; así es que las señoritas comenzaron á reirse, primero á hurtadillas y luego ostensiblemente, y al sentirse apoyadas por el doctor, emprendieron una chuela á aquel infeliz que



con todo su mundo y todas sus fanfarronadas, se volvía loco entre aquel torrente de ridículo.

¡Muchachas más bravas, no las había yo visto en mi vida!

El Pepe aquel bufaba; al principio quiso coger al toro por los cuernos, llevando el barreno á las chinelistas, pero después no pudo, porque la cosa resultaba peor. Habría dado medio bigotito, frato de tantos jalones, por irse; pero la huida era la coronación de su ridículo; al fin no tuvo otro remedio. Pretestó mil cosas, y se fué con tal desgracia, que uno de los criados que estaba temblando de cólera, por haber oído insultos á los sacerdotes, al salir le encasquetó una olla de hojas, que llevaba, dejándole el sombrero hecho un dolor, y los barrores llorando gotitas de sangre.

¡Grande grosería, que le costó al criado el empleo, como le costó una buena mortificación al dueño de la casa!

En el fondo, tras de la cáscara de las buenas maneras sociales, allá en el rincón de la alma, todos se alegraron, y hay muchacha de aquellas que lo cuenta con mucha sal.

Yo ofrecí relatar el suceso, y lo hago hoy, no sólo por cumplir mi promesa, sino para decir en unas cuantas líneas lo que son y lo que debe hacerse con estas calamidades que se llaman los *jóvenes ilustrados*.

Proceder como el doctor, y si se me permite mañana falta, como el criado: hé aquí en dos palabras el programa.

(*El Tiempo* del domingo 20 de Febrero de 1887.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

XVI

**N**O hay remedio, el monumento á Juárez será un hecho.

Ya hemos publicado otra vez las pruebas incontestables de que se está extorsionando á los pueblos á fin de que, queran ó no, reventando y bufando, suelten la mosca para levantar eso que será un monton de piedras, pero no un monumento.

Dicen que las grandes caídas necesitan grandes reparaciones, y preocupados con este principio los del mandil, han hecho milagros para reparar á este caído y descalabrado con las piedras de la Baja California.

¡A! pero si á la historia se le pudiera amordazar con adoquines; si se le pudiera cohechar con cal y arena; si se le pudiera falsear con caprichos de un arquitecto, el gran negocio en este siglo sería la posesion de una cantera y de un horno de cal.

Pero desgraciadamente la historia no está en manos del hombre.



Antes el tirano era un individuo; en este siglo de la filosofía, el tirano es una secta. Neron se hizo construir, no un mogote de piedras, sino un gran palacio, y la adulacion le erigió estatuas, lo cual no ha impedido que pase á la historia con su nombre propio, su lepra y su lago de sangre.

El Neron de hoy hará cuanto le dicte su criterio ahogado en los vicios, emponzoñado del odio á Dios, enfangado en el cinismo y la mentira; ello no obstará en lo más mínimo, para que la historia persista en la verdad, para que presente al pueblo la faz verdadera del monumento.

Por muy alta que quede la estatua de Juárez, la historia lo verá desde arriba.

Pero vamos al caso.

He visto el modelo en madera.

¡Es una maravilla del arte!

Previenen los maestros, que las condiciones principales de todo monumento deben ser, originalidad y analogía, ó como diría Barraza, *simbolismo*.

El monumento á Juárez llena admirablemente esas esenciales y bellas condiciones.

Voy á procurar describirlo, con toda la puntualidad posible.

Comenzamos por que será levantado en la Villa de Guadalupe.

¡Grande pensamiento, á fé mia!

Donde está el veneno debe estar el antídoto. En donde reinan las tinieblas debe llevarse la luz.

Allí, donde se levanta el Santuario, el tesoro del amor, de la fé y del patriotismo de los católicos, debe levantarse el monumento al tesoro, nata ídolo y archipadre de los liberales. Frente al fanatismo, el libre pensamiento; frente á la redentora de México, el redentor de la América; frente á la que redimió á los indios con la posesion de su raza y de su sér de hombres, el que redimió á los extranjeros aventureros con la posesion de los bienes de la Iglesia; frente á la que trajo para su Santuario los metales de las más ricas minas del país, el que se sacó de los templos hasta las raspaduras de los colaterales dorados; frente á la que siendo reina se hizo *Indita* para ennoblecer á los indios, el que siendo indio se hizo rey para desdeñar á su raza. Frente á la reina que se retrató en la tilma de Juan Diego, el Juan Diego que se retrató en la púrpura de los reyes; frente á la bandera que levantó Hidalgo para emancipar á la patria, la bandera que levantó la demagogia para encadenarla á Norte América; frente á Aquella ante la cual se arrodillaron los grandes, aquel ante quien se arrodillaron los pequeños. En una palabra: frente á la tesis, la antitesis. Tal ha sido la idea luminosa, profunda, de levantar el monumento á Juárez en la Villa, y no, como era de es-

perarse, en la glorieta del Paseo de Colón, que sigue á la en que se levanta el de Cuauhtémoc, glorieta que está esperando un héroe, y que tal parece que grita: "¡A mí me toca Juárez, á mí!"

Pero todos los secuaces, especialmente la *Concencion Radical*, han pensado que es preciso poner delante de los indios que acuden á la Villa el verdadero ídolo, el gran ideal que deben querer como á las niñas de sus ojos.

¡Pero qué sacrilegio! Al pobre de Hidalgo le han echado oficial encima.

En la teología de las palabrotas patrióteras, Hidalgo no es ya la primera persona.

¡Juárez sobre todo!

A Hidalgo, al padre de la patria, le han hecho un monumento *rascuacho*, caído como de las vigas allá en una plazoleta. Cuando ve uno la estatua, tan desairada, en medio de la calle, tal parece una criatura que ha perdido á su mamá, ó bien un muchacho que está con su banderita en la mano y subido en un poste de esquina, perorando á sus compañeros en el día de San Juan.

En cambio, á Juárez se ha cedido la plaza principal, y el monumento será grandioso, etc., etc.

Está claro. El monumento á Hidalgo significa la Independencia, que importa tanto á los liberales, como á los japoneses; mientras que el monumento á Juárez significa la Reforma. Y eso sí les

importa, y mucho, tanto como tener casa, comer en la Concordia, echar *harias* copas, etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc., y cuanto es bueno y decente callar.

Ese tiene que ser el gran monumento: todo lo demás no vale tres cacahos. Y realmente lo será, conforme al diseño que tengo delante, y el que es de 0.001 por metro.

Hélo aquí:

Tiene cuatro cuerpos, fuera del zócalo-base, y de otro pequeño sobre el que inmediatamente descansa la estatua.

Esos cuatro cuerpos son, uno por México, otro por la América del Centro, otro por la América del Sur, y otro por los Estados Unidos del Norte.

Sigue el sentido de una pirámide, y es todo de arquitectura azteca, ménos el último cuerpo.

El Zócalo es cuadrado; mide 80 metros por lado y tiene cuatro escalinatas.

A los lados de cada una de ellas están dos indios, hombre y mujer, sentados, cubiertos de harapos y llorando. Pero no crea el lector que llorando la muerte de su congénere, sino su espantosa ingratitud, para con la raza de que nació; la odiosa indolencia que no le permitió dirigirle una mirada, ni levantar alguna vez la pluma para firmar algo en su favor. Contempló su desgracia con una indiferencia de piedra. Los concilios mexica-



nos, Roma, el Consejo de Indias, los frailes conquistadores, todos, en fin, hicieron mucho por los indios. Juárez no volvió á acordarse de ellos, desde el día en que comió carne y se puso zapatos. Por eso están allí al pie del monumento llorando

El primer cuerpo simboliza á México. Porque ya todo el mundo sabe que somos siempre los primeros en materia de farsas. Mide cuarenta metros por lado y veinte de alto. En cada faz tiene incrustado un bajo relieve de seis metros de largo por tres de ancho.

El que dá al Oriente representa una multitud de hombres harapientos, metiendo los brazos hasta los hombros en cajas de hierro, que tienen realzadas las armas de la Iglesia; mientras otros están amontonando el dinero que sale de esas cajas, en barcos con las velas ya hinchadas, por lo que se infiere que están ya próximos á partir. Hay abajo una inscripción que dice:

*“Los extranjeros aventureros y fanáticos al más grande protector que les cayó de las vigas.”*

En la faz que dá al Occidente, el relieve representa una especie de muladar, lleno de gentes infelices: unas yacen con semblante del que está muriendo de hambre, otras gimen, otras se desmelenan; por todas partes muebles viejos, pedazos de silla, de cama, cazuelas y jarros, entre multitud de perros flaquísimos. Parece algo como el

dia del juicio en los muladares de San Lázaro. La inscripción dice:

*“Los caseros y adjudicatarios más ped eruidos, al hombre ilustre que les proporcionó la gloria de arrojar al muladar á los inquilinos miserables refugiados antes en las casas del clero y socorridos con sus bienes.”*

En la faz del Norte, el relieve está dividido en dos partes. La una representa una pulquería atentada de hombres y mujeres cayéndose. La inscripción dice:

*“Al grande hambre que nos dió la libertad y nos abrió el camino de ser felices.”*

En la otra parte el relieve representa una casilla de elecciones, con tres ó cuatro individuos encadenados, y un perro *bulldog* que no deja acercarse á nadie. Abajo se lee:

*“AL GRAN PATRIOTA QUE DURANTE CATORCE AÑOS ENSEÑÓ EL RESPETO AL LIBRE SUFRAGIO, ALMA DE LA DEMOCRACIA.”*

Al lado Sur, el relieve representa unas hileras de hombres de levita y sorbete, con las cabezas inclinadas hasta el pecho, por el peso de grandes talegos de pesos.

Uno habla en la tribuna, por lo cual aquello parecía un parlamento.

En letras muy gordas se lee:

*"Al Benemérito, el país de los aficionados."*

Espléndida frase discurrida por el Sr. Sanchez-Facio; la mejor definición que puede darse á este país positivamente hablando.

Coronan este primer cuerpo cuatro estátuas. Una del Gral. Gonzalez Ortega, otra de Patoni, otra del Gral. Carvajal, y otra de Rojas, con un parecido admirable.

El segundo cuerpo, como he dicho, es votivo de la América del Centro, y tiene cuatro monumentos correspondientes á los cuatro lados.

Al Oriente se lee:

*"Al que me puso POR DUEÑO Á BARRIOS, FAVOR QUE NO OLVIDARÉ NUNCA."*

*Guatemala.*

Al Occidente:

*"A AQUEL CUYOS FAVORES Á GUATEMALA, COSTARON LA SANGRE DE SUS HIJOS."*

*San Salvador.*

Al Sur:

*"Al que me enseñó el derroche de manos muertas y el odio á los jesuitas."*

*Costa Rica.*

Al Norte:

*"Pasajero; re á decir á Barrios que aquí hay un monumento."*

*Nicaragua.*

El tercer cuerpo pertenece á la América del Sur.

Al Oriente:

*"No lo conocí ni en sueños; pero dicen que fué mi bienhechor."*

*El Perú*

Al Occidente:

*"¡QUIÉN FUE ÉL!"*

*La República Argentina,*

Al Norte:

*"Por la razón ó la fuerza."*

*Chile.*

Al Sur:

*"Al dios desconocido; al que en su casa lo conocen."*

*El Brasil.*

Por fin, el cuarto cuerpo, que levanta la América del Norte, dice respectivamente en sus cuatro faces:

Al Norte:

*"Reconozco, confieso y protesto, que me hizo un gran favor: ignorarme."*

*El Canadá.*

Al Sur:

*"Me amó y legó en testamento, para el porvenir, un país de plata y oro."*

*El Sur.*



Al Oriente:

“;Qué digan que es mi benemérito, despues que le quité la pesadilla de los franceses y del imperio!”

Washington.

Al Occidente:

“;Esclavos: las cadenas que mandó hacer este grande hombre no se me pueden quedar en el cuerpo!”

Por sí, y por las demás potencias de la Union,

Chicago.

Sobre todo esto, y á una altura de cien metros, se yergue la estatua, que es de bronce. Representa á Juárez de frac y mandil, condecorado con la rosa-cruz, las esquadras y compases, etc., etc.

Tiene el pié derecho sobre el poseuezo de un hombre á quien estrangula, y que asoma la cabeza crispada, con la boca abierta, y los ojos saltados. En la frente dice: “pueblo mexicano.”

El otro pié lo tiene sobre un libro desenciaderado, en el cual, á pesar de lo microscópico de la letra, pudimos leer: *sufragio libre; libertad individual; soberanía de los Estados; integridad nacional; Baja California; tratado Mac Lane.*

En una mano tiene el mismo libro, sólo que está muy bien empastado y tratado. En él se lee *Constitucion de 1857.* En la otra mano tiene una guadaña, en cuya caña lee: *Catorce años.*

Indistintamente hay sobre los ángulos y plataformas regados laureles de bronce, con multitud de inscripciones. Me llamaron la atencion éstas:

*Al hoy benemérito y ayer tirano “con su camarilla de cubanos entilecidos y parásitos cobardes.”* (1)

*La revolucion de la Noria.*

*Al que premió con bandas de generales, á los verdugos de los pueblos, como Carvajal y Comp.*

*La revolucion de los tres años.*

*Al que me venció con la espada de López.*

QUERÉTARO.

Tal es, en suma, el monumento. Nuestros lectores deben apresurarse á contribuir á una obra que nuestra civilizacion y buen nombre están demandando urgentemente.

Se recibe cualquier donativo, aunque sea un centavo, porque lo que se agradece es la buena voluntad y el patriotismo.

Son centros de suscripcion: *El Partido Liberal* (Junta Juárez).—México.—Apartado del Correo número 389.—Las demás Redacciones de periódicos.

(1) Palabras de una proclama del Gral. D. Porfirio Diaz, fechada en Huajuapán de León.

cos subvencionados; Oficinas de la *Convencion Radical*, y Logia del rito mexicano, *Canó*, número 4. Además, los señalados por los respectivos gobernadores. Los devotos foráneos pueden mandar sus *bobolos* en sellos del correo.

El guerrillero de *El Tiempo* se suscribe con un artículo biográfico el día del estreno del monumento, si Dios le presta vida, y el gobierno libertad.

¡Ustedes, con qué se suscriben!

(*El Tiempo* del sábado 26 de Febrero de 1897.)

~~XX~~

XVII

ESTE ES EL PAÍS DE LOS AFICIONADOS.

*Palabras yacitadas.*

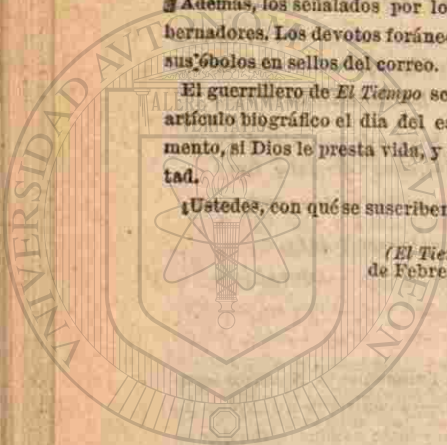
Si el lector hiciera la gracia de meditarlo bien, me estimaría la cita en lo que vale. Convénzase de que, aun tomándose el trabajo que yo llevo á cuestas, hace siete años, de meditar, y cavilar, y darle vueltas á la mollera, para definir con exactitud este hermoso país, no podría encontrar una definición que guarde mejor las reglas de la lógica.

¡Imposible!

¡Bendito sea Dios, que hemos encontrado la palabra!

Hacia mucho tiempo que me hormigüecía en el cerebro, sin poder acentuarse, hasta que por fin dimos en el blanco.

Porque si decimos: "este es el país de la plata," resulta que la definición carece de *diferencia propia*, por cuanto hay otros que merecen tal nombre,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





como la República Argentina, el Perú, los Estados Unidos, etc. Si decimos: "este es el país de los vergeles," la India nos dirá que á ella mejor que á nosotros le pertenece tal nombre.

"País de las revoluciones;" tampoco; porque desde el Bravo hasta el Brasil se hace extensivo ese epíteto.

"País de los generales." Esto sería decir mentira, porque no lo son.

"País de los beneméritos." Esto sería hablar en serio.

"País de los periódicos subvencionados." No lo ha de creer el mundo.

"País de los tontos." Sería anti-patriótico.

"País de los flojos." Allí están los del Indostan para contestar.

Chucho Cuevas decía una vez: "este país es una casa sin puertas;" por cuanto no es posible entrar ni salir por alguno de sus puertos sin atrapar el vómito, la fiebre amarilla, etc.

*El Gallo Pitagórico*, dijo: "este país es un zoquete, que cuando le cargan mucho, á lo sumo rechina." Tampoco es aplicable hoy, porque ya ni rechina.

Maximiliano dijo: "Este es un país que se fastidia;" pero es el caso que hoy parece muy contento.

El Nigromante aseguró que "este es el país de la Divina Infantita;" pero es el caso que *El Parti-*

*do Liberal* asegura que los demagogos están en mayoría, la prueba es que dominan.

Almonte agregó: "Este es el país de las nulidades;" pero el Congreso ha desmentido la definición creando beneméritos á manojos.

*La Convencion Radical* exclama: "Este es el país de Juárez;" pero el país dice que no es digno ni merece tan excelso nombre.

El gobierno falla que "este es el país de la Constitución y de las libertades;" pero suplico á vdes. que aplaudan la definición.

Nada; no hay ninguna; no puede haber otra que la dicha: ESTE ES EL PAÍS DE LOS AFICIONADOS.

Efectivamente.

Que el ministro no puede arreglar la hacienda pública; que como golpe maestro financiero, salvó la situación no pagando. ¡Con razón! pues si el Sr. Dublan no es financiero; él es un magnífico abogado, eso sí; pero como ministro de Hacienda, es *aficionado*.

Que la cartera de Fomento anda como el rosario de Amozoc, etc., etc. ¡Con razón! pues si el Sr. Pacheco es general, eso sí, muy valiente; le ha costado una pierna y un brazo serlo, pero no conoce la ciencia del ingeniero, no cursó las aulas de agricultura, geografía, mecánica; etc., etc. No es profesor en fomento; es *aficionado*.

Que los diputados no discuten, no hablan, no

legislan, no hacen más que obedecer. ¡Con razón hay que disculparlos: la gran mayoría no conoce la ciencia del derecho, ni las necesidades del país, ni la severa virilidad del legislador: son *aficionados*.

¡Ah, los generales! ¡Los generales!

Este país tiene coroneles y generales, tiene jefes para servir el ejército de toda la América.

Un pimiento tiene muchos pimientos.

Yo no diré que no deban establecerse excepciones, porque sería la más crasa injusticia. Generales tenemos de uno y otro partido, que son dignos de ese grado. Pero un general debe conocer el arte de las tres armas, debe saber matemáticas, geografía, historia militar, ordenanza comparada, estadística, topografía y otras varias ciencias que se relacionan necesariamente con aquellas. Un general debe, además, poseer conocimientos en el derecho político, puesto que no puede ser un autómatas que se ponga al servicio de un hombre en vez de ponerse al servicio de una causa.

En Europa se requiere todo eso, junto con una conducta socialmente intachable, para ser general; por eso se cuentan allí por los dedos. Entre nosotros, no; para ser general no se requiere más que pronunciarse y *meterse recio*.

Pasarse con la tropa al bando contrario, y muchas veces ser un bruto de cuenta.

Si todos los generales fueran como Alatorre, no diría yo esta boca es mía.

¡Pero, ay! De todos los generales con que tropieza uno al dar vuelta á cada esquina, hay que cuidarse, eso sí; porque son capaces de meter la espada al caballo de Cárlos IV, pero pudiera citarse algunos que apenas llegarán á sargentos; porque ya vdes. lo saben, no hay que culparlos, son *aficionados*.

Que D. Juan N. Mendez es protestante.

¡Ola!

Pero no sabe una palabra de Teología. ¡Qué digo de Teología!

Dudo que haya leído el *Simon de Nantua*.

D. Juan sabe muy bien sentarse y rodearse de su indiana de Zacapoaxtla; pero ¡de Historia, de letras, de filosofía, de teología, de nada! ni esto. Sabe muy bien amarrar los badajos á las campanas de Puebla, pero ¡de protestantismo y de filosofía católica que apenas alcanzaba Chateaubriand, nada!

Eso no le hace, es *aficionado*.

— En lo que ha venido á parar Lutero! me decía un amigo mío anoche, con mucha gracia. Yo daría un brazo por oír á D. Juan Mendez discutir con los teólogos en las dietas alemanas.

Daríais algo por verlo *apalabrarse* con Erasmo ó con Bossuet.

No; nada de eso; los aficionados, son aficionados y nada más.



Recibo una invitacion para una solemnidad dramática en el Gran Teatro Hidalgo, Nacional ó Arben.

Invita una *sociedad dramática*, particular. Es decir, una reunion de cultivadores del arte.

¿Qué funcion, Dios mío! ¿Qué declamacion, qué música, qué disposicion de escena, qué juego de ojos!

¿Qué arte, qué arte!

Pero no puede usted decir una palabra: 1º, porque ha sido vd. invitado y no paga; y 2º, porque bastante hacen, son *aficionados*, y no hay que exigirles lo que á profesores.

Muy bien.

Sube un orador á la tribuna cívica el día 16 de Septiembre.

¡Tápese vd. los oídos si no quiere salir de aquí con neuralgia emecránea, si no quiere salir teniendo lástima á la vez que envidia á Hidalgo!

Lástima por lo que dice de él el orador, y envidia porque no lo oye.

¿Qué lenguaje, qué historia, qué arranques oratorios, qué acento, qué acto segundo, qué cosa tan desenuadernada, tan vestida de torero, tan zandanguera!

¿Qué se yo!

¡Ah! pero no sea vd. exigente: el señor no es orador, es un *aficionado*.

Figúrense vdes. que la ciudad está trinando, porque mientras á la calle del 5 de Mayo se le está poniendo pavimento de madera con argamasa de brea, sobre un magnífico subsuelo de piedra y arena, de modo que aquello más que una vía pública parece un salon; mientras se gastan esos archilujos en las cuatro calles del centro, lo demás de la ciudad está como lazo de marrano.

Fangos, atargeas reventadas, ó azolvadas, ó nada, que es lo más comun, barrancos, donde los pobres simones se quedan como el cadáver del general Marcial Perez, cuando le dieron el baño de agua fría, riéndose; montones de piedras saltadas, con perdon de vdes.; jamerdanas, etc., es lo que forma el conjunto de las demás calles, especialmente en los barrios y muy especialmente en las colonias.

¡Y los municipales!

Si, pues, toda la ciudad paga su plata, primero Dios, ¿no era justo repartir el dinero empleado en las mejoras entre toda la poblacion, y no hacer lo de la estatua de la Biblia que tenía la cabeza de oro y los pies de bronce! Sí.

¿Pues entóncest!

Y ¡esos paseos públicos! Esa Alameda que ha tenido por mucho tiempo en su extremo Poniente un enorme monton de hojas secas, las cuales, produciendo el miasma palustre, dañan profunda-

mente al público, víctima de las tercianas, intermitentes, etc., etc.

¿Ese Zócalo que ha sido despojado, ¿quién lo creyera! de numerosos eucaliptos, uno de los árboles más saludables y benéficos!

¿Pues qué hace esa Obrería Mayor, con esa multitud de casas viejas, que se están cayendo con inminente peligro de los infelices vecinos, que hablan perpetuamente á los sordos propietarios!

Nada.

¿Qué pasa en suma!

Muy obvio: que los municipales no conocen la ciencia edilicia, como dirían algunos, esto es, la ciencia de la economía urbana; no, porque no tienen la culpa, porque son aficionados.

Y ¡los tinterillos!

Aficionados.

Y ¡el número inmenso de empleados en cuyas manos están muchas veces graves cuestiones; pero que entraron al empleo por la recomendación del tío ó del cuñado!

Aficionados.

Para no cansarte, lector querido, recorre con tus miradas, de Ponciano Díaz para arriba, y hallarás que todos son *aficionados*. Y hallarás en esto mismo el secreto de que la nación y las cosas marchan como marchan.

Tómate aún otro trabajo, lector mío, siquiera

para no ser un lector aficionado, é investiga cuál es la causa de que en este país nadie sea lo que dice ser, sino que todos son aficionados, y hallarás esa causa en el liberalismo; que ha arrollado con todo mérito, con todo estímulo noble, con toda verdad; que ha creado la sed del oro, venga por donde viniere, que ha creado el favoritismo de secta, que ha hecho todo bola, todo desórden, todo *revatinga*; que ha plantado la charlatanería como el árbol del siglo, cuyos frutos más abundantes son la fatuidad y la codicia.

Piénsalo bien; aún deajo mucho material á tu criterio, quizá el material más rico. Y despues de haberlo meditado bien, convendrás en que no se puede dar mejor definición de este país.

No se te olvide, lector discreto; amarrátela en un dedo, como decía el sabio, no se te olvide, y en una oportunidad sácala á relucir: ESTE ES EL PAÍS DE LOS AFICIONADOS.

(El Tiempo del martes 1º de Marzo de 1887.)

B-6-5-4

®





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVIII

**S**EÑOR, para decirte que eres Dios, basta decir que eres la *Verdad!*

Digo esto, lectores míos, no porque sea yo sabiendo, ni poco ni mucho escrito en esto que llaman filosofía; sino porque estoy que me repica el alma de gusto.

¿Dónde hay un contento igual al de ver á un mentiroso enredarse en la maraña de sus propias mentiras, y darse un *suchazo* con todas sus ganas!

No por darte noticias mías, sino porque ya tengo mucha confianza contigo, quiero decirte que no soy de malos hígados. Apenas habrá un hombre más tonto, más dispuesto á perdonar que este desplumado guerrillero.

Yo tiemblo de cólera cuando alguien se ríe del que resbaló con una cáscara y midió sus dos varas de suelo; sin embargo, no puedo negarlo: hoy estoy de manteles largos, hoy no puedo contener la risa, no puedo disimular el júbilo ante el porrazo incomparable, á plomo, que ha dado *El Partido Liberal*.

¡Bendito sea Dios que hay Dios! y que les pone á los mentirosos, á los soberbios, á los mal intencionados, á los maquiavélicos, como ellos se llaman, unas trampas, en que caen redondos, sin que haya una alma que les diga: ¡Jesus te ampare!

Ya podrá figurarse el lector, que le he cogido al Partido una mentira de diez y ocho quillates, y que todo este repique á vuelo que estoy echando se reduce á que voy á decir cual es esa mentira.

—¡Ah, los periódicos pagados....! Son como el juego de la momita ciega. Saben vdes. que en ese juego se sitúan los muchachos á la redonda, ponen una apretada venda á la momita y luego se esparcen; el objeto de la momita es atrapar á alguno.

Pero como bien pudiera ser que en vez de dar con un muchacho, diera con un mueble, con una lámpara ú otro objeto delicado, ó en fin, con la señora de la casa que no se mete en juegos, que sólo está presente para cuidar el orden y que tomaría como una profanacion el que se atrapase á su reverenda persona, cuando el muchacho vendador á á asirse de ésta ó de algun objeto que corre peligro, le gritan:

¡Lumbre!

¡Lumbre!

¡Lumbre!

He aquí á los periódicos de la Telesera; para

salvarse, para salir airosos de su ceguera, á cada momento acuden á las mentiras, y nosotros, que tanto nos divertimos, tenemos que gritarles:

¡Lumbre!

¡Te quemas!

¡Ese es un ministro!

¡Te rompes la crisma contra esa ley!

¡Te estrellas el bautismo contra ese gobernador!

¡Por allí está Zacatecas!

¡Por allí están los toros!

¡Lumbre, que es el fuego!

Y así sucesivamente.

Esto no lo agradecen. Hacen bien, porque nosotros no lo hacemos porque se salven, sino porque vean los concurrentes, que la momita no nació para serlo.

Pero vamos al caso. ¡Se acuerdan los lectores de haber visto en *El Tiempo* un artículo destinado á refutar otros del Partido, en que éste presentaba al Ilmo. Sr. Labastida, como un pobre hombre, instrumento de una mano oculta que escribía las cartas dirigidas al *Nacional*, y firmadas por el mismo señor Arzobispo!

Pues si no lo recuerdan, lo haré yo en dos palabras.

Escribió *El Partido* unos párrafos, con el objeto de probar que el Ilmo. Sr. Labastida no era el autor de las cartas referidas. Tras de él había un



clerizonte (de milagro no dijo un Jesuita) que lo gobernaba como Martínez á sus títeres; que escribía las cartas y luego decía: *firma*.

Ardiendo mi alma, porque hay injurias que se pasan de la raya, contesté esas calumnias manifestando que el doloso objeto del *Partido*, era zaherir á Su Ilma. quien se manifestaba adolorido de que se atribuyeran sus reformas á la Colegiata á otra persona, con el fin de desvirtuar su autoridad.

Y dije con mucha justicia, que conociendo *El Partido* la parte adolorida, dijo: "*aquí*," y clavó su aguijón.

Pues bien: sírvase el lector, por vida suya, leer lo siguiente, que el mismo *Partido Liberal* dice ayer en un artículo, que chapándose los labios intitula: *La división de los católicos*.

Dice así:

"Pues bien, nosotros nos permitiremos decir al *Nacional* que la República tiene pocos hombres tan hábiles, inteligentes y superiores como el Sr. Labastida; y ~~se~~ se equivocan mucho cuantos puedan imaginar que se deja dirigir por nadie. ~~¶~~

¡Jesús! yo iba á meter la cara no sé á dónde.

¡Cómo! ¡Con que el hombre que ayer firmaba cartas escritas por otro, sin leerlas siquiera, y en asunto tan grave, hoy es el que no se deja dirigir por nadie!

Pero señores, ¿en dónde tienen vdes. la cabeza?

¡Qué clase de periódico es ese!

¡A qué dirección obedece!

No me salgan con que esto significa una retractación, porque esta debe hacerse, como dice el general Marcial Pérez, á *lo hombre*. Por ejemplo así "Yo, el eterno mentiroso, *El Partido Liberal*, declaro que mentí al decir que el Sr. Labastida era un firmón automático."

Ni me salgan con que es de los *sábios cambiar de opinión*.

María Santísima, ¡cuánto sabio!

¡Quién gobernará un país de sábios!

Urge el que se establezca una compañía de exportación de sábios para Europa, donde tanto los necesitan, entre otras cosas, para la definición del cólera.

No, no es una retractación, ni una conversión, sino una contradicción muy natural y hasta indispensables en los que hablan de memoria. Por eso hace bien el público en oírlos como á voceros de las décimas de Sixto Casillas. De veras no saben lo que dicen. Cuando leo sus artículos, recuerdo á aquellos indios serranos que vinieron con D. Porfirio, y que gritaban (quitándose el sombrero é inclinando la cabeza en señal de respeto al nombrar el santo) "¡muera Señor San José!"

Pero dejemos ya lo de la mentira, que, no la dije yo, y me arde la cara solo de recordarla, y digamos cuatro palabras sobre el articulejo. Si no temiera herir la susceptibilidad del apreciable *Nacional*, a quien va dirigido, yo lo contestaría punto por punto.

¿Qué gusto me daría con tanta barbaridad!  
¡Divididos los católicos!

Yo convengo en que ese es un sueño dorado para los masones de México; pero ¡hay tantos sueños dorados que resultan pintados con humo de ocote!

Una polémica sobre asunto más ó ménos importante, no significa division, sino simplemente que no todos los gustos son unos, ni todas las cabezas piensan del mismo modo. Solo una onza de oro les gusta á todos.

Que los católicos *piensamos* unos de una manera diferente y hasta contraria que otros, eso no importa, mientras todos *creamos* lo mismo.

En los católicos la unidad consiste en la *fé*.

Que haya quien yerre, para eso somos hombres. Más aún, que haya entre nosotros algun discolo, la pobre vieja de mi nana lo explicaba perfectamente diciendo: ¡hasta en el apostolado hubo un Judas!

Pero esto no es division, sino raza humana, y para completarnos, el mal ejemplo que nos lo han

dado los liberales con sus interminables araños y sus pleitos de perros y gatos.

En último caso, concediéndoles mucho, nosotros discutimos por interés de principios, mientras ellos se pelean por interés de pesos, nada más que de pesos.

Cuando nosotros estuviéramos divididos por una polémica, la más exaltada y encarnizada que se quiera, el Prelado, el Papa, la apagaría instantáneamente con una palabra, mientras que para dirimir una *division* entre los liberales se requiere la sangre de cinco mil hombres, que costó la revuelta de Taxtepec.

Con que ya ustedes dirán.

Queda, pues, expuesta al público, la última mentira *infraganti* del Partido, como quien dice, la última *moña* de los barriletes.

Procuraré exhibir otra. ¡Al fin no hay más que meter la mano y con seguridad se saca un manojo!

(El Tiempo del miércoles 9 de Marzo de 1887.)

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIX

**L**OS liberales son populares con la popularidad del cólera.

¡Ah! la historia se ha de acordar mucho de esta cama con chinches que han sufrido los pueblos por espacio de un siglo.

Pero si me doy á discurrir por ese lado, no acabo nunca.

Vengamos al asunto.

Es notable, ó por lo ménos debiera serlo, que trinando tanto esas gentes contra la monarquía y echando borbotones de indignacion contra los déspotas, que tal parece la mera verdad, en la práctica se esfuerzan por imitarlos; hacen su remedio, azas ridiculo, y no comprenden la popularidad sino bajo la forma de la que gozaron los tiranos.

¡Qué caricatura!

¡Qué fandango!

¡Qué... cosas!

Por ejemplo: allá en los tiempos ominosos de

los reyes, se acostumbraba que cuando el gobernante, el delegado ó subdelegado, regresaban de algun viaje, el pueblo se agrupaba y lo tomaba en hombros de litera; y en épocas posteriores, quitaba los caballos al enorme coche de sopanda, y tiraba de él vitoreando al que á riesgo de ser volcado iba dentro, bañándose en el sudor copioso de la gloria popular.

Las fachadas de las casas estaban profusamente adornadas, y de un balcon al de enfrente colgaba la *enramada*, formada de mascaditas chinas ó de burato, que colgaban en forma de triángulo; tendedores de lujo, bambalinas de la demostracion popular.

Cuando acabaron las procesiones, las mascaditas y los tápales de jardín cayeron rendidos de tanto estar colgados de cabeza, y quedaron para sobrecamas de cuadritos ó para altares del Viernes de Dolores.

Nuestros gobernantes y gobernadores querían imitar aquella popularidad, y es digno de contarse las trazas que se dan, ellos ó sus *achichiqueros*, yo no sé, para lograrlo.

Desde que á D. Apolinar Castillo le pasó lo que le pasó, por haberse ido á una cacería, los gobernadores han suprimido ese noble entretenimiento, y se están metiditos en casa, cuidando el hueso, que no desamparan ni cinco minutos.

Solo cuando el *señor* los llama salen de su rincón, y á no ser en ese caso, harán cuanto ustedes quieran, pero en casa.

Antes de aquella triste experiencia, de aquel famoso escarmiento, solían irse á dar sus verdes por esos mundos.

Nada más justo que descansar de las pesadimas, fatigosísimas faenas que trae consigo entre estos señores el cargo de gobernar.

Verdaderamente no sabemos cómo puede un hombre trabajar tanto, pensar, estudiar, meditar tanto.

¡Qué ingratos son los pueblos para con ellos, yálgame Dios!

Con razon cuando algun liberal sabe la amarguísima noticia de que ha sido *electo*, se entristece, clava el pico, gima y depreca, y solo por un deber ineludible de todo buen ciudadano, acepta, eso sí, á revienta cincho, refunfuñando á más no poder.

Digo, pues, que salían á tomar aire, á descansar, á espacirse, á respirar esa vida que solo por ser impuesta por el pueblo se puede aguantar.

Cuando volvían, la cosa era para poner tablas.®

El *barbero* de mejor uaraja, preparaba la recepcion.

Se comenzaba por preparar un banquete, por-



que ya se sabe que los liberales no entienden ninguna fiesta sin el *trago*. Y luego desnudaban á cuarenta gendarmes, ó como ántes les llamaban, *serenos*, y los vestían de blusa, calzones, sombrero de petata y jerga al hombro.

¡A jalar el coche!

Disfrazaban otros cuarenta, y los trepaban á las torres de la Catedral ó de la parroquia, según.

¡A repicar!

El barbero mayor se frotaba las manos y decía, jadeante de haber trabajado tanto: "ahora, que llegue."

No se hacía esperar. De repente, el silbido de la locomotora anunciaba que el *amado* gobernante estaba á las puertas de su heredad.

Los vecinos pobres y ricos, si no sentían pesar, por lo ménos, tampoco alegría, y oían el silbido, como padieran oír el del muchacho que pasa por la calle.

¡Ah! pero en cambio la estación estaba que se ardía.

Gritos, cohetes, abrazos.

Su Alteza bajaba en peso. No ponía un pié en tierra, porque los de sorbete lo llevaban como en silla de manos hasta el coche, y si se trataba del fin de una expedición de caza, venían otros, atrás, con la bolsa de cuero de las municiónes, la escopeta en su funda de búfalo, el cuerno-vocina, el

cuerno-polvorín, el cuchillo, el sombrero de sol, el tompeatito del *itacale* y colgando de las patitas un chorlito, y una tortolita; una víbora pendiente de un hilo atado en el pescuezo, y un indio herido por una bala perdida del señor. Este era el resultado de la caza!

¡María Santísima, y cómo cuidaban del chorlito y la tortolita!

La llevaban con un tiento, que tal parecía que llevaban la custodia. Con la puntita de los dedos oprimían las puntitas de las uñas del animalito, que por lo demás, era monísimo, y el lugar en que quedó el *cadáver*, denunciaba un tiro magnífico.

A cada paso, el señor volvía la cara para ver si sus conquistas, si su *caza* venían bien.

¡Y qué regocijo sentía al ir oyendo las disertaciones sobre su arte y las alabanzas al cazador!

*Pepe* decía: "si donde pone el ojo pone la bala."

*Manolo* replicaba: "¡Y cazar chorlos! vdes. no saben lo que es cazar chorlos. No he visto tiro más difícil."

Guacho, porque así les dicen á los Joaquines, añadía:

"¡Y la víbora!"

El pobre de Guacho no reflexionaba que la víbora había sido víctima de la vara y no de la escopeta; pero como estaban tan emocionados por la recepción, no sabían lo que decían.

Por fin llegaban al coche.

Y llegando y poniendo lumbre.

Inmediatamente quitaban los caballos, y plantando en su lugar á los pobres léperos, no sin propinarles picotones y pellizcos furtivos, quiero decir á excusas, y tirones de camisa y cuanto Dios erió, porque aquellos infelices, desvelados de toda la noche, viendo el sol amarillo, y sin hacer la mañana, porque ni para eso tuvieron tiempo, tenían más ganas de que los enterraran que de jalar un coche recargado con las diez arrobas del señor Gobernador y las doce del barbero presidente y las diez y seis del gordo gorron que ha de andar en todas las frascas.

¡Cómo maltrataban á aquellos infelices!

¡Qué culpa han tenido de no ser de *alzadas*!

Pero en fin, entre los cuarenta, bien agujoneados, iba el coche que desempedra las calles. A veces los vitorios cesaban, porque los que *jataban* tenían además la obligación de gritar, y por supuesto que la fatiga no les dejaba.

Al principio gritaban ¡viva el ciudadano Gobernador!

¡Viva!

Pero á poco ya no más arrojaban berridos, y después nada, porque ni matándolos podía lograrse que corrieran, jalaran y exclamaran.

La campana se hacía pedazos.

El señor llegaba en triunfo. Los chorlitos eran disecados y colocados bajo capelo en la sala. La víbora iba á dar á un bote de aguardiente, y el pobre indio al cuartel del 1º, donde le cascaban el chaco para que no fuera á contar por la calle el buen tiro del augusto cazador.

Tal es la popularidad de los liberales.

Nadie hay que no haya visto casos semejantes. Y cuento un rasgo, uno solo de esa popularidad, porque todos no cabrían en veinte mil guerrillas.

Ellos dicen que el pueblo es *soberano*, que el hombre es Dios, desde que se deificó la raza, y sin embargo, se goza, digo se gozaban de que su carruaje fuera tirado por hombres.

Pero ya habrás notado, lector, que he venido diciendo *aban*, he venido hablando de tiempo pasado porque lo que es de presente, por favor divino, los liberales ya han comprendido que es preciso serlo de veras, aun perdiendo las comodidades, y suprimiendo la orgullosa vanidad de los tiranos.

Así verbigracia, has de estar, lector, en que el señor general D. Manuel González, felizmente reinante en Guanajuato, tuvo que ir á un *negocio urgente* al Valle de Santiago. Esta noticia hubiera respetado al Jefe Político, si estuviera muerto pero lo digo porque es la noticia de mayor sensación que ha tenido en su vida.

Para no hacerte el cuento largo, porque es muy



largo, me bastaría decirte, que se impuso una multa á todo vecino que no adornara el exterior de su casa el día en que llegara su señoría. Y así fué. Ni la más arrumbada pocilga estaba sin adorno. Un farol, un pañuelo, una flor de muerto, unas faldas de camisa, cualquier cosa; pero todas las puertas tenían su colgajo.

Ciudadano libre, ciudadano según la Constitución de 57, ciudadano igual al presidente de la República, si no en fortuna, si en garantías, ciudadano soberano, pero óyelo bien, *soberano*; y sin más apellidos, *ciudadano* que lees esto ¡qué te parece! ¿Qué dirás tú de la popularidad de los liberales? ¿Qué dirás del estado que guardan las garantías tan cacareadas!

Y tú, libre pensador, redentor del pueblo, adorador del hombre, tremendo enemigo del retroceso, tú, *Monitor*, que te arrancas los pelos de coraje porque un hombre se arrodilla á besar el pastoral de un Obispo, ¡qué dirás si esto que hacen tus cofrades lo hicieran los católicos!

Ponte en el caso, ya imposible ciertamente, de una administración católica, ¿cómo te herviría esa boca para anatematizar semejante atentado! ¡Y cómo no te harías lenguas para decirle al pueblo: "Mira lo que son los retrógrados; levántate contra ellos porque te firanizan, te chupan, te envilecen, te imponen multas si no le pelas el diente al señor que pasara por tu puerta."

Y sin embargo, nada han dicho hoy; sino que se ha necesitado que un triste guerrillero, retrógrado y clerical, venga á soltar la lengua.

Y *El Monitor*, que sabe hasta el número de estornudos que ha dado el día de ayer el vicario más arrinconado en San Juan de la Punta, no sabe lo que pasó en el Valle de Santiago, y si lo sabe, contestará con su gracia de siempre: "esos no son los verdaderos liberales."

Por lo demás, si vamos hablando de otras popularidades, puede que resulte lo contrario.

Por ejemplo, en Puebla, los presos han ido á trabajar á la plaza de toros, es decir, no como toreros, sino como albañiles, peones, etc., etc., á fin de componerlo, reponerlo y arreglarlo todo para las corridas de Mazzantini.

Y eso no lo han hecho, porque el gobernador sea el empresario, sino porque era seguro que asistiera á las corridas, á pesar de que es hombre que no sale de su casa, y los presos quisieron que encontrara la plaza muy aseada, no fuera á exclamar: "¡Qué poblanos tengo tan sucios!" Y que todo estuviera como navaja de barba, para que la corrida saliese bien y su gobernador se divirtiera un rato en cambio de tantas fatigas. Eso sí es popularidad, con la ventaja de que todo el público se aprovechó de ella. Popularidad tan espontánea y tan cordial, que á los presos no se les pagó

un centavo los días que fueron á trabajar; pero no crea el lector que porque no se quisiera pagarles, sino porque ellos no quisieron recibir nada, ni medio; se conformaron con su rancho, que por cierto no fué de *higados trufados*, y al salir dijeron muy contentos:

—Qué agradece usted!

Conque, no cabe duda, los liberales son populares, con la popularidad del cólera.

Y no mentemos personas.

(El Tiempo del miércoles 15 de Marzo de 1887.)



XX

**H**ABLEMOS de toros, es decir, pongámonos el traje de moda.

¡Virgen de Guadalupe! pero ¡qué es esto! Un furor, un *delirium tremens*, el judío errante que pasa por México.

Todo el mundo no habla más que de toros. En el estrado, en el café, en los trenes, en los periódicos, en las calles, é inútil es decirlo, en las cantinas no se oye otra cosa.

Pero ¡qué Gestas, por no decir la mera palabra, se le ha metido á la gente!

Desde que el Congreso autorizó las corridas en la capital, una hidrofobia taurina se apoderó del público.

Mazzantini vino á dar el tiro de gracia.

Cada cual se juzga ya una autoridad en punto al arte de la lidia, y es algo como un sacrilegio mover otra conversacion que no sea de toros.

No soy dueño de presentarme en una visita, porque aquellas gentes con los cabellos crizados



y la boca seca de hablar, sin dejarme á lo ménos quitar el abrigo, me asaltan:

—¿Qué dice vd. de Mazzantini?

—¿Fué vd. á Puebla?

—¿Ha visto á Ponciano?

—Pero, hombre, déjeme vd. dar las buenas noches.

Si entro á algun tren:

—¿Pero que no haya usted hablado contra esos infames picadores!

(Y otro.)—Ahora sí estamos muy enojados con *El Tiempo*. ¿Qué haya dejado pasar en limpio esa segunda corrida!

(Y otro.)—¿Qué opina usted de *Cuatro Dedos*?

(Y otro.)—¿Verdad que es más hombre Rebugina!

—Pero, caballeros, permitanme ustedes pagar el boleto.

Digo, pues, que ya no es posible salir á la calle ni hablar con alma nacida.

El tecnicismo taurino se ha hecho la lengua universal.

Todos hablan del *vota-pié*, del *capeo á la navarra*, del *descabello*, de la *pica*, ¿qué se yo!

¡Ah, pero lo que es para poner tabladós es la indefinida variedad de opiniones y anécdotas sobre Mazzantini y su cuadrilla!

Unos dicen: "Luis (porque ya lo tratamos de *Luis*) es admirable.

¡Qué sangre fría!

¡Qué conocimiento del animal!

¡Qué hombre tan hermoso!

¡Tan elegante!

¡Tan ilustrado!

—No crean vdes., Mazzantini es abogado, es telegrafista; para médico no le faltó más que el curso de anatomía. Tiene una magnífica conversacion y ántes que llamar la atencion como *espadas* (porque hoy ya no se llaman toreros, sino *espadas*) hizo furor como orador.

—Lo que es detestable, replica otro, son los picadores.

—¿Qué barbaridad!

—¿Vd. no ha visto ninguna corrida!

—No.

—Pues voy á decirle. La silla del caballo es como de mula de carreta, se forma de dos tejas. Encima y suelto va un colchoncito de cuero. El picador es un hombre metido dentro de otro hombre de fierro; de modo que no tiene movimiento más que en los brazos y los ojos. Llega el toro, y ya que destripó el caballo, le pone en el morrillo la pica el picador que irremediamente va á dar al suelo, porque con poco que se ladée el caballo, el colchoncito aquél se va, y cae sin más averiguacion aquella masa inmóvil. Para ponerse en pié es preciso que lo levanten los mezos.

—¡Eso no vale nada!

—¡Hombre, no seas bárbaro! Si ese es justamente el arte.

—A nosotros nos extraña, porque no estamos acostumbrados; pero ese es el arte.

—¡Cuál, pregunta el tercero! ¡El que le den á uno de porrazos! ¡el no defender el caballo! ¡El estar de una pieza! ¡Pues lindo es el arte!

—¡Seguro que sí!

—El arte consiste en poner la pica en determinado punto del morrillo.

Y se arma la greca; y he visto quienes se den de mogicones, porque el arte es darse de porrazos con tal de picar el morrillo, ó consiste en defender el caballo.

¡Y qué anécdotas sobre Mazzantini!

Uno dice: No tienen vdes. idea de lo que es Mazzantini. ¡Qué hombre!

—Yo le he visto ponerse delante del toro, hincado, llamarle y plantarle un par de banderillas de cuatro dedos de largo en el filo de cada ventana de la nariz.

—Eso no vale nada. Yo lo ví en Madrid ponerse de espaldas, con la capa en una mano y la espada en otra; venir el toro, agacharse Luis y por entre las piernas y hacia atrás, meter la espada á la fleura en el corazón, por supuesto por lo alto.

—Pero, no estén contando vdes. simplezas, re-

plica un tercero. Yo lo ví en Sevilla matar sin espada. Llamó al toro, y al llegar clavó una mirada terrible. Y el toro cayó muerto.

—Y ¡qué vale eso! repuso el general Marcial Pérez, que como siempre, ha de contar lo supremo. En la Habana sucedió lo siguiente: Habían echado el ganado más bravo del infierno. Luis se plantó en medio de la plaza frente á frente al toril; se abrió éste, el toro venía de adentro como demonio, llegó á la puerta, sacó la cabeza, vió á Luis, y dió la vuelta para adentro espantado.

Y Marcial Pérez escupió por entre los colmillos, poniéndose rojo como sus narices.

Y en cuanto á biografías, Mazzantini ha tenido más biógrafos en este país, que Napoleon, Washington y César en todo el mundo. Solo que no hay dos biografías que coincidan.

Cada quien la forma segun la soñó en la noche anterior.

Una banderilla pegada por Mazzantini, es más buscada y mejor guardada que el anillo de Doña Isabel la Católica ó la bandera de Hidalgo.

¡Que si digo que Cuatro-dedos y Rebugina etc., etc., ya me tienen hasta el copete!

Hay indigestion de toreros, y esto es para volver á uno loco.

Pero ¡ay, lector! ¡qué triste desenlace tienen las glorias de este mundo!



— No lo digo porque Napoleón haya muerto en la isla de Santa Elena, ni porque Colón recogiera en el desamparo la miseria y la calumnia como el premio de sus admirables hazañas; sino por lo que voy á contarte. Síntate bien, lector; acomódate bien; tú sabes si te pierdes del cuento que voy á contarte; fresco como un huchinango y colorado más que como debiera estarlo *tranca diaria*.

Conque, para llevar carros de gente á Puebla se prometió solemnemente que Mazzantini no trabajaría sino en la Plaza del Paseo Nuevo. Y como ya dijimos que todo el mundo sabe su biografía, y ha repasado su cartera, se ratificaba lo dicho por los cartelones, asegurando que: "tiene que lidiar en Madrid tal día."

—No, en Sevilla.

—Antes en la Habana.

—Pero, pagándole bien....

—Imposible, si allá le dan tanto....

—Y ha firmado escritura....

Muy bien. Allá va ese mundo de gente.

¡Cómo quedaron las calles de México!

No había á quien pedir la lumbré para el cigarrero.

Pero cántense ustedes que sucedió lo que debía suceder, que concluidas las corridas en Puebla, se anunció en México que lidiaría Luis en la Plaza de San Rafael.

Sólo la noticia de que el cólera estaba en Veracruz, causaría igual sensación.

Todo el mundo dijo: yo me quedo sin pellejo, pero voy.

Óyelo bien, lector: nueve pesos por entrada á sombra!

Nueve pesos grandes, relucientes y redondos como ojo de buey.

Pero el empresario fué tonto; pudo haber puesto nueve mil, que para venderse á los negreros sobraba gente.

La víspera de la corrida nadie pudo dormir; á las tres de la mañana las calles estaban llenas de gente, porque era imposible seguir dando vueltas en la cama.

¡Y vamos á ver á Mazzantini!

¡Pero es esto creíble!

¡Tamaño dicha para los mortales, y para los mortales de México!

Algo como la repetición de los portentos del Sinaloa.

¡Cómo sería capaz de resistirlos la vista humana!

Y sin embargo, nada más cierto.

El Presidente de la República tomó palco.

Figúrense ustedes lo que sería aquella plaza á las dos de la tarde. Esas dos de la tarde que dilataron un siglo en llegar.

Por fin, cada quien se instaló, necesitando darse pellizcos y otras pruebas semejantes de afecto para convencerse de que no estaban soñando.

Antes de proseguir, debo hacer constar que el público estaba dividido.

La clase media y la alta es mazzantiniista, y la clase baja poncianista á muerte.

Por fin, llegó la hora, un poco retrasada, porque el señor Presidente tardó un cuarto de hora.

Presidía la corrida el Sr. Teresa, miembro del Ayuntamiento.

Se abrió una puerta, y apareció el alguacil, que según es costumbre en las cuadrillas españolas sale á pedir las llaves. Atravesó la plaza el ginete en un magnífico caballo andaluz, que manejaba á la perfección. Ese alguacil es uno de los mejores ginetes que ha visto México, pero los poncianistas le pegaron una silba de lo que hay poco.

En seguida la cuadrilla *partió* la plaza.

Los poncianistas gritaban *muerns*, que es preferible no comentar.

Salió el primer toro.

¡Ay, lector mío! ¡Cómo haré yo para decirte lo que era ese toro!

Un costal de marmaja sobre cuatro estacas. Al primer piquete que le dieron, levantó el rabo como para espantarse una mosca y se puso muy tranquilo á lamer el salitre de la muralla.

Luego se puso á buscar pasto, sin cuidarse de los toreros ni de cosa parecida.

No había poder humano que lo hiciera impacientarse.

Animal más sinvergüenza no lo he visto en mi vida.

Lo más que se logró fué que levantara la cabeza y que apretando las arcas contra la barrera se quedara viendo á los lidiadores.

No tuvo valor para más.

Mazzantini estaba pálido como el día en que lo han de enterrar.

Pero no hubo remedio, aquella bestia se dejó hacer cuanto se le dió la gana, se amparó por pobre y se declaró insolvente.

El otro, idem, idem.

El otro, lo mismo.

El otro, no hay para qué recomendarlo.

El otro, tal sería que formó la reputación de sus antecesores.

Sucedía como con nuestros gobernantes: cada uno es peor que el anterior y mejor que el siguiente.

Ya no era posible soportarlo y fué preciso llevarlo y devolverlo á sus patrios lares.

Volvió á abrirse el toril y ¡quién piensan ustedes que salió!

Un toro, es claro.



Pero era el mismo toro que habfan metido ántes.

Aquí fué Troya.

¡María Santísima, lo que se volvió la plaza de toros!

Sillas, barandales, tejamaniles, cuanto era posible arrancar con las manos, comenzó á volar al redonde!

Mazzantini cogía las sillas que caían cerca de él y se las estrellaba al toro en la cabeza, con tal furor, como si aquel pobre alma de cántaro tuviera la culpa de que lo hubieran sacado de la ordena para irlo á poner frente á una eminencia.

El público se enloqueció y acabó con la plaza.

Después de arrojar sillas al redonde!, siguió arrojándolas á la calle, y cuantos peladitos y ensabanados acudieron atraídos por el escándalo inferior corrían muy contentotes con su par de sillas en cada brazo.

De modo que se hizo una obra de caridad ajuarando las accesorias.

El público gritaba con todas sus fuerzas:

¡¡*Muera tranca diaria!*!

Porque se sabía que éste había dicho: "Al fin es la última corrida; demos *un palo*."

¡¡Qué se presente *tranca diaria!*!

Pero *tranca diaria* se había escondido.

Yo no lo sé; pero con ese nombre se designaba al anónimo empresario.

El cuento es que no dejó ni polvo de rastro.

Fuera de la plaza, el pueblo apedreó el coche de Mazzantini; un bárbaro de á caballo iba ya haciendo hondas la reata en el aire y tras del carruaje, que era una carreta abierta, para lazarlo. Habo necesidad de que algunos gendarmes á caballo, fueran á todo escape, custodiando el coche. Multitud de descalabrados, pisoteados por las patas de los caballos, por los coches de particulares y toreros, iban como alma que se lleva pingo sin detenerse ante los pelotones, mujeres que lloraban, lluvias de piedra, tal era la escena de la calle.

Y allí paró el cuento.

Y ese es el espectáculo de civilización, virilización y honesto entretenimiento, con que ha dotado á esta capital el ilustre Congreso.

Debe estar que revienta de satisfacción ante su obra. Entre otras tiene ésta el secreto de robar al público.

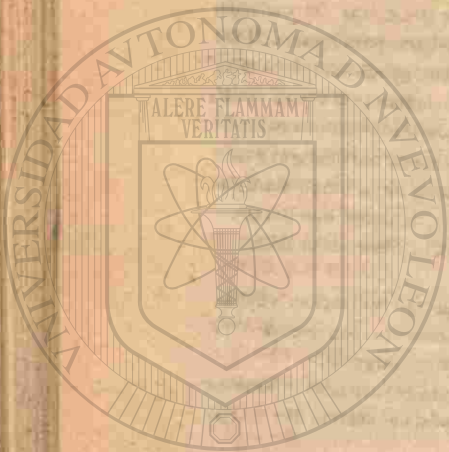
Por lo ménos *tranca diaria* sacó sus cincuenta talegas de pesos.

¡Qué dicha!

Con que por ahora no tienen ustedes más novedad.

(El Tiempo del miércoles 23 de Marzo de 1887.)

PLATEADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**E**l Partido Liberal correspondiente al martes próximo pasado, publicó un artículo de diez columnas, para demostrar que no existe en México prensa de oposición.

No tengo que ponderar á vdes. el trabajo, los sudores, la asfixia que me habrá costado engullir esas diez columnas íntegras, con sus dos tercias de largo, porque desgraciadamente *El Partido* no tiene folletín.

Las posturas que he cambiado, las miradas con que á cada paso recorría lo que me faltaba, el dolor de colegial que no tarda en clavárseme en el costado, el sabor á medallita, etc., etc. La empresa de leer un artículo semejante, se queda para sufrido y no para contado.

Pero ello es que como Dios me dió á entender concluí la lectura, y me acosté sin poder dormir de cansado, como el que ha recorrido veinte leguas á pié.

Ese articulote ha sido como la prima que *El Partido* da á sus suscritores (!!), como el traje de



estreno en Juéves Santo, como la gran sorpresa que preparaba al gobierno, para decirle táctamente: "Tío, ya ves que se trabaja....!" y para que el Señor Ministro les dijera: "Bien, bien, chicos, ¡ha estado bueno esto!"

— "Favor que vd. nos hace, señor Ministro."

— "No, no, ya veremos..."

¡Figúrense vdes. qué golpe tan maestro!

¡Derribar de una plumada á todos y cada uno de los periódicos libres que se publican en México!

Este ha sido un palo de ciego, un ángel exterminador que pasó el miércoles por las imprentas de la Capital, un cólera morbus fulminante que en dos por tres nos mató de un calambre. Ya me figuro cómo habrá amanecido el autor de gordo y de satisfecho. Andará que ni la tierra lo merece, escupiendo de dicha, saludando con los ojos, si es que saluda, y echando un salero por Plateros, que ¡válgame Dios! Y todo esto porque escribió diez columnas y soltó la grande á la prensa. Entre los periódicos subvencionados se mide el mérito de los artículos por el tamaño, porque el caso es llenar. De modo que este del miércoles se habrá sacado el premio gordo.

Pero vamos al caso.

El Partido comienza asentando como cosa evidente que no existe prensa de oposicion en México, y emplea diez columnas, pretendiendo demostrarlo.

¡No les parece á vdes. que es locura pretender demostrar, y con demostraciones de á kilómetro, lo que es evidente!

No he de ser tan cruel que me ponga á contarle al lector del *pé* al *pá* todo lo que dice ese archifático, porque sería cosa que nos darían las doce de la noche en el cuento; voy nada más á formar un extracto de la parte que consagra al *Tiempo*, porque, inútil es decirlo, *El Tiempo* es el que peor sale en la revista, y primero hubiera *El Partido* dejado la subvencion que olvidábase del *Tiempo* en su caciuda.

Mejor, á mí me gusta mucho que rabien; esa es señal de que están agraviados, y esto á su vez señal de que algo se ha hecho.

Después de muchas ocurrencias, como hoy se llama á los disparates después de asegurar que en México no hay periódicos de oposicion, porque no son como los del extranjero, esto es, porque no representan agrupaciones políticas que se disputan el poder; después de ascutar que en el país no hay partidos, que no existe más que el *partido liberal* (cosa chistosísima, pues no comprendo cómo puede existir un partido sin que existan otros, según es manifiesto); después de asegurar que en las grandes cuestiones que han surgido en la República, la prensa de oposicion no ha dicho una sola palabra sensata, sino que han sido resueltas

por los periódicos subvencionados; y después de calificar ese hecho de *cosa rara* (como quien dice: lo raro es que el periódico subvencionado sea inteligente); después de arremeter contra *El Monitor* arremete contra *El Tiempo*.

Sólo Dios sabe el susto que me dió ver esta palabra por separado; y digo así, porque la palabra *Tiempo* no se le cayó de la pluma al articulista en ninguna de las diez columnas.

Al combatir al *Tiempo* no cita á ningún otro periódico; en cambio el nuestro sale á bailar, á cuando se trate de cualquiera otro.

Esto es mejor aún.

Comienza diciendo que según confesión propia no pertenecemos á ningún partido, pero que no por eso *El Tiempo* es tirador franco; es órgano (añade) de una cofradía que ni olvida ni perdona. *El Tiempo* no es tirador franco!

Pues ¿qué entenderán éstos señores por franqueza?

Si no lo es decir las cosas con todas sus letras, con toda su verdad, como la dijimos cuando habíamos libertad de prensa, entonces que nos fusilen, pues ya no falta más que eso.

En cuanto á lo de la *cofradía*, acusamos recibo de la calumnia y nada más; porque lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente se niega.

Lo gracioso es que el articulista, llama(nos)le así,

no cesa de reprobarnos lo que él apellida injurias, y nosotros y el público todo, *verdades*. Y en cambio, nos llena de insultos desde el principio hasta el fin.

Para poner de manifiesto la grande inconsecuencia del articulista, me había propuesto copiar todos los insultos que consagra al *Tiempo*, pero desisto de tal idea, porque son dos columnas y media, literalmente llenas de injurias.

Con sumo trabajo he podido entresacar unas cuantas frases que tienen viso de argumento, á fin de refutarlas.

Hélas aquí:

1º “Una de las muletillas más frecuentes del diario evangélico es, la opresión en que el gobierno tiene aquí al clero católico, á ese clero que nunca ha sido ni más libre, ni más respetado. Verdad es que *El Tiempo* no aduce jamás un hecho que pruebe esa tiranía.”

Contestación: hemos aducido oportunamente, entre otros, estos hechos: el señor cura de Amecameca fué reducido á la más arbitraria prisión, porque no pudo impedir que unos cuantos indios suhieran con vela en mano al *Sacromonte*; y esto cuando la autoridad tenía fuerza armada para impedirlo, y no lo quiso hacer; y cuando es público y notorio que el referido señor Cura, ni personal-



mente ni representado por algun otro sacerdote, tomó parte en el hecho. Y á tal grado llegó la tiranía, que el defensor nombrado por aquel señor Cura, fué puesto igualmente preso, *por el hecho de ser defensor.*

Otros señores Curas corrieron la misma suerte.

El señor Cura de Señor San José, fué despojado de su casa, que expresamente exceptúa la ley de toda acción para ser adjudicada.

El señor cura Fernandez Mangas fué insultado y perseguido impunemente por los liberales de su feligresía, segun documentos que publicamos oportunamente.

Esta es la hora que no se castiga al asesino del señor Cura de Cuapixtla, cuyo asesinato fué perpetrado á la vez que el de Eymin.

*El Partido Liberal*, como lo manifestamos en su oportunidad al Agente del Ministerio Público, excitó á un ciudadano á asesinar á un señor cura.

¡Bastan estos hechos!

Suponemos que sí, pues el articulista pedía uno, y ya vé que aducimos muchos. Y cuente con que no lo hacemos hoy, sino que lo hemos hecho á su tiempo, de manera que el referido articulista ha dicho una doble mentira al asegurar que no hemos aducido un solo hecho.

2° "Que hemos defendido la invasion extranjera."

¡Cuánto clausmo!

3° "Que son sacerdotes los redactores de *El Tiempo*."

Mentira que ya no tiene chiste.

4° "Otra de las muletillas del diario piadoso es la *mano de la masonería*. *El Tiempo* vé esa mano en todos los actos gubernativos y hasta debajo del sillón del presidente."

Exactamente; y demostrar la verdad de esa muletilla, es el objeto de nuestras "Cartas al Pueblo," con la diferencia de que en vez de estar esa *mano debajo* del sillón presidencial, está encima de ella, á la misma altura que la del señor Presidente.

Y de la demostracion de esa muletilla, sacará más provecho el pueblo de lo que el articulista se figura.

5° "Que lloramos gruesos lagrimones sobre la tumba del imperio."

Falso de toda falsedad, y puedo citarnos *El Partido*, cuándo y cuántos y dónde.

Esto es lo eficaz. Sin embargo, debemos recordar que en presencia del actual estado de cosas, los liberales que no recibían dinero del tesoro público, sí han llorado sobre la tumba del imperio, allá en la redaccion del *Correo del Libres*.

6° "Que sentimos amor platónico por los que publicaron el decreto del 3 de Octubre de 1865."

No, lo que sentimos es que ese decreto no se hubiera aplicado á tantos bandidos, que con pretexto de defender á la patria, cometían toda clase de crímenes diariamente, en las haciendas, los caminos y las pequeñas ó indefensas poblaciones.

"El Tiempo, azuzador y patrono de los motines estudiantiles de Noviembre de 1884, tuvo acerrados dardos, á falta de buenos argumentos, de los cuales siempre escasea, para los decretos de Junio. Pero ha aplandido *in petto* los 1,128 millones y pico que costó la traida de cierto manto de púrpura de los cuales millones sólo llegaron á México 30 ó 40."

Del primer cargo sólo diremos que quisiéramos arrobas, toneladas, pues debido á esos motines no se llevó á cabo el nuevo contrato Noetzlin.

La ciudad que se fluminó el día del triunfo, la República toda que aplandió con energía inusitada nuestra conducta, serán las que contesten esa acusación que nos hace *El Partido*. Lo repito: que vengan á toneladas; hay sugeto.

Al segundo cargo, iba yo á pedir al *Partido* que exhibiera las pruebas, los hechos de que hablamos aplandido esos 1,128 millones, que por otra parte envuelven una calumnia; pero tropecé con estas dos palabras que desbarataron todo mi plan: *in petto*.

Es decir, entrándose á nuestra conciencia privada dice que *interiormente* aplaudimos, etc.

Pues aquí sí me estrellé.

En esta época de hipnotismo, *El Partido* adivina lo que sentimos y lo que pensamos.

Pues no tenemos manera de combatir esa *adivnación*.

¡Sobre qué ha adivinado!

No teniendo una sola de nuestras palabras en qué apoyarse para hacernos tal acusación, dice:

"Bueno, *El Tiempo* escribe lo contrario, pero *in petto*...."

Eso sí no tiene contra.

Doblo las manos, y adelante.

8º "Pero ¡hace *El Tiempo* verdaderamente la oposición al gobierno del general Díaz! ¡Lo hemos dicho así! Pues rectificamos. No, *el Tiempo* no hace la oposición á este gobierno: se la hace á la luz que ofusca y deslumbra los ojos, configurados para vivir en las tinieblas, y que le obligan á meterse en los carcomidos machinales del pasado;" (siguen cincuenta líneas de injurias).

Primera verdad que encontramos en todo el articulo: "El *Tiempo* no hace la oposición al general Díaz." Exactamente: no es al general Díaz á quien hacemos oposición.

Así como no tenemos candidatos, tampoco te-



temos blancos de ataque. Combatimos los hechos.

Si combatir al gobierno, significa combatir al general Diaz, es tanto como asegurar que este es el gobierno, el Estado, es decir, un Monarca.

Con lo cual le hace *El Partido* la más grave injuria, que algunos incautos pudieran tomar como una confesion.

Por último, para cerrar, con broche de oro, su sermón al *Tiempo*, concluye el articulista con el siguiente argumento, que ni tiene ni ha tenido ni puede tener rival en la tierra:

“Pero tambien *El Tiempo* hace la oposicion á la Divina Providencia, porque *El Tiempo* es un diario sacrilego.

“¿Lo dudan nuestros lectores? Pues escuchen: segun las doctrinas del órgano piadoso, no se mueve una sola hoja en el árbol sin la permission de Dios, es decir, que no sucede nada en el mundo sin que El lo consienta y quiera.

“¿Y qué hace *El Tiempo*? ¿Se conforma con la Voluntad Divina, que ha permitido que la idea liberal germine escandalosamente y que los infames liberales sirvan de azote y de castigo al mundo, para que el mundo expie los crímenes que cometieron otras generaciones muy amigas del evangélico diario?

“¿Que se ha de conformar! Combate iracunda-

mente esa voluntad, y grita y patea como un chiquillo mal educado, y vocifera que lo que sucede en el mundo, porque Dios lo quiere y lo dispone, es la infamia de las infamias.”

Consecuencia: oídla bien, señores predicadores. Abajo los púlpitos; idos á vuestras casas. Existen los pecados, luego Dios los permite; no los combatais, no enmendeis la plana á Dios. ¡Qué sacrilegio! ¡Eso es hacer oposicion á la Divina Providencia!

Digo, pues, que en los años que cuento de vida no había oido un argumento más contundente.

Si hoy no reviento, que me dé el cólera.

¡Que se cierren los tribunales, que se rompan los Códigos, que acabe todo lo que tiende á corregir el mal!

¡Dios lo permite!

Esto vale una copa.

¡De qué la toma vd!

Con que ya le dí gusto al *Partido*. Publicó su articulazo, con el exclusivo objeto de verse combatido por la prensa, que ya lo había olvidado.

Se dijo: “es seguro que cada periódico saldrá á su respectiva defensa.”

Yo tambien sé leer lo que hay *in pello*, y ya le dí gusto.

Espero mi gala.

(*El Tiempo* del viernes 25 de Marzo de 1887.)

GURE.—TOMO II.—28



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XXIII

—“La franc-masonería está compuesta de las personas más honorables é inteligentes de todo el mundo.”  
(Palabras dichas aquí entromos.)

COMENCEMOS por que la madre era la mujer de cara más fea y alma más hermosa que ha existido en el mundo.

Y sin embargo, se casó.

Dicen que los hijos son la bendición del matrimonio; pues bien, Dios bendijo á esta señora con las dos manos á un tiempo, es decir, que dió á luz gemelos.

Los conocí en la escuela, y puedo asegurar que es lo que más ha absorbido mi atención en la vida, incluso la impunidad de los pícaros en este país, incluso la aurora boreal, incluso el cólera.

Nunca he podido olvidarme de ellos. Los he soñado más veces que las que ha soñado Marcial Pérez que derrota á D. Porfirio Díaz, y las que ha soñado todo hijo de vecino que se encuentra dinero.



¡Y con razón! Aquellos dos seres humanos eran perfecta, matemáticamente iguales; pero no como suelen serlo todos los gemelos, sino como nunca lo serán dos gotas de agua, dos monedas del mismo troquel, dos caracteres impresos con el mismo tipo.

¡Qué, si aquello no es ponderable! Exactamente el mismo cuerpo, exactamente la misma cara, exactamente el mismo color.

A ser tres, y verlos de improviso, creería uno que se le había aparecido la Trinidad.

Para unos entendiendo, diré que uno se llamaba Geromo y el otro Gerónimo. La verdad es que los nombres se permutaron, y nunca ni por nadie pudo saberse, quién era Gerónimo y quién Geromo. La madrina, al llevarlos á bautizar, les ató un listoncito verde en la muñeca de la mano al que debía llamarse Geromo, y uno solferino al que debía ser Gerónimo; pero adivine vd. cómo se les cayeron los listoncitos en el camino, y le acudieron tales ansias á la pobre madrina, que no pudiendo más, se acercó á la cama de la señora y le dijo: "pues, en fin, aquí tiene vd. á Gerónimo y á Geromo."

Tenia el uno una berruguita negra en el extremo de la oreja derecha y el otro también la tenía de idéntico tamaño y color y matemáticamente en el mismo lugar.

Los dos nacieron con el juanete en el pié izquierdo salido; vamos, era imposible, metafísicamente imposible, distinguirlos.

Un día, ocurriósele á su padre vestirlos de distinta manera, pero es de suponerse que también se barajaban los trajes, y que Geromo se ponía el de Gerónimo, porque estaba más nuevo, y como era impracticable el demostrar á este que no era suyo aquel vestido, pues si la vez pasada quedaban en que el del traje verde era Geromo y el del negro Gerónimo, una vez desnudos, sólo Dios podría decir quién era quién. ¡Y qué frascas se armaban, porque el que designáremos definitivamente con el nombre de Gerónimo, era lo que después sabrán vdes., y constantemente estaba aprovechándose del cuidado y aseo de su hermano para quitarle todo lo bueno!

Así es que el padre, desesperado un día de aquella cruz que Dios le había puesto, en la ecuación humana que le dió por prole, determinó cortarle á uno de los dos, al que primero se presentara, la punta de una oreja, á fin de poderlos distinguir.

Por sus negras desdichas, se presentó Geromo<sup>®</sup> y fué mutilado. Quedó mocho para toda su vida. Pero ¡ay! que el consuelo duró un día, pues los muchachos de la escuela, sabiendo lo que pasaba, con una habilidad increíble, le cortaron al otro la misma punta, y de idéntico tamaño. Cuando el

padre volvió de la calle, ya estaban los dos muchachos. No pudo ménos de sentarse á llorar, y después que se desahogó decía: "pues que se haga la voluntad de Dios." La diferencia mayor, mejor dicho, la única que logró establecer, fué la de preguntarle al uno: ¡quién te cortó la oreja! Si el muchacho decía: "los muchachos," era Gerónimo, y si contestaba: "vd. papá," era Geromo.

Pero el lector discreto y avisado comprenderá las trampas que harían aquellos muchachos para escaparse de los castigos, pues cuando alguno cometía alguna falta, lograba su impunidad con solo decir: "Vd. papá," ó bien: los "*muchachos*."

Y era de ver cuando el uno frente al otro disputaban el origen de su mochera. Dos veces vi esa escena en la escuela, y no sé cómo no reventé de risa.

El maestro acabó por cruzarse de brazos ante aquellas figuras indiscernibles; y cuenta con que desde el primer día que los muchachos ingresaron, constituyó el estudio favorito del *domine*, el saber distinguirlos. No pudo lograrlo, y dió por bien empleado prescindir de la empresa que podía volverlo loco.

Lo que hizo fué establecer por regla el castigarlos indistintamente, fuera quien fuese el que había perpetrado la fechoría. Comenzó por abolir la dualidad de nombres, y les llamaba á los dos Gerónimo.

— "¡Ven acá!"

— "Señor, que yo no fui, fué mi hermano!"

— "Es lo mismo."

Y azotes con él.

Esta inaudita, pero hasta cierto punto disculpable crueldad, fué adoptada en la casa de los *cuales* con la dolorosa diferencia de que el padre les festejaba á los dos, por el que hubiera sido el culpable.

A cuántas equivocaciones, barbaridades, disgustos, chascos y gregoritos daría lugar semejante fenómeno, sería obra de muchos tomos relatarlo.

El padre no tuvo más hijos, y á la hora de morir, expresó estas palabras como un resumen de lo que había meditado toda su vida: "La obra más sabia de Dios, es la diferencia de caras de los hombres entre sí."

La identidad de sus hijos lo llegó á exasperar tanto, que hay quien crea que le costó la vida.

Pero, á pesar de esa identidad física, había una verdadera contradicción moral é intelectual entre ambos. Geromo era poderosamente hábil; su corazón era hermoso, amaba á todos; se dolía, con lágrimas, de sus enemigos, perdonaba las más negras ofensas, con una facilidad pasmosa. No es posible definirlo mejor: *perdonaba*. El perdon es



la bondad, es la fé, es la caridad, en su conjunto más sublime. Jesucristo perdonó en la Cruz para probar su divinidad. El que no perdona no tiene nada de Jesucristo.

En tanto, Gerónimo era una verdadera bestia por lo que hace al entendimiento, y una especie de demonio por lo que hace al corazón. Rencoroso, matrero, envidioso, cuando no envidioso! sa berbio, ratero de siete suelas, y cínico á veces y á veces hipócrita de no sé cuántas maneras: en una palabra, lo que hoy se llama un *espíritu fuerte*.

Cuanto Gerónimo era valeroso, su hermano era cobarde, miserablemente cobarde, es decir, altivo con los pobres y humilde, ó mejor dicho, rastrero, con los poderosos y altivos.

Flojo como una tortuga.

Acababa de salir de la escuela, cuando murió su padre, y la infeliz señora, desecada á cóleras, aflicciones y reclamaciones que le venían de todas partes, jamás pudo dedicarlo á nada.

La carrera de los flojos en este país es la de revolucionarios; y digo flojos, no porque no *corran*, sino porque corren huyendo, á la vez que del enemigo, del trabajo. De modo que Gerónimo pensó en esto, pero su cobardía era tal, que con todo y el propósito firme de huir siempre que se presentara el menor peligro, no pudo resolverse. Entonces abrazó la política, en el sentido neto de esta palabra, ó inútil parece decirlo, se hizo liberal.

¡Ah, pero un verdadero liberal! Le hervía la boca con todo eso de *libre pensamiento*; porque á no tener ninguno, le llaman tenerlo *libre*, como sucede también con la *libre conciencia*. En dos por tres aprendió al dedillo el texto, es decir: *noche de San Bartolomé, inquisición, frailes, tiranía, retrógrados, oscurantismo, emancipación del hombre, siglo de luz, razón humana, progreso*, y cuanto ustedes oyen día por día.

A la semana de ser liberal ya no tenía ni *rey* ni *roque*. Empezó á adular á los ministros, á hacer zanjás en aquellas escaleras de Palacio, por las que, según la frase del infelizmente Plaza,

“Los bajos *suben* y los altos *bajan*,”

comenzó á despabillar bienes del clero, á blasfemar en los periódicos, á intrigar, á pronunciar discursos, á lo ménos él les daba ese nombre.

A armar escandalitos, á desafiar en grande, porque ya comprenderán ustedes que á un cobarde escandaloso, no le queda más remedio que desafiar.

Lo ménos se desafió cincuenta veces, y en todas ellas no sacó ni un piquete en el dedo índice y un soberano rasgón en cierto lugar que se encargaron de cubrir los faldones de la levita. Todos los demás duelos se desenlazaron en francachelas de fonda, si no es que la policía *llegaba á tiempo*, por-

que el señor gobernador había tenido aciso oportuno.

Cuanto yo diga á ustedes de la opulencia de Gerónimo en tres años, parecería increíble, si esta sufrida capital no estuviera acostumbrada á esas ascensiones aerostáticas en el espacio inmensurable de nuestra paciente abyección.

—Pero ¿de dónde ha cogido el *cuate* (que así llamaban á Gerónimo) esa suntuosísima casa, hecha de mármol, hierro, maderas preciosas y cristales de una pieza? decían las gentes.

—De sus negocios, respondía un periódico, pues, ¿por qué un hombre público no ha de tener negocios!

—De Don Prudencio, decían los *chuelistas*.

—De nuestra bolsa, decían los empleados y acreedores de la nación.

—Del libre pensamiento, decía yo para mí.

Y ¡qué carruajes!

¡Qué librea!

¡Qué servidumbre!

¡Qué banquetes!

¡Qué brillantes!

Casas por los cuatro vientos; haciendas, ni se diga; acciones en los bancos, para dar, prestar, y, sobre todo, jugar, porque el *cuate* tupía de recio, sin lo cual estaría trunco.

Iba todas las tardes al paseo en un coche que

hacía estremecer la estatua de Carlos IV. Su camisa, abotonada con brillantes que reflejan mil cardillos irritados por toda la calzada. Sus corceles echan vapor capaz de mover una locomotora; y él va como un gran señor, con un boca abajo *lo do el mundo*, que de veras se siente uno compungido.

En fin, es una alta persona, el terror de los enemigos del gobierno, y el orgullo de sus cofrades, porque si exceptuamos el que no sabe leer, y otras cosas por el estilo, es hombre que no tiene *pero*. ¡Ah! se me pasaba decir que es grado 33.º ó poco ménos, pero si acaso muy poco ménos.

Entre tanto, Geromo estudió para abogado. Obtuvo el primer premio en todas sus cátedras; se hizo de un renombre y se rodeó de un respeto tan universal que sus propios maestros le consultaban. Aún no había concluido su carrera cuando ya formaba parte de juntas en que figuraban hombres como Rodríguez de San Miguel, Couto, Lanza y otros. Mientras él permaneció en las aulas, ni por mal pensamiento le ocurrió á un estudiante el disputarle el lugar.

El día de su recepción, fué de gloria para la Universidad: asistieron todas las notabilidades jurídicas, que pidieron, como se pide la continuación



de un placer, que se prolongara el examen otra hora, y luego otra. No hay para que hablar del éxito. Pero ese día, Geromo se preparó oyendo misa, y en su oración dijo estas palabras á Dios dirigidas: "No permitas que jamás defienda yo la injusticia."

¡Ay! esas palabras pronunciadas bajo este cielo, *¡De un purísimo azul como el zafiro,*" significaban exactamente esto: "No permitas que jamás coma yo."

Una vez venido á la vida pública, Geromo notó que sentía hambre.

De los que tienen justicia pitean pocos, y de esos pocos, le tocaba á Geromo la vigésima parte; pero en fin, vivía.

Tuvo la fatal ocurrencia de tomar parte en la política, ocurrencia á lo ménos disculpable en quien no puede ver con ojos serenos que se lleva gestas á la Patria.

¡Pobre de Geromo! cierto día, ante la insolente y rápida improvisación de una fortuna, mejor dicho, de fortunas pecunarias y políticas, él, que nunca escribía versos, cometió la torpeza de publicar el siguiente soneto:

"Esporo, ese poder, esa grandeza  
Con que el hado feroz te engolosina,

Si añagazas no son á tu ruina,  
Serán castigo á tu mortal vileza.

Tú, encenagado en súbita riqueza,  
Te huelgas torpe en su engañosa ruina,  
Y tanto en ella tu ambición te emplina  
Que, ó la nuestra peligra ó tu grandeza.

No es Dios injusto, no; jamás consiente  
Gloria al malvado; ni elevado empleo  
Sin causa al necio, permitir le pliego.

Tu grandeza es patíbulo eminente.

Si á su cima no subes como reo,

Subes ¡mira qué horror! como verdugo."

¡Santa Bárbara! ¡allí cayó el rayo! Eros inofensivos catorce renglones, fueron los catorce *considerandos* de su sentencia de muerte; porque bajo el imperio del libre pensamiento, existe la libertad de pensar, pero con la condición de enmudecer, y respetar lo malo.

Geromo emprendió su calvario, por donde solo suben los hijos de Dios.

Todavía hace un mes lo encontraba en la Calzada de Colon, haciendo su ejercicio, que es la medicina de los pobres, por lo ménos la única que pueden aplicarse.

Flaco, amarillo, mugriento, habría tenido por

jujo, la camisa y zapatos viejos del último criado de su hermano.

Ha apoyado en el hombro de un joven, que era su hijo, y más anónimo que él, si es posible.

Repetidas veces resisti al deseo de saludarlo, ante la consideracion de que no habría de acordarse de mí, hasta que una mañana, cuando advertí, ya le había dicho:

—“Adios, Geromo; ¡ya no te pareces á tu hermano!”

—“Por cierto que no, contestó reconociéndome.

—El está gordo, fresco, rico, y yo amarillo, flaco y en la miseria. El anda en coche de charol, y yo ando en demandas del carnicero; él tiene palacios, y á mí me expulsan hoy de una pocilga de á cuatro pesos; él tiene cincuenta lacayos, y yo iré ahora á buscar destino de tal. En una palabra, no nos parecemos ni en lo blanco de los ojos.

Aquel hombre estaba sonriente; lo marchito de su rostro contrastaba con la lezania de un corazón nuevo y lleno de sangre.

La amarillez era de anemia, pero de esa anemia que viene del hambre y no del vicio.

La majestad de su miseria hacía bajar los ojos; a sublimidad de sus harapos me impulsieron un respeto de confusion. Aquel era un *hombre*, en el gran sentido de esta palabra, degradado por los grandes.

Mi adoracion crecía, mientras más hablábamos. Chispeante, alegre, tranquilo como un niño que duerme; dulce como la caridad, enérgico como la justicia, apartado de la tierra como la esperanza! ¡Qué hombre!

A los dos minutos ya lo amaba más que en la escuela; deseaba ser su hermano.

Al despedirnos, una lágrima espontánea é inevitable bañó mis ojos, porque el corazón me dijo: “Este hombre va á morirse.”

No lo volví á ver en el paseo, y acudí á su casa. Había sido expulsado é ingresó al hospital.

Su esposa é hijos se hospedaron en la casa de una buena familia.

Esta pobre señora envió un recado á su cuñado, manifestándole la miseria en que se hallaba, y pidiéndole un auxilio; el gran Gerónimo contestó estas dos palabras, que son las que Dios hace escribir en el infierno, frente al cepo de cada rico egoísta: “NO PUEDO.”

Hace ocho dias que murió Geromo en una cama del hospital.

La viuda, ahogada de dolor, sin un centavo para enterrar el cadáver de un ser tan querido, en una fosa que no fuera la *fosa comun*, domó el amor propio, la pena del desdénado, los mil sentimien-



tos que había de domar, y envió á su niño con un recado al *gran señor*, pidiéndole veinte reales para una caja de ocote y otros veinte para un sepulcro de sexta clase. El niño volvió diciendo: "dice mi tío que está durmiendo."

No faltó quien diera sepultura á ese cadáver.

Lo llevaban cuatro hombres de camisa; tras él iban derramando lágrimas de dolor un cortejo humilísimo; la caja era pintada con humo de ocote; la tarde nublada y excesivamente airosa; los lutos de aquellas gentes, verdosos y raídos; yo veía pasar esto delante de mi ventana, á la sazón que en un periódico leí:

"Los hombres más honorables y hábiles del mundo, son los que forman la franc-masonería."

No faltará quien diga que esto es un cuento, pero sobrará quien afirmo haber visto y ver aún muchos *Gerónimos* y otros tantos *Geromos*.

Eso es lo que importa para juzgar de éste asunto de las honorabilidades masonicas.

Y con la vènia de ustedes, aquí cae el telon.

(El Tiempo del martes 5 de Abril de 1887.)

~~XX~~

Si yo fuera lector de este diario, diría: "¡Qué periódico tan terco! ¡Dos, veinte, cien veces la misma cosa!"

¡Ay, lector, si tal idea te ha pasado por aquí, te ruego que suspendas tu juicio y te pongas en nuestro lugar.

Estas gentes no entienden, estas gentes sólo entenderían á palos, lo cual, ya lo sabes, ni se puede ni se debe. ¡Qué harías tú, si tuvieras que tratar diariamente con un grueso haz de bárbaros!

Dice uno, *verile*; y le contestan, *negro*. Refiere uno hechos, verdades, principios más evidentes que esta luz que nos alumbrá, y niegan unos y otros, no digamos ya con sangre *fría*, sino caliente, pues se indignan y bufan, y ponen á uno como nuevo.

Se alegan documentos auténticos, documentos intachables; se arguye, se deduce, y cuando ménos lo piensa uno, salta la *contestacion*; es decir, algo que es todo, ménos contestacion. De aquellos ar-

gumentos, deducciones, datos, etc., etc., ni palabra.

Ellos fingen argumentos que nadie ha alegado; muy débiles, por supuesto, para combatirlos á su sabor y hacerlos mil pedazos.

Y exclaman con una froscura, que dan ganas de beberse á las tres de la tarde: "*El pueblo con su buen sentido, se ríe de esos utiques!*" O bien: "la sazón cada día más complacida del gobierno. . . ." Ó de este modo: "*Nadie se atreverá á negar que el sentimiento público ha recibido una impresión muy grata con la lectura del discurso presidencial.*"

Contéstame, lector: ¿qué hace uno ante semejante chisnot?

No; si esto es para reventar.

Digan otros lo que quieran, pero de mí debo declarar que si me encolerizo y que estoy dejando el hígado en cada "Guerrilla."

Pues allí tienen la razón de nuestra terquedad.

No oyen; pues gritarles.

No entienden; pues repetir.

Se quieren salir por un agujero; púda, aquí no estás!; Aquí cantas ó te ahogas, que para eso me costó trabajo pescarte del ganote!

Y si chillan, que chillen.

Y si echan denuncias, que lluevan. Este es mi macho, aunque más valga un burro negando, que Santo Tomás probando.

¡A ver quién se cansa!

Hoy se trata del *discurso presidencial*.

*El Partido Liberal* ha salido á su *defensa*; pero ya saben ustedes lo que debe entenderse por esa palabra.

*El Partido* y yo tuvimos contradictorios presentimientos.

Yo presentí que no había de defender el Mensaje presidencial, y él por su parte, comenzando su artículo del domingo, dice:

"*Sin que podamos decir con seguridad por qué, nos hablamos imaginado que el Mensaje leído por el señor Presidente de la República en la apertura de las actuales sesiones del Congreso de la Union, nos obligaría á sostener algunas polémicas con los adversarios del gobierno.*"

Con que, vamos á ver quien tuvo mejor presentimiento: si yo, de que no había de hacer *defensa*, ó él de que había de hacerla.

Pero no es posible dejar pasar en limpio ese encantador "*sin que podamos decir con seguridad por qué. . . . .*"

Yo sí lo puedo decir.

Es muy obvio; porque allá en el rincón del alma habita un chismoso que no cesa de hablar, que con una indiscreción irremediable dice las verdades más seguras, sin que nadie se las pregunte y por más que se le esté dando tapabocas todo el día.



Mejor dicho, es una *chismosa*, porque se llama la conciencia. Ese es el *por qué*, no encontrado de pronto por *El Partido*. Y es no solo el *por qué* de este caso, sino el de todos los insultos que nos dirige cuando le pegamos una de esas felpas que hasta ahora me saben. Y sobre ese *por qué* están cayendo con peso de tonelada las monedas del tesoro público.

Con qué vengamos á la defensa.

Hagan vdes. hígado, que ya comienza el gran apoteosis del cinismo.

Sigue hablando *El Partido*:

"Un documento como éste, en que con tanta *precisión y claridad* se presentan á la consideración pública *todos los puntos culminantes de la situación del país, definiendo el Ejecutivo su actitud y su política*, estaba llamado á sugerir consideraciones nuevas y nuevos motivos de ataque y de defensa."

Efectivamente: ya vieron vdes. con cuanta *precisión* y con qué *destambradora claridad* habló el Mensaje del asesinato del general García de la Cadena. Si respecto de Lizaldi no hubo tanta claridad, ni poca; si ni siquiera se le nombró, es porque ni coronelillo del tres al cuarto, no merece ni ser mencionado en el augusto santuario de las leyes; pues si la Constitución dice que "Los dere-

chos del hombre, son la base de las instituciones," también Espronceda dijo:

"Que haya un cadáver más,  
¡Qué importa al mundo!"

Y en este país, lo que diga Espronceda ó Perico el de los palotes vale mil veces más que lo que dice la Constitución.

Digo que es para sufrir un ataque de nervios la claridad y precisión con que el Ejecutivo definió su *política*.

Sobre todo, en materia de reelección y de prórroga habló claro y castizamente.

La *precisión* estuvo á la altura del *Partido*: "Todo marcha á pedir de boca."

Precisión tan notable, que en unos cuantos momentos de que dispusimos para leer el discurso, encontramos quién sabe cuántas contradicciones, expuestas en nuestro artículo respectivo.

Adelante:

"Así nos imaginábamos las cosas, y de propósito quisimos guardar silencio, en espera de las opiniones que en la prensa y el público más formalmente se formularan. (¿Qué tal castellano?) Debemos confesar, sin embargo, que nuestra *equivocación á este respecto ha sido completa*. Nadie se atreverá á negar que el sentimiento público ha recibido una impresión sumamente grata con la

lectura del importante documento de referencia, pareciendo que venía á confirmar una *ilusion*, una esperanza de que el país no se daba cuenta completa."

Este párrafo no tiene palabra perdida. ¡Qué lenguaje! ¡Qué lógica! ¡Qué cinismo!

¡Si no hay por donde comenzar!

Añade que guardó silencio en espera de las *opiniones* del público, que más *formalmente* se *formulasen*; agrega que la *impresion* del público ha sido *sumamente grata*, (es decir, el público ha formulado una opinión) y dice que su *equivocacion* á *este respecto ha sido completa*.

¡Pues esto es para volverse loco!

O el público formó opinión sobre el mensaje, ó no; si lo primero, cómo dicen estos señores que sufrieron una equivocación completa!

Si lo segundo, ¿qué sucedió con esa impresión tan grata!

En cuanto á que *nadie se atreverá á negar esa impresion*.... yo, que justamente soy *nadie*, me atrevo á negarla, como se han atrevido á hacerlo todos los periódicos libres de la Capital.

Podría en último caso decir al *Partido* que esa negativa es injusta, pero no que nadie la ha hecho, porque entonces *contra* quién viene á defender el Mensaje!

Pero en fin, adelante:

Recomiendo á mis lectores, con la recomendación más empeñosa, los siguientes párrafos:

"Pero todavía es demasiado eso. Basta recorrer la prensa opositoria. Seguramente el ánimo público se ha sentido ansioso de ver los periódicos adversos, pareciendo á algunos, sin duda, que tal vez no fuese del todo exacto lo que el Mensaje dice, ó que en las manifestaciones de ese documento hubiese lados vulnerables que naturalmente se escapan á los que no se consagran con especialidad á la política.

"La decepcion ha sido tremenda en este caso, porque si se necesitase demostrar que el Mensaje en cuestion peca de parco y modesto, no habria más que apelar á los periódicos opositorias. Nada nuevo, nada fundado, nada trascendental y eficiente ha sugerido á esos periódicos la franca y detallada exposicion del señor Presidente de la República."

Conque ya es otra cosa; conque ya la impresion causada en el público por el Mensaje no es tan grata, puesto que ya hubo dudas de que fuera del *todo exacto*, ó que tuviese *lados vulnerables*. Bueno es saberlo. Pero todavía es mejor que la decepcion de ese público haya *sido tremenda*.

Dejando aparte el galicismo *decepcion*, porque si á marcarlos vamos sería empresa de romanos, yo raelocino así:

Si el público se decepcionó al no encontrar en la prensa de oposicion, ningun ataque sólido y trascendental al Mensaje, es porque ese público tenía deseos, esperanzas, y aun *creencia*, en dichos ataques; y si el público tenía deseos, esperanzas y creencias, es porque no puede ver ni pintado al gobierno, pues de otra manera no se comprenden semejantes sentimientos.

Solo por un espíritu de hostilidad pudo el público abrigar tales deseos, y solo abrigándolos pudo sufrir esa decepcion; puesto que se decepciona uno de lo que desea, cree ó espera, no de lo que le repugna ó teme.

A nadie le ha ocurrido decir que se *decepciona*, cuando su padre se salva de una enfermedad de muerte.

Pero vamos con otra.

Dijo *El Partido* en el primer párrafo del artículo que vengo comentando: "Un documento como éste (el Mensaje) estaba llamado á *sugerir condiciones nuevas* y nuevos motivos de ATAQUE y de defensa," y al fin del que acabo de copiar dice que "nada nuevo ha sugerido á esos periódicos (los de ATAQUE) la *franca y detallada* exposicion del señor Presidente."

¡No digol! Cuando ménos, queda uno bizeo de leer tantas cosas al revés, tantas contradicciones.

Vaya una más:

Dijo tambien que sufrió una equivocacion al esperar la opinion de la prensa.

¡Qué diría cualquiera! Es claro que la prensa no había *formulado* formalmente su opinion. Pues no señor; ahora sale con que viene á combatir las opiniones de esa prensa, viejas, vagas, tontas, pero en fin, opiniones, y que no se hicieron esperar tanto.

¡Y cómo hace la defensa!

Más yallera no acordarse de esto. Recordará el lector que enumeramos y razonamos una por una las contradicciones en que incurrió el Mensaje.

Sobre esto, ni una palabra.

Señalamos las importantísimas omisiones.

Silencio.

En una palabra, ni los nuestros ni los argumentos de periódico alguno contesta; se reduce á dos solos puntos: el de los ladrones y el de la deuda extranjera.

Bueno, ¡quiere esto decir que en todo lo demás tuvimos razon!

Eso sí, adulaciones á manojos; un aguacero, un Niágara, qué sé yo....

Solo he dado una muestra; el lector dirá quien tuvo razon, si yo al presentir que *El Partido* no haría defensa, ó él al presentir que la haría.

Pero no he dicho nada. Al volver los ojos al principio del artículo encuentro esta palabra en





El ojo vivaz, como diamante, de la ambición oficial, todo lo vé, todo lo recorre, todo lo descubre y comprende. Mira en todo un derecho del Estado á percibir dinero.

¡Qué diablo! Esto es para huir á la China.

De una pieza me he quedado al leer la "Ley de Hacienda" del Estado de Guanajuato.

Da buena gana la recorrer á punto por punto para dár á mis lectores la más correcta prueba de la proposición que asenté al principio. Y puede que lo haga.

Aquellos industriales, comerciantes, mineros y agricultores están en mangas de camisa, sudando, para henchir las arcas del tesoro.

Segun la nueva ley se cobra "diez por ciento á efectos nacionales atarifados á precio corriente de plaza.

"Cinco por ciento á efectos extranjeros sobre los derechos de importación fijados en la ordenanza vigente de aduanas marítimas y fronterizas.

"Tres centavos por libra á las mantas ó hilazas de fábrica nacional."

¡Qué sé yo!

El absurdo salta á la vista; porque cobrar por la hilaza y por la manta los mismos derechos es imponer igual cuota á la materia prima y á la manufactura.

Y son tres centavos por libra.

Todavía tratándose del fabricante en grande (y aún así) resulta esa contribución ménos pesada. Pero hay multitud de operarios que trabajan por su cuenta en pequeños telares, así rebozos como mantas. Estos habrán pagado los tres centavos por libra de hilaza y luego los tres por libra de manta; lo primero de una manera que la ley llama indirecta; y esto, solo porque el pago se hace no al recaudador, sino al expendedor; son las *indirectas* del Padre Cobos. Lo segundo directamente.

En resumen: el indio, el obrero, serán quienes, al fin de cuentas, paguen los seis centavos, indirectos.

La cosa es para que el lector presuma que es un borrego del tamaño de un caballo de Carlos IV, esto que voy á decirle; pero vale que á las pruebas me remito.

En Guanajuato, segun la nueva ley, se paga hasta por el cajoncito de camotes poblano, el panecillo de guayabate de Moralia, el par de muñecos de Guadalupe, la canastita de fresas de San Angel, las *gorditas* de la Villa, las medidas del Sr. de Chalma, cualquier cosa con que se le antoje á vd. obsequiar á un amigo.

Allí no se permiten regalos.

El gobierno ha dicho, que cuando alguno quise-



ra regalar *éi es mano*. Me anticipo á dar la prueba porque esto irá pareciendo cuento de espantos.

En el capítulo II, artículo 12, se lee:

“Quedan afectas al pago de derechos toda clase de introducciones que con el carácter de *encargo ó regalo*, se hagan para distintas personas siempre que aquellos excedan de cincuenta centavos.”

Los egoístas están de manteles largos.

—Oiga vd., ahora que vá á México, le encargo una virgencita de Guadalupe, de esas fotografías que valen un peso.

—Señora, vd. me excusará, pero tendría que pagar contribucion.

O, bien.—“No extrañe vd. que la libra de gorditas venga con una onza ménos; me la comí, para que el *encargo* vallera cuarenta y ocho centavos y no cincuenta y uno.”

—“Anden, muchachos, ya mero llegamos á la garita; un mordisco á este *guayabate*; otro, para que quede en los cuatro reales justos.”

—“Pues señorita, la mascada que tenía puesta la madre de vd. cuando murió, y que yo recogí fielmente, ha sido decomisada, y multada por los derechos de regalo.”

Y que se murieron los perritos de Chihuahua, porque el valnador, que de todo sabe ménos de perros, les echó veinte pesos, y el conductor les

ponía tres reales, y que en dimes y diretes, méntras se aclaraba el punto, se murieron de hambre, y á la dueña que los esperaba con mil ansias para comérselos á besos, y que hacía tres noches no soñaba con otra cosa que con sus perros, le fueron á entregar las orejas, el *pase*.

Con que mucho cuidado. La finanza guanajuatense ha descubierto que el mundo se pierde, que la sociedad se desquiebra, que las casas quebran por esta fiebre de regalar, y con una moralidad asombrosa ha recetado el antídoto.

Queda prohibido regalar en Guanajuato. Al que quiera azul celeste que le cueste.

Pero yo digo ¡qué hará el gobierno con los limonates y castañas meladas; con los charros jaliscienses, con la fuentecita de agua bendita, con los *polvorones*, la mascada, el par de espuelas y la montera negra que decomisar, como tiene que decomisar si no pagan!

Nada: poner un expendio ó realizacion violenta con este título:

#### BAZAR DE ENCARGOS Y REGALOS.

Y allí, en aquellos aparadores tiranos, verá la novia el medallon de *celuloide*, con los cabellos del novio adentro, y decomisados tambien.

Otro problema: ¡Qué se hace en esos casos con los cabellos! ¡Se quemán; se tiran! ¡Qué atroci-



dad! ¿Qué ataque á los derechos del hombre! ¿Qué profanación de los esponsales! ¿Qué nihilismo crítico! ¿Se venden! pues comprélos usted. ¿Se envían á la consignataria! Dios me libre de comentar el papel que asumí al cobrador.

Pues nada, se pondrá en el Bazar una alacena que se llamo: "De reservados in partibus" á donde previas las señas podrán pasar á recoger los interesados sus prendas, previo tambien un aviso en los periódicos que diga: "Al decomisarse una cartera, fué encontrado el retrato de un tuerto, calvo y sin piocha. Tiene al reverso una dedicatoria que dice: *A la luz de mis ojos.* La persona que se crea con derecho puede pasar á recogerlo al Bazar de encargos y regalos, dando previamente las señas." Esas."

Pues bien, yo tengo hecho con Orrin un contrato. Le he comprado un tigre de Bengala; y estoy tan resuelto á enviárselo á Marcial Perez, que se halla en Guanajuato, como lo estoy á no pagar la contribucion: por supuesto que no por espíritu de rebeldia, pues á ciudadano nadie me gana, sino simplemente porque no tengo.

Para mayor claridad diré que el tigre lleva un collar de mancuernas, prendedor, botines y leontina, todo de oro.

¿Qué suerte irá á correr mi tigre!

¡Embargan á Marcial Perez! ¡Esa era otra! Em-

bargar á una persona porque le mandan un galelo...

¡Decomisar la fiera! Allá se los haya; yo sólo advierto que muerde; que se come seis reales diarios de carne y que necesita ser muy hombre el que se le acerque; y veinte veces hombre el que le quite el collar. ¡Lo matan! Hé allí un atentado. Pueden hacerlo, ¡quién dice que no! Pero advierto igualmente que me ha costado quince mil duros, y que con presentar el recibo del Sr. Orrin, que obra en mi poder, cumplo.

Digo, pues, que ya esto no puede ser más ridículo. Y eso que me he alargado mucho comentando este asunto, cuando me esperaban otros más sabrosos. Me he quedado en la *principiacion*, como dice ya saben ustedes quién.

Ya continuaré si Dios me da vida.

Pero no deja entre tanto de hacerme cosquillas esta pregunta: "Y tanto dinero ¿para qué es?"

Eso digo yo ¿para qué es! Los montes se encuentran recorridos por sus pandillas de malvados. Pero esto con razon. ¡Quién sabe cuantos han sido indultados últimamente, y por lo mismo, sacados de la cárcel y lanzados á los cuatro vientos con la bendicion de sus padres. Estos no han de ir á rezar el rosario.

En fin, el cuento va largo y el espacio está cor-  
GUER.—TOMO II.—32

to. Si la reeleccion da lugar, ya hablaremos de otras y aun de estas mismas curiosidades que se hallan en el museo guanajuatense, pues esto no ha sido sino una muestra.

(El Tiempo del miércoles 2 de Abril de 1897.)



FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## AL PUBLICO.

(De El Tiempo del 24 de Octubre de 1891.)

Publicado el tomo I de esta BIBLIOTECA DE "EL TIEMPO," D. Trinidad Sánchez Santos, autor de las *Guerrillas*, presentó al Juez 1º Correccional, Lic. D. Gregorio Gómez Zozaya, un escrito firmado por él solamente (sin abogado patrono) en el cual manifestaba:

1º Que era autor de los artículos intitulados *Guerrillas*, publicados en *El Tiempo* y en *El Heraldo*.

2º Que D. Victoriano Agüeros había comenzado á publicar dichos artículos en una serie de tomos, de los cuales había aparecido el primero.

3º Que él (Sánchez Santos) tenía la propiedad literaria de dichos artículos, segun la comunicacion del Ministerio de Justicia que acompañaba



to. Si la reelección da lugar, ya hablabamos de otras y aun de estas mismas curiosidades que se hallan en el museo guanajuatense, pues esto no ha sido sino una muestra.

(*El Tiempo* del miércoles 2 de Abril de 1897.)



FIN DEL TOMO SEGUNDO.

DIRECCIÓN GENERAL DE

## AL PUBLICO.

(De *El Tiempo* del 24 de Octubre de 1891.)

Publicado el tomo I de esta BIBLIOTECA DE "EL TIEMPO," D. Trinidad Sánchez Santos, autor de las *Guerrillas*, presentó al Juez 1º Correccional, Lic. D. Gregorio Gómez Zozaya, un escrito firmado por él solamente (sin abogado patrono) en el cual manifestaba:

1º Que era autor de los artículos intitulados *Guerrillas*, publicados en *El Tiempo* y en *El Heraldito*.

2º Que D. Victoriano Agüeros había comenzado á publicar dichos artículos en una serie de tomos, de los cuales había aparecido el primero.

3º Que él (Sánchez Santos) tenía la propiedad literaria de dichos artículos, segun la comunicacion del Ministerio de Justicia que acompañaba

4º Que, en consecuencia, si D. Victoriano Agüeros seguía publicando las *Guerrillas*, como lo tenía anunciado, cometería el delito de falsificación, y que para evitar la *acusación escandalosa* que en ese caso tendría que presentar contra él, pedía se le notificase al citado Agüeros *que no publique el tomo II y siguientes de las "Guerrillas."*

En la ratificación de su escrito manifestó D. Trinidad Sánchez Santos que tenía tanto más derecho para hacer su petición, cuanto que el Código Civil definía y equiparaba el delito de falsificación literaria con el de **FRAUDE CONTRA LA PROPIEDAD.**

Citado el Sr. Agüeros por el Juzgado, y después de enterarse del escrito de D. Trinidad Sánchez Santos, contestó: que rechazaba la extraña querrela presentada por él en su contra, y que tratándose de un asunto meramente civil, desde luego declinaba la jurisdicción del señor Juez Correccional: que la comunicación del Ministerio de Justicia no era en manera alguna una sentencia definitiva que diera al Sr. Sánchez Santos la propiedad de sus artículos, y que esa era cuestión que debería ventilarse ante un Juez de lo Civil; que el Sr. Sánchez Santos, creyendo sin duda que los tribunales se habían establecido para hacer oficios

de escribano, pedía al Juez le notificara á él (á Agüeros) que no cometiera en lo futuro un delito que sólo existía en la cabeza de su acusador, lo cual era tan absurdo, que desde luego había sobrado fundamento para que el Juzgado no conociera de un asunto que no era de su competencia. Concluyó el declarante manifestando que se reservaba sus acciones civiles y criminales para ejercerlas en tiempo oportuno contra el que tan injustificadamente acababa de arrastrarlo á un tribunal del crimen.

Hasta aquí la diligencia practicada en el Juzgado 1º Correccional.

Ahora debemos una explicación á nuestros lectores, y al público en general, ante quienes un antiguo amigo, un compañero de combates periodísticos y un correligionario ha querido presentarnos como falsarios, dignos de la cárcel.

Quisimos salvar del olvido en que caen los artículos de periódico, aquellos que obtuvieron favorable acogida de nuestros lectores y del público, escritos, ya por el Sr. Sánchez Santos, ya por otros redactores. Para eso inauguramos la "Biblioteca de *El Tiempo*" que hemos anunciado, y que algunos de nuestros lectores conocen ya, por haberse publicado el primer tomo. Además, con



eso ensanchábamos el campo de nuestra propaganda, repitiendo en libros lo que *El Tiempo* ha dicho en defensa de los principios que sostiene y en contra de los enemigos de esos mismos principios.

Para hacer esto, creíamos y creemos estar en nuestro más perfecto derecho, fundados en dos artículos distintos del Código Civil vigente.

El art. 1153 dice textualmente:

*"En los periódicos políticos no hay propiedad literaria más que respecto de los artículos científicos, literarios ó artísticos, sean originales ó traducidos; pero el que publique cualquiera fracción de la parte libre deberá citar el título y número del periódico de donde aquella fué copiada."*

Los artículos del Sr. Sánchez Santos intitulados *Guerrillas* no están comprendidos en la excepción establecida por la ley, puesto que no son científicos, literarios ni artísticos, como es evidente para todo el que los haya leído; y en este punto, apelamos á la opinión pública que calificó en su tiempo esas *Guerrillas* como pura y exclusivamente políticas.

Siendo esto así, caen bajo la prescripción general del artículo antes copiado, esto es, la de que *en los periódicos políticos no hay propiedad*, y por este precisamente no la pedimos ni cuando se pu-

blicaron las *Guerrillas* en las columnas de nuestro periódico, ni ahora que las estamos publicando en tomos.

Pero, suponiendo que los artículos citados fuesen literarios, la propiedad de ellos no puede tenerla en manera alguna el Sr. Sánchez Santos, sino el Editor de *El Tiempo*, toda vez que éste, á sus expensas, le mandó escribir esas *Guerrillas* como á uno de los redactores que tenía á sueldo en su periódico.

Caen, por tanto, bajo lo establecido por el artículo 1,253 del Código Civil, que textualmente dice: "PARA LOS EFECTOS LEGALES SE CONSIDERA AUTOR EL QUE MANDA HACER UNA OBRA Á SUS PROPIAS EXPENSAS, salvo convenio en contrario."

Es, pues, evidente que el Director de *El Tiempo* tiene derecho de reproducir en la forma que mejor le parezca cuanto hayan escrito los redactores de su periódico pagados por él.

Ni diga el Sr. Sánchez Santos que celebró con el Director de *El Tiempo* el convenio de que habla el citado art. 1,253, pues en efecto, no le celebró nunca.

En cuanto á que el Ministro de Justicia haya dirigido al Sr. Sánchez Santos una comunicación en que se le dice: "ya se manda publicar en el *Diario Oficial* su declaración de que se reserva la propiedad de las *Guerrillas*," sólo diremos que esa declaración no importa una patente de propiedad, como cree el Sr. Sánchez Santos.

Los abogados saben muy bien que ella sólo sirve para asegurar la propiedad literaria á quien realmente la tenga, conforme á las prescripciones del Código Civil; pero no la dá ni en manera alguna la concede á quien no la tenga, aun cuando crea tenerla. En caso de que surja una cuestión sobre propiedad literaria, no es al Ministerio de Justicia á quien toca decidirla, sino á los tribunales comunes, previo el juicio respectivo.

Ni el Ministerio de Justicia entiende que sus comunicaciones dirigidas á los que pretenden reservarse una propiedad literaria cualquiera, son las que dan ese derecho, y esto aparece con toda claridad de los términos en que esas comunicaciones están formuladas; y de la terminante declaración siguiente del propio Ministerio:

El 12 de Agosto de 1888, con motivo de la solicitud que hizo Don Isidoro Pastor pidiendo se reformara el acuerdo de 26 de Julio que reconoció al Sr. Osorno la propiedad artística de varias óperetas, la Secretaría de Justicia ó Instrucción Pública, se expresó así:

“El Presidente de la República ha tenido á bien diga á Ud. en contestacion, que el Ejecutivo en este caso, lo mismo que en los demás de su género, no ha hecho, ni hace declaracion alguna de propiedad, y que sólo se limita á hacer constar la manifestacion de los solicitantes, de re-

“servarse los derechos que creen tener. Que por lo mismo, el mencionado acuerdo de esta Secretaría, no debe considerarse como tal declaracion, ni en virtud de él pueden dictarse providencias que sólo han de ser el resultado de una sentencia ejecutoria en que se haya declarado precisamente la propiedad literaria ó artística.”

Se vé, pues, que el curso al Ministerio de Justicia y la publicacion de la declaracion en el *Diario Oficial* son simples requisitos para asegurar la propiedad preexistente; pero, si no la hay, no pueden asegurarla en manera alguna.

Y esto es lo que precisamente sucede en el caso del Sr. Sánchez Santos.

Basten por ahora estas indicaciones para que el público quede satisfecho de que nosotros hemos obrado con toda justificacion.

Por lo demás, sentimos mucho la conducta seguida en este asunto por el Sr. Sánchez Santos, pues si bien no obstante ella, nuestra reputacion queda limpia á los ojos de todas las personas sensatas, no faltarán algunos que por ligereza ó por malevolencia crean que hemos obrado contra la justicia y contra la ley.

El Sr. Sánchez Santos, si creía tener derecho pa-



ra impedir la publicacion de los tomos de las *Guerrillas* que aún no se publican, debió hacernos saber de la manera que le hubiera parecido mejor que se reservaba la propiedad que cree tener, pero no debió en ningun caso ocurrir á los Tribunales del ramo penal, que nada tienen que ver en asuntos como éste; exponiéndonos de esa manera á que se piense mal de nosotros y se nos tenga por infractores de las leyes naturales y civiles. Dar ocasion á que nuestros adversarios y malquerientes nos murmuren y difamen cuando no somos reos de ninguna culpa, no es decente, ni caballeroso, ni cristiano.

(De *El Tiempo* de 30 de Octubre de 1891.)

El asunto criminal (3) de las *Guerrillas* terminó ayer en el Juzgado 1º Correccional, de la manera más favorable para nuestro Director, segun lo esperábamos.

Citado previamente, acudió el Sr. Agüeros al Juzgado 1º Correccional, y se le notificó la resolución que en seguida reproducimos íntegra, dictada por el Juez:

"....que no cabiendo en sus atribuciones el dictar providencias de la naturaleza de la que soli-

cita el promovente, prevéngasele ocurra á la autoridad competente. Y por cuanto á que no aparece delito que perseguir, con fundamento del art. 121 del Código de Procedimientos Penales archívense las presentes diligencias, haciéndose saber.—Doy fé.—Gómez Zozaya.—E. Piña y Aguayo, Secretario." (rúbrica.)

El Agente del Ministerio Público, Lic. Adolfo Fenochoí, dijo que estaba conforme con lo anterior, y firmó.

Al notificarse al Sr. Agüeros la determinación anterior, contestó; que lo oye, y pide al Juzgado copia certificada de todas las diligencias que se contienen en este raro expediente, y que de nuevo se reserva las acciones civiles y criminales que le competen en contra de su gratuito acusador, para hacer uso de ellas cuando le convenga.

